

## SAN EUSEBIO JERÓNIMO DE ESTRIDÓN, PRESBITERO, APOLOGÍA CONTRA LOS LIBROS DE RUFINO, ENVIADA A PAMMACIO Y MARCELA. (C)

### ADVERTENCIA SOBRE LOS LIBROS CONTRA RUFINO,

La historia de la disensión entre Jerónimo y Rufino es mucho más conocida de lo que nuestra explicación podría requerir. La causa de tan gran mal fue la versión latina de los libros de Orígenes "Sobre los Principios", que el presbítero de Aquilea, con una fidelidad ciertamente dudosa, había elaborado en Roma alrededor del año 398. Para ofrecer más seguramente a los oídos latinos los venenos de la doctrina origenista, disfrazados con la astucia de una interpretación engañosa, prefijó al trabajo un prefacio en el que proclamaba a Jerónimo con alabanzas figuradas, como defensor de las opiniones de Adamancio y compañero de su propia opinión: y se jactaba de haber purgado el libro de los errores añadidos con su obra. Pero como aún había muchas cosas que perturbaban los oídos cristianos y se consideraban menos católicas, Pammacio y Océano instaron a Jerónimo a que publicara él mismo la genuina interpretación de ese libro, sin disimular los errores, para que se manifestaran claramente; y así purgara la sospecha de favoritismo hacia Orígenes que su rival había lanzado, para que, si difería en convencer al acusador, no pareciera consentir con él. El Santo Doctor, primero enviando cartas a Rufino, se quejó amistosamente: luego, en el año 400, tradujo el libro de Orígenes de tal manera que las herejías se hicieran inmediatamente evidentes: y junto con ello envió una carta, en nuestra revisión la número 84, a Pammacio y Océano, en la que aleja de sí toda calumnia, y expone con qué ánimo había leído alguna vez o alabado a Orígenes sin peligro para la piedad. De aquí surgió un gran incendio en la Iglesia; pues Rufino, obligado a escribir una Apología por su fe al Papa Anastasio, no se esforzó tanto en satisfacer por sí mismo, como en construir nuevas calumnias contra Jerónimo en su defensa. Entonces, al recrudescerse cada día más la herida de la enemistad, en el año siguiente, 401, forjó tres libros de Invectivas contra el Santo Doctor: a los cuales, aún no leídos, pero solo escuchados en parte de boca de amigos, responde con estos tres libros Apologéticos: que refiero al año 402 por dos testimonios del mismo Jerónimo. Uno cerca del final del primer libro, donde profesa escribir "después de dos años" desde que "publicó un breve libelo" respondiendo a los elogios de Rufino: pues ese breve libelo es la mencionada carta 84 a Pammacio, que corresponde al año 400. El otro después de la mitad del libro II, donde dice haber escrito "hace casi diez años" sobre los hombres ilustres: pues es sabido por todos que ese libro apareció en el año 392, y por tanto, calculando, estos deben asignarse al año 402. Su resumen es el siguiente: En el primero excusa su traducción con muchos argumentos, y disuelve las acusaciones hechas contra él: en el segundo examina la Apología de Rufino enviada al Papa Anastasio: y finalmente, en el tercero, responde a las cartas del mismo Rufino enviadas junto con el códice de las Invectivas.

2. Ahora expliquemos lo que hemos hecho al reeditar estos. Primero, movimos las Invectivas de Rufino, que el Padre Martiano había colocado en la columna opuesta a la Apología de Jerónimo, y las añadimos a las de Jerónimo. Pues no responden en orden de sentencia a sentencia, ni donde en una columna el rival lanza una calumnia, en la otra está la refutación del crimen; sino que, por el contrario, uno sirve a su estómago y se enfrenta como quiere: el otro, sin haber leído los libros contra él, pero habiendo entendido las acusaciones comúnmente, responde. Por lo cual, nadie desaprobó el cuidado desordenado de Martiano, nacido para crear trabajo al lector, e interrumpir el contexto del Santo Doctor en cada página. En segundo lugar, como es útil y conveniente para los estudiosos, anexas a los escritos del autor que adornan los monumentos auténticos que dieron ocasión a esos escritos, o que son impugnados por el mismo autor, hemos añadido aquí primero el libelo de Rufino, o Apología, o confesión de fe, que envió al Papa Anastasio, y que Jerónimo refuta en todo el segundo

libro; luego también la misma carta de Anastasio sobre el nombre de Rufino, que el Santo Doctor menciona tantas veces tanto en otros lugares como especialmente en estos libros. Hasta ahora habían sido rechazadas en ese tomo que comprende lo ajeno y lo supuesto; pero en los antiguos códices, como transmite el Padre Coustant sobre el antiguo Corbeiensis, se colocan prudentemente junto a los libros de Jerónimo, y al doctísimo varón le parecía que el mismo autor Jerónimo lo había dispuesto así. Finalmente, hemos comparado casi todas las lucubraciones con las antiguas ediciones, una u otra con el antiquísimo Palatino - Vaticano 234, y a menudo también las hemos corregido.

## LIBRO PRIMERO.

457 1. Por vuestras cartas y las de muchos he sabido que se me objeta en la escuela del Tirano, "la lengua de mis perros de entre los enemigos" (Salmo LXVII, 24), por qué traduje al latín los libros "Sobre los Principios". ¡Oh impudencia singular! Acusan al médico de haber revelado venenos; para que así defiendan a su "vendedor de venenos", no por mérito de inocencia, sino por comunión de crimen, como si el número de los pecadores disminuyera la culpa, y la acusación estuviera en las personas, no en las cosas. Se escriben libros contra mí, se imponen a todos para ser escuchados; y sin embargo, no se publican, para que hieran los corazones de los simples, y me quiten la facultad de responder por mí. Un nuevo género de malicia, acusar lo que temes que se revele: escribir lo que ocultas. Si son verdaderas las cosas que escribe, ¿por qué temió hacerlas públicas? Si son falsas, ¿por qué las escribió? Desde niños leímos: "Creo que es de un intemperante escribir algo que quieras ocultar" (Cicerón, libro I de Cuestiones Académicas). Pregunto, ¿cuál es este dolor? ¿Por qué se agitan? ¿Por qué enloquecen? ¿Porque rechacé al pregonero figurado? ¿Porque no quise ser alabado con boca engañosa? ¿Porque bajo el nombre de amigo, descubrí las insidias del enemigo? Me llama hermano y colega en el prefacito, y expone claramente mis crímenes, qué escribí, con qué alabanzas elevé a Orígenes al cielo. Dice que lo hizo de buen ánimo. ¿Y cómo ahora el enemigo objeta las mismas cosas que entonces el amigo alabó? Quiso seguirme como guía en la interpretación; y tomar la autoridad de su obra de mis opúsculos. Hubiera bastado decir una vez lo que había escrito. ¿Qué necesidad había de repetir lo mismo de nuevo, e insistir frecuentemente: y como si nadie creyera a quien se alaba a sí mismo, replicar las mismas palabras? No es tan solícita de la fe de los oyentes, la alabanza simple y pura. ¿Qué temía, que sin los testimonios de mis dichos no se le creyera en mis alabanzas? ¿Veis que entendemos su prudencia y que hemos jugado a menudo en las escuelas con las estrofas de su predicación diásirtica? No puede alegar simplicidad, en quien se descubre la malicia artificiosa. Errar una vez, o como mucho dos, puede ser casualidad; ¿por qué erra prudentemente y frecuentemente, y cubre el error de tal manera que no me es lícito negar lo que alaba? Hubiera sido prudente y amigo, después de reconciliada la enemistad, evitar incluso las leves sospechas: para que lo que hubiera hecho fortuitamente, no se pensara que lo hacía deliberadamente. Por eso también Cicerón en los Comentarios de las causas a favor de Gabinio dice: "Yo, dice, cuando siempre he creído que todas las amistades deben ser mantenidas con la máxima religión y fe, especialmente aquellas que han sido revocadas de enemistades a gracia: porque en las amistades íntegras, la omisión del deber se defiende con la excusa de imprudencia, o (para interpretarlo más gravemente) de negligencia; después del regreso a la gracia, si se comete algo, se considera no descuidado, sino violado: y suele asignarse no a la imprudencia, sino a la perfidia." También Flaco Horacio en la Epístola que escribe a Floro: "Mal, dice, la Gracia mal cosida se une en vano, y se desgarras."

2. Hilario, intérprete de Orígenes, y Ambrosio y Victorino. Tres libros de Rufino.---¿Qué me aprovecha ahora, que jura haber errado simplemente? He aquí que se me objetan sus alabanzas, y se da al crimen la alabanza de un amigo muy simple, no simple ni pura. Si

pretendía dar autoridad a su obra, queriendo mostrar a quienes seguía, tenía a mano a Hilario el Confesor, que tradujo casi cuarenta mil versos de Orígenes en Job y los Salmos. Tenía a Ambrosio, cuyos casi todos los libros están llenos de los sermones de este: y al Mártir Victorino, que prueba su simplicidad en eso, al no maquinar insidias a nadie. De todos estos calla, y como si pasara por alto las columnas de la Iglesia, me persigue solo a mí, un insignificante y hombre de nada, por los rincones. A menos que con la misma simplicidad, con la que acusó a un amigo sin saberlo, jure haberlos ignorado. ¿Y quién le creará a un hombre eruditísimo, y que tiene tal conocimiento de los Escritores antiguos, especialmente griegos, que mientras persigue lo extranjero, casi ha perdido lo suyo: que no conoce a hombres de memoria tan reciente y latinos? De lo cual se desprende que no tanto me alabó, como no acusó a aquellos: para que, ya sea alabanza (como intenta persuadir a los tontos) o acusación, como yo siento por el dolor de mi herida, no tuviera en la alabanza la gloria de mis iguales, ni en la vituperación el consuelo.

3. Tengo vuestras cartas, en las que escribís que se me acusa: y me exhortáis a que responda al acusador; para que si callo, no parezca reconocer el crimen. A las cuales respondí, lo confieso: y aunque herido, guardé tanto los derechos de la amistad, que me defendí sin acusar al acusador: y lo que un amigo en Roma había objetado, dije que muchos enemigos en todo el mundo lo proclamaban, para que no pareciera responder a un hombre, sino a los crímenes. Es otra cosa, si por el derecho de la amistad debí callar acusado, y mientras tengo la cara manchada, y (por así decirlo) rociada con el hedor herético, ni siquiera lavar con agua simple, para que no pareciera que él me había hecho una injuria. Esta voz no es de hombre, ni hacia el hombre, atacar abiertamente al amigo, y exponer sus crímenes bajo la persona del laudador: y no dejarle ni siquiera esto libre, para que se pruebe católico, y responda que la alabanza del hereje, que se le objeta, no surgió del consentimiento de la herejía, sino de la admiración del ingenio. Le agradó, o como él quiere parecer, fue obligado a traducir al latín lo que no quería. ¿Qué necesidad había de involucrarme a mí, oculto y separado por tan grandes distancias de mar y tierra, en la cuestión? ¿oponerme a la envidia de muchos, para que me dañara más alabándome, que beneficiarse a sí mismo con el ejemplo? Ahora también, porque rechacé al laudador, y con el estilo vuelto mostré que no soy lo que mi necesario proclamó, se dice que enloquece, y que ha tejido tres libros contra mí con elegancia ática: acusando las mismas cosas que antes había alabado, y objetándome en la traducción de Orígenes dogmas nefarios, de los cuales en el prefacito de su alabanza había dicho: "Seguiré la regla de los predecesores, y especialmente de aquel varón, del cual hicimos mención antes: que habiendo traducido más de setenta libritos de Orígenes, que llamó Homiléticos, algunos también de los tomos escritos sobre el Apóstol, en los cuales se encuentran algunos tropiezos en griego, los pulió todos interpretando y purgó, para que nada en ellos que discrepe de nuestra fe, encuentre el lector latino. A este, pues, aunque no con las fuerzas de la elocuencia, sin embargo con las reglas de la disciplina en cuanto podemos, seguimos."

4. La fe romana es de los católicos.---Ciertamente estas son sus palabras, no puede negarlo. La misma elegancia del estilo y el discurso compuesto, y lo que es más que esto, la simplicidad cristiana, prueban el carácter de su autor. Es otra cosa, si Eusebio depravó estas, y el acusador de Orígenes, y mi estudioso, en una misma obra testificó que tanto él como yo o erramos, o bien sentimos. No puede ahora el enemigo llamarme hereje, a quien antes había dicho que no discrepa de su fe. Al mismo tiempo, también le pregunto, ¿qué quiere decir con su discurso moderado y dudoso? Dice: "Nada en ellos que discrepe de nuestra fe, encontrará el lector latino." ¿Qué llama su fe? ¿Aquella que prevalece en la Iglesia Romana? ¿o aquella que se contiene en los volúmenes de Orígenes? Si responde la Romana, entonces somos católicos, que no hemos traducido nada del error de Orígenes. Pero si la blasfemia de

Orígenes es su fe: mientras me imputa el crimen de inconstancia, se prueba a sí mismo hereje. Ya sea que mi laudador crea bien, me asume en su confesión como socio; o mal, muestra que me alabó antes porque me consideraba partícipe de su error. Pero contra esos libros, que murmuran por los rincones, y me muerden con acusación furtiva, cuando sean publicados, y salgan de las tinieblas a la luz, y puedan llegar a nosotros ya sea por el estudio de los hermanos, o por la temeridad de los rivales, intentaré responder. Pues no deben temerse mucho, aquellos que su autor teme publicar, y ha decretado que solo sean leídos por los confederados. Entonces o reconoceré los crímenes, o los diluiré, o retorceré contra el acusador lo que se me ha objetado: y mostraré que hasta ahora el silencio ha sido de modestia, no de mala conciencia.

5. El autor se excusa.---Mientras tanto, quise ser purgado ante el juicio silencioso del lector, y refutar el gravísimo crimen entre amigos, para que no parezca que el primero en haber herido, que aunque herido no dirigí armas contra el perseguidor; sino que solo apliqué la mano a mi herida. Le ruego que sin prejuicio de personas, refiera la culpa a quien provocó. Y no contento con haber herido, como contra un elingüe y siempre callado, ha elaborado tres libros, y ha fabricado "antítesis" de Marción de mis opúsculos. El ánimo se regocija, y de repente conocerá su doctrina, y mi inesperada locura. Tal vez en breve tiempo ha aprendido lo que debe enseñarnos; y lo que nadie pensaba que él supiera, mostrará un repentino torrente de elocuencia. Así haga Dios al padre: así el gran Jesús (De Virgilio, libro X de la Eneida). Comience a poner manos. Aunque haya lanzado las lanzas de su acusación, y haya arrojado contra nosotros con todas sus fuerzas, creemos en el Señor Salvador, que su verdad nos rodeará como escudo; y podremos cantar con el salmista: "Las flechas de los pequeños se han convertido en sus heridas" (Salmo LXIII, 8). Y, "Si se levantan contra mí ejércitos, no temerá mi corazón. Si se levanta contra mí batalla, en esto confiaré" (Salmo XXVI, 3, 4). Pero esto en otro momento. Ahora volvamos a lo que comenzamos.

6. ¿Por qué tradujo al latín el Periarcho de Orígenes? Didymo defensor de Orígenes.---Me objetan sus seguidores, y "despliegan las armas cereales cansados de las cosas" (Eneida, libro I), por qué traduje al latín los libros "Sobre los Principios" de Orígenes, nocivos y contrarios a la fe eclesiástica. A los cuales una breve y sucinta respuesta es: Tus cartas, hermano Pammacio, y las de los tuyos me obligaron, diciendo que habían sido traducidos fraudulentamente por otro, y que se habían interpolado algunas cosas, y ya sea añadidas o cambiadas. Y para que no tuviera poca fe en las cartas, enviasteis ejemplares de la misma traducción, con el prefacito laudatorio mío. Que cuando leí, y comparé con el griego, inmediatamente advertí lo que Orígenes había dicho impiamente sobre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: y lo que los oídos romanos no podían soportar, había sido cambiado por el intérprete en mejor sentido. Pero los demás dogmas, sobre la caída de los ángeles, sobre la caída de las almas, sobre las ilusiones de la resurrección, sobre el mundo, o los intermundos de Epicuro, sobre la restitución de todos al estado igual, y mucho peores que estos: que sería largo de desentrañar, o los había traducido tal como los encontró en el griego, o los había exagerado y fortalecido más de los Comentarios de Didymo, que es el defensor más abierto de Orígenes: para que quien había leído católico en la Trinidad, no temiera hereje en los demás.

7. Otro quizás, que no fuera su amigo, diría: o cambia todo lo que es malo: o revela todo lo que crees óptimo. Si por los simples cortas lo nocivo, y simulas que ha sido añadido por los herejes, no quieres traducir al idioma extranjero, cede lo que sea nocivo. Pero si conservas la fe de la verdad en la traducción, ¿por qué cambias unas cosas, y dejas otras intactas? Aunque la confesión abierta está en el mismo Prólogo, que corregiste lo malo, y dejaste lo óptimo. De lo cual no serás retenido por la libertad del intérprete, sino por la autoridad del escritor, si se

comprueba algo herético en lo que tradujiste; y serás acusado de crimen manifiesto, de haber querido cubrir el cáliz del veneno con miel, para que la dulzura simulada cubriera el veneno pésimo. Esto y mucho más duro diría el enemigo: y te llevaría al derecho de la Iglesia, no como intérprete de una mala obra, sino como cómplice. Pero yo, contento con haberme defendido a mí mismo, expresé simplemente en los libros "Sobre los Principios" lo que estaba en el griego: no para que el lector creyera lo que interpretaba; sino para que no creyera lo que tú habías traducido antes. Hubo una doble utilidad en mi obra, mientras se revela al autor herético, y se acusa al intérprete no verdadero. Y para que nadie pensara que consentía en lo que había traducido, protegí la necesidad de la interpretación con un prefacio, y enseñé en qué el lector no debía creer. La primera traducción contiene la alabanza del Autor: la segunda la vituperación. Aquella provoca al lector a creer; esta lo mueve a no creer. Allí también yo soy asumido como laudador involuntario; aquí tanto no alabo a quien traduzco, que me veo obligado a acusar al laudador. La misma cosa no se ha hecho con la misma mente; más bien un camino ha tenido diferentes salidas. Quitó lo que era, diciendo que había sido depravado por los herejes; y añadió lo que no era, afirmando que había sido discutido por el mismo en otros lugares: lo cual, a menos que muestre los mismos lugares de donde dice haberlo traducido, no podrá probarlo. Me esforcé en no cambiar nada de lo verdadero. Pues interpretaba para convencer lo malo interpretado. ¿Pensáis que soy intérprete? Fui traidor: traicioné al herético, para vindicar a la Iglesia de la herejía. ¿Por qué alabé a Orígenes en algunas cosas antes, lo muestra el libro preferido a esta obra. Ahora solo se da la causa de mi interpretación, que teniendo la voluntad de piedad, no debo ser acusado de impiedad, revelando al impío, lo que como piadoso se entregaba a las Iglesias (Carta a Pammacio y Océano).

8. Eusebio, abanderado de la facción arriana.---Traducía setenta de sus libros al latín, como me acusaba un amigo, y muchos de sus tomos. Nunca hubo cuestión sobre mi obra, nunca Roma se conmovió. ¿Qué necesidad había de entregar a los oídos latinos lo que Grecia detesta, lo que el mundo acusa? Yo, que durante tantos años he traducido tantas cosas, nunca he sido motivo de escándalo. Tú, en tu primera y única obra, desconocido antes, te hiciste famoso por tu temeridad. La misma Prefacio enseña que el libro de Pamfilio mártir en defensa de Orígenes fue traducido por ti. Y haces todo lo posible para que la Iglesia no rechace a aquel cuya fe el mártir prueba. Seis libros (como ya he dicho antes) escribió Eusebio de Cesarea, obispo, en otro tiempo abanderado de la facción arriana, en defensa de Orígenes, una obra extensa y elaborada; y con muchos testimonios aprobó que Orígenes, según él, era católico, es decir, según nosotros, arriano. Tú traduces el primer libro bajo el nombre del mártir. ¿Y nos sorprendemos si quieres que yo, un hombre de poco valor, sea un alabador de Orígenes, cuando has calumniado al mártir? Cambiaste algunos testimonios sobre el Hijo de Dios y el Espíritu Santo, que sabías que no agradarían a los romanos, y dejaste el resto intacto hasta el final; haciendo lo mismo en la Apología, supuestamente de Pamfilio, que en la traducción de las *περὶ Ἀρχῶν* de Orígenes. Si este libro es de Pamfilio, ¿cuál de los seis libros será el primero de Eusebio? En el mismo volumen, que simulas ser de Pamfilio, se menciona la existencia de libros siguientes. También en el segundo y en los restantes, Eusebio dice lo que ya había dicho en el primer libro y que no debe repetir lo mismo. Si toda la obra es de Pamfilio, ¿por qué no traduces los otros libros? Si es de otro, ¿por qué cambias el nombre? Callas; los hechos mismos hablan: evidentemente, para que creyeran al mártir, quienes habrían de detestar al príncipe de los arrianos.

9. Pamfilio mártir no escribió absolutamente nada.---¿Qué puedo decir que haya sido tu intención, amigo tan ingenuo? ¿Que pudiste poner el nombre de un mártir en el libro de un hombre hereje, y hacer que los ignorantes, bajo la autoridad de un testigo de Cristo, se

convirtieran en defensores de Orígenes? Por la erudición que posees y por la que eres alabado como un ilustre συγγραφεὺς en Occidente, de modo que todos los de tu partido te llaman κορυφαῖον, no creo que ignoraras el σύνταγμα de Eusebio, y que Pamfilio mártir no escribió absolutamente nada. Pues el mismo Eusebio, amante, pregonero y compañero de Pamfilio, escribió tres libros muy elegantes que contienen la vida de Pamfilio: en los cuales, mientras lo elogiaba con maravillosas alabanzas y elevaba su humildad al cielo, también añadió esto en el tercer libro: «¿Quién de los estudiosos no fue amigo de Pamfilio? Si veía a alguien necesitado de lo necesario para vivir, les proporcionaba generosamente lo que podía. También distribuía las Escrituras sagradas no solo para leerlas, sino también para poseerlas, con la mayor prontitud. Y no solo a los hombres, sino también a las mujeres que veía dedicadas a la lectura. Por lo cual preparaba muchos códices, para que cuando la necesidad lo exigiera, los diera a quienes los desearan. Y él mismo no escribió absolutamente nada de su propia obra, excepto las cartas que enviaba a sus amigos; se había rebajado tanto en humildad. Sin embargo, leía con gran dedicación los tratados de los antiguos escritores y se dedicaba constantemente a su meditación.»

10. Teófilo y Anastasio decían que Orígenes era hereje.---El defensor de Orígenes y alabador de Pamfilio dice que Pamfilio no escribió absolutamente nada, ni compuso nada de su propio discurso. Y esto lo dice ya coronado Pamfilio con el martirio, para que no tengas refugio después de que Eusebio publicara los libros, diciendo que Pamfilio los escribió. ¿Qué harás? Con el libro que publicaste bajo el nombre del mártir, se han herido las conciencias de muchos. No vale ante ellos la autoridad de los obispos sobre la condena de Orígenes, a quien creen proclamado por un mártir. ¿Qué harán las cartas del obispo Teófilo? ¿Qué harán las del papa Anastasio, que persiguen al hereje en todo el mundo, cuando tu libro publicado bajo el nombre de Pamfilio lucha contra sus cartas, y el testimonio del mártir se opone al nombre episcopal? Lo que hiciste en los libros περὶ Ἀρχῶν, hazlo también en este volumen ψευδεπιγράφοι. Escucha el consejo de un amigo, no te arrepientas de tu arte: o di que no es tuyo, o que fue corrompido por el presbítero Eusebio. ¿Cómo podrás probar que fue traducido por ti? No se te puede atrapar la mano: no tienes tanta elocuencia que nadie pueda imitarte. O ciertamente, si la cuestión llega a la prueba, y los testimonios de muchos oprimen la impudencia de tu frente, canta una palinodia al estilo de Estesícoro. Es mejor que te arrepientas de tu hecho, que persistir en la calumnia del mártir y en el error de los engañados. No te avergüences de cambiar de opinión: no tienes tanta autoridad y fama como para que te avergüence haber errado. Imítame a mí, a quien amas mucho, sin quien no puedes vivir ni morir: y clama conmigo lo que yo, alabado por ti, he dicho en mi defensa.

11. Qué objetaba Eusebio al mártir Metodio. Opúsculos de Eusebio traducidos por Jerónimo.--Eusebio, obispo de Cesarea, de quien he hablado antes, en el sexto libro de la ἀπολογία de Orígenes, objeta lo mismo al obispo y mártir Metodio que tú en mis alabanzas, y dice: ¿Cómo se atrevió Metodio a escribir ahora contra Orígenes, quien dijo esto y aquello sobre los dogmas de Orígenes? No es el lugar para hablar en defensa del mártir: pues no todo debe discutirse en todos los lugares. Ahora basta con haber tocado esto, que un arriano objeta al mártir más ilustre y elocuente, lo que tú en mí, siendo amigo, alabas y, ofendido, acusas. Tienes la ocasión, y del presente lugar, si quieres, de construir una calumnia contra mí, por qué ahora hablo mal de Eusebio, a quien en otro lugar antes alabé. Otro es el nombre de Eusebio; pero la calumnia es la misma que sobre el nombre de Orígenes. Alabé a Eusebio en la Historia Eclesiástica: en la disposición de los Tiempos: en la descripción de la Tierra Santa; y estos mismos opúsculos, traduciéndolos al latín, los di a los hombres de mi lengua. ¿Soy arriano por eso, porque Eusebio, quien escribió estos libros, es arriano? Si te atreves a llamarme hereje, recuerda la pequeña Prefacio de περὶ Ἀρχῶν, en la que testificas que soy de

tu fe: y al mismo tiempo te ruego que escuches pacientemente a tu antiguo amigo que se queja. Contra otros luchas, o haces calumnia, o la sufres. A quienes acusas, y por quienes eres acusado, son de tu orden: si es correcto o incorrecto, ustedes lo verán. A mí incluso una verdadera acusación contra un hermano me desagrada: no reprendo a otros, sino que digo lo que yo no haría. Separado por tan grandes distancias de tierras, ¿qué he pecado contra ti? ¿Qué he merecido? ¿Es porque respondí que no soy origenista? ¿Acaso mi defensa es tu acusación? Y si tú no eres origenista, o no lo fuiste, creo al que jura; si lo fuiste, acepto al que se arrepiente. ¿Por qué te duele si soy lo que dices ser? ¿Es porque me atreví a traducir los libros *περὶ Ἀρχῶν* de Orígenes después de ti, y mi interpretación se considera una crítica a tu obra? ¿Qué podía hacer? Me fue enviada tu alabanza, es decir, mi acusación. Me habías alabado tan fuertemente y con tanta extensión, que si hubiera aceptado tus alabanzas, todos me habrían considerado hereje. Mira qué contiene la cláusula de las cartas romanas hacia mí: «Purga las sospechas de los hombres, y convence al acusador; no sea que si disimulas, parezcas consentir» (Carta de Pammachius y Oceanus). Atrapado en tal aprieto, al interpretar los mismos libros, escucha lo que escribí: «Esto me lo proporcionaron mis amigos (no dije mi amigo, para no parecer que te acusaba) para que si callo, sea culpable; si respondo, sea juzgado enemigo. Ambas condiciones son duras, pero de dos elegiré la que es más leve. La enemistad puede ser restaurada: la blasfemia no merece perdón (Carta a Pamm. y Ocean). Observas que, a pesar de mí y resistiéndome, se me impuso esta carga; y que la futura enemistad por una obra de este tipo, está justificada por la excusa de la necesidad. Si hubieras traducido los libros *περὶ Ἀρχῶν* sin mi nombre, correctamente te quejarías de que fueron traducidos por mí después en tu reproche. Pero ahora injustamente te duele que se te haya respondido por mí en esa obra en la que, al alabarte, me acusaste. Pues lo que tú llamas alabanza, todos lo entienden como acusación. Que conste para ti que acusaste; y no te indignarás de que respondí. Supongamos que escribiste de buena fe, y que eres un hombre inocente y un amigo fidelísimo, de cuya boca nunca salió mentira, me heriste sin saberlo: ¿qué me importa a mí, que fui herido? ¿Acaso no debo ser curado porque tú me heriste de buena fe? Estoy herido, la herida en el pecho cruje: los miembros antes blancos se ensucian con sangre, y tú me dices: No pongas la mano en la herida, para que no parezca que te herí. Aunque la misma traducción acusa más a Orígenes que a ti. Pues tú corregiste lo que pensaste que fue añadido por los herejes. Yo revelé lo que toda Grecia clama que fue escrito por él. Quién juzgó más correctamente, no es ni mi juicio ni el tuyo. Los escritos de ambos deben sentir la vara censora del lector. Toda esa carta, en la que me justifico, está dirigida contra los herejes y mis acusadores: ¿qué te importa a ti, que dices ser ortodoxo y mi alabador, si soy más severo con los herejes, y publico sus artimañas? Alégrate con mi invectiva; no sea que si te duele, parezcas ser hereje. Cuando se escribe contra los vicios sin nombre; quien se enoja, es su propio acusador. Hubiera sido prudente, incluso si dolía, disimular la conciencia; y disipar la nube del corazón con la serenidad del rostro.

12. Cartas de Teófilo y Epifanio, y escritos de los emperadores contra Orígenes.---De lo contrario, si piensas que todo lo que se dice contra Orígenes y sus seguidores se dice contra ti; entonces también las cartas del papa Teófilo y de Epifanio, y de otros obispos, que recientemente traduje por orden de ellos, te atacan, te desgarran. También los escritos de los emperadores, que ordenan expulsar a los origenistas de Alejandría y Egipto, fueron dictados por mi sugerencia. Que el Pontífice de la ciudad de Roma los deteste con un odio admirable, fue mi consejo. Que todo el mundo, después de tu traducción, se haya encendido en odio contra Orígenes, a quien antes leía con simplicidad, fue obra de mi estilo. Si puedo tanto, me sorprende que no me temas. Yo, aquel moderado en la carta pública (Carta 81 a Rufino), que cuidadosamente evité que pensaras que algo se decía contra ti, escribí inmediatamente una breve carta a ti, quejándome de tus alabanzas. La cual, porque no estabas en Roma, mis

amigos no quisieron enviarte, porque decían que tú y tus compañeros decían cosas indignas del nombre cristiano sobre mi conducta. Cuyo ejemplo he añadido a este volumen, para que sepas cuánto dolor, con cuánta moderación de amistad, he temperado.

13. Judío maestro de Jerónimo. Gregorio Nacianceno maestro de Jerónimo. Huillus judío. Salmos sin título.---Escucho además que criticas filosóficamente algunas cosas de mi carta, y como hombre de ceño fruncido y cejas adustas, juegas conmigo con la sal de Plauto, porque dije que Barrabás, un judío, era mi maestro. No es de extrañar si por BAR-ANINA, donde hay alguna similitud de vocablos, escribiste Barrabás, cuando tienes tanta licencia para cambiar nombres; que de Eusebio hiciste a Pamfilio, de un hereje un mártir. Hombre de cuidado, y para mí especialmente a evitar, no sea que de repente, sin saberlo, me llames Sardanápalo en lugar de Jerónimo. Escucha, pues, columna de sabiduría, y norma de la severidad catoniana. No dije que él fuera mi maestro; sino que quise demostrar mi estudio en las Escrituras sagradas, para mostrar que leí a Orígenes como también lo había escuchado. Pues no debía aprender las letras hebreas de ti. ¿Acaso te hice un agravio al seguir a Apolinar y a Dídimo en lugar de a ti? ¿No pude nombrar en esa carta a Gregorio, el hombre más elocuente? ¿Quién entre los latinos es igual a él? de quien me glorío y exulto como maestro. Pero solo mencioné a aquellos que estaban en la crítica, para testificar que leí a Orígenes, no por la verdad de la fe, sino por el mérito de la erudición. El mismo Orígenes, y Clemente y Eusebio, y muchos otros, cuando disputan sobre las Escrituras y quieren aprobar lo que dicen, suelen escribir: Me refirió un hebreo; y, escuché de un hebreo: y, esta es la opinión de los hebreos. Ciertamente, Orígenes también nombra al Patriarca Huillus, que fue en sus tiempos: y concluye el trigésimo tomo sobre Isaías, en cuyo final explica: ¡Ay de ti, ciudad de Ariel, que David conquistó!, con la exposición de él; y aunque dice que antes había pensado de otra manera, confiesa que fue enseñado por él lo que es más verdadero. También el Salmo ochenta y nueve, que se titula: Oración de Moisés, hombre de Dios, y los otros once que no tienen títulos, según la exposición de Huillus, los considera de Moisés, y no se avergüenza de insertar en cada lugar, al interpretar la Escritura hebrea, lo que parece a los hebreos.

14. Orígenes condenado.---Leídas recientemente las cartas del papa Teófilo, en las que expone los errores de Orígenes, se dice que tapó sus oídos, y condenó al autor de tanto mal con voz clara ante todos, y dijo: hasta ese momento ignoraba que había escrito cosas tan nefastas. No lo niego, ni digo lo que quizás otro diría, que no pudo ignorar lo que tradujo, cuya Apología escrita por un hereje bajo el nombre de un mártir publicó: cuya defensa también profesó en un volumen propio: contra lo cual en lo siguiente, si hay tiempo para dictar, discutiré. Esto digo, a lo que no puede contradecir. Si a él le es lícito no haber entendido lo que tradujo, ¿por qué no me es lícito ignorar los libros *περὶ Ἀρχῶν*, que no leí antes; y haber leído solo las Homilias que traduje, en las cuales no hay nada malo, según su propio testimonio? Pero si ahora me acusa en ellos, en los que antes me alabó, estará atrapado por todos lados. O bien me alabó como hereje porque era de la misma doctrina que yo: o ahora acusa en vano al enemigo que antes proclamó ortodoxo. Pero quizás entonces calló mis errores como amigo; y ahora, enojado, saca a la luz lo que antes ocultó.

15. Defiende el comentario sobre la carta a los Efesios.---Aunque la inconstancia no merece fe, y las enemistades declaradas tienen la sospecha de mentira: sin embargo, audazmente enfrentaré el paso, queriendo saber qué he escrito herético, para que o bien haga penitencia con él, y jure que ignoraba los males de Orígenes, y que ahora por primera vez he aprendido de papa Teófilo sus impiedades: o ciertamente demostraré que yo, en efecto, he tenido buenos pensamientos, pero él, a su manera, no entiende. Pues no puede ser que en esos mismos libros a los Efesios, que según escucho, critica, haya dicho tanto bien como mal; y de la misma fuente haya salido lo dulce y lo amargo: que quien en toda la obra condené a aquellos que

creen que las almas son creadas de los ángeles, de repente olvidado de mí mismo, defendiera lo que antes condené. No puede acusarme de estupidez, a quien en sus opúsculos ha proclamado el más elocuente y elocuente. De lo contrario, la verbosidad estúpida debe considerarse más bien de un charlatán y parlanchín que de un elocuente. No sé qué acusa en los libros propiamente. Pues la fama de sus crímenes ha llegado a mí, no sus escritos: y es tonto, según el Apóstol, golpear el aire con los puños. Sin embargo, responderé en la incertidumbre, hasta que llegue a lo cierto: enseñaré a mi ἀντίζηλον lo que aprendí de joven, que hay muchos géneros de discursos; y según la calidad de la materia, no solo las sentencias, sino también las palabras de las Escrituras varían.

16. Qué contienen los comentarios. Donato maestro de Jerónimo.---Crisipo y Antípatro se mueven entre espinas. Demóstenes y Esquines fulminan uno contra el otro. Lisias e Isócrates fluyen dulcemente. Maravillosa diversidad en cada uno, pero todos son perfectos en lo suyo. Lee los libros de Tullio a Herenio, lee sus Retóricos: o, porque dice que esos que inacabados y rudos se le escaparon de las manos, revisa los tres volúmenes sobre el Orador, en los que introduce a los oradores más elocuentes de su tiempo, Craso y Antonio discutiendo; y el cuarto Orador, que ya anciano escribe a Bruto: entonces entenderás que la Historia se compone de una manera, las Oraciones de otra, los Diálogos de otra, las Cartas de otra, los Comentarios de otra. Pues en los Comentarios a los Efesios seguí a Orígenes, Dídimo y Apolinar (que ciertamente tienen dogmas contrarios entre sí) de tal manera que no perdí la verdad de mi fe. ¿Qué contienen los Comentarios? Explican las palabras de otros, que están escritas oscuramente, las manifiestan con lenguaje claro: replican las sentencias de muchos; y dicen: Algunos han explicado este lugar así: otros lo interpretan de esta manera: aquellos sostienen su sentido y comprensión con estos testimonios, y con esta razón lo afirman: para que el lector prudente, cuando haya leído diversas explicaciones, y haya aprendido lo que debe aprobar o desaprobado de muchos, juzgue qué es más verdadero: y como buen cambista, rechace el dinero de moneda adulterada. ¿Será culpable de diversa interpretación y de sentidos contrarios entre sí, quien en una obra que explica, ha puesto las exposiciones de muchos? Creo que de joven leíste los Comentarios de Aspro sobre Virgilio y Salustio, de Vulcacio sobre las Oraciones de Cicerón, de Victorino sobre sus Diálogos y sobre las Comedias de Terencio, de mi maestro Donato igualmente sobre Virgilio, y de otros sobre otros: Plauto, Lucrecio, Flaco, Persio y Lucano. Acusa a sus intérpretes, ¿por qué no siguieron una sola explicación: y enumeran lo que les parece a ellos o a otros?

17. Los vicios del discurso de Rufino.---Omito a los griegos, de cuya ciencia te jactas, y mientras persigues lo extranjero, casi te has olvidado de tu propio idioma: para no parecer que, según el viejo proverbio, enseñe a Minerva o llevo leña al bosque. Me sorprende que, siendo el Aristarco de nuestro tiempo, no conozcas estas cosas infantiles. Aunque ocupado en los sentidos y ciego en construirme una calumnia, hayas despreciado las enseñanzas de gramáticos y oradores, subestimando el uso de hipébatos después de los recovecos, evitando la aspereza de las consonantes, huyendo de la dicción entrecortada. Es ridículo mostrar pocas heridas en un cuerpo debilitado y fracturado. No elijo lo que debo criticar, que él elija lo que carece de defecto. Ni siquiera debería haber conocido aquello socrático: Sé lo que no sé: El que ignora cómo manejar un barco teme hacerlo; el ajeno al enfermo no se atreve a darlo, a menos que lo haya aprendido. Lo que es de los médicos, los médicos lo prometen: los artesanos manejan lo que es de su oficio. Escribimos poemas, tanto los doctos como los indoctos, por doquier. (Horacio, epístola I a Augusto). A menos que jure que no ha aprendido letras; lo cual le creemos fácilmente sin juramento: o se refugiará en el Apóstol que profesa: Y si soy inexperto en el habla, no lo soy en el conocimiento (1 Cor. XI, 6). Él, instruido en las letras hebreas y educado a los pies de Gamaliel, a quien no se avergüenza de llamar

maestro, ya en la dignidad apostólica, despreciaba la elocuencia griega, o ciertamente, por humildad, la disimulaba: para que su predicación no consistiera en la persuasión de palabras, sino en el poder de los signos: despreciando las riquezas ajenas, quien era rico en las suyas: aunque a un inexperto, y cayendo en cada sentencia como tú, nunca Festus diría desde el tribunal: Estás loco, Pablo: estás loco: muchas letras te llevan a la locura (Hechos XXVI, 24). Tú, que murmuras en latín y te mueves más con paso de tortuga que avanzas: o debes escribir en griego, para que entre los ignorantes del idioma griego parezcas saber lo ajeno: o si intentas en latín, primero escucha al gramático, retira la mano de la vara, y entre los pequeños, como un anciano de Atenas, aprende el arte de hablar. Aunque alguien respire como Creso y Darío, las letras no siguen al dinero. Son compañeras del sudor y el trabajo: aliadas del ayuno, no de la saciedad: de la continencia, no del lujo. Se dice que Demóstenes gastó más en aceite que en vino, y siempre superó a todos los artesanos en vigilias nocturnas. Lo que él hizo para expresar una letra, para aprender la rho del perro, tú me acusas de por qué un hombre aprendió las letras hebreas de otro hombre. De ahí que algunos, sabiamente ignorantes, permanecen, mientras no quieren aprender lo que ignoran. Ni escuchan a Horacio advirtiéndolo: ¿Por qué, avergonzado, prefieres ignorar malamente que aprender? Habla también la Sabiduría, que leemos bajo el nombre de Salomón: En un alma maliciosa nunca entrará la sabiduría, ni habitará en un cuerpo sometido a los pecados. Porque el espíritu santo de la instrucción huirá del engaño, y se apartará de los pensamientos necios (Sab. I, 4, 5). Es otra cosa si, contentos con la lectura vulgar, desprecian los oídos de los doctos; y desprecian aquel elogio, con el que se denota la impericia atrevida: . . . . ¿No solías, indocto, en las encrucijadas, destruir la miserable canción con una paja chirriante? Como si la multitud de los rizosos de Mileto no cantara ficciones en las escuelas: y el testamento de los suidos, con la risa de los básicos, sacudiera los miembros, y entre las comidas de los bufones, se frecuentaran tales tonterías. Diariamente en las calles, un falso adivino azota las nalgas de los tontos, y con un escorpión torcido sacude los dientes de los mordedores: ¿y nos maravillamos si los libros de los inexpertos encuentran lector?

18. Se indignan porque escribí que los origenistas se federan entre sí con orgías de mentiras. Nombré el libro en el que leí esto escrito; es decir, el sexto de los Stromateon de Orígenes, en el que, componiendo las sentencias de Platón con nuestro dogma, habla así: Platón en el tercer libro de la República: «La verdad también debe ser buscada con gran empeño. Si, como decíamos muy correctamente hace un momento, la mentira es indecente e inútil para Dios, a veces útil para los hombres (para que la usen como condimento y medicina); no hay duda de que tal licencia debe darse a los médicos, y ser removida de los imprudentes. Dices la verdad, por lo tanto, los príncipes de las ciudades, si a algunos y a otros se les concede esto, deben a veces mentir, ya sea contra los enemigos, o por la patria y los ciudadanos. Pero a los demás que no saben usar la mentira, se les debe quitar toda mentira.» Orígenes: «Y nosotros, por lo tanto, recordando ese precepto: Hablad la verdad cada uno con su prójimo (Efes. IV, 25), no debemos decir, ¿quién es mi prójimo? sino considerar cómo el filósofo dijo cautelosamente: que la mentira es indecente e inútil para Dios, a veces útil para los hombres; y que ni siquiera por dispensación debe considerarse que Dios miente alguna vez. Pero si la conveniencia del oyente lo exige, habla con palabras ambiguas y expresa lo que quiere a través de enigmas: para que se conserve la dignidad de la verdad en él: y lo que podría ser dañino, si se expusiera desnudo al vulgo, se presente cubierto con un velo. Pero el hombre, a quien incumbe la necesidad de mentir, debe atender diligentemente, para que use a veces la mentira como condimento y medicina; para que guarde su medida, no exceda los límites, como Judith contra Holofernes, y lo venció con prudente simulación de palabras. Imite a Esther, quien corrigió la sentencia de Artajerjes, callando mucho tiempo la verdad de su pueblo. Y en primer lugar al Patriarca Jacob, a quien leemos que obtuvo las bendiciones del

padre con un artificio mentiroso. De lo cual es evidente que, a menos que mintamos de tal manera que busquemos de esto algún gran bien, seremos juzgados como enemigos de aquel que dijo: Yo soy la verdad (Juan XIV).» No podemos negar que Orígenes escribió esto: lo escribió en libros que hablaba a los perfectos y a los discípulos: y enseña a los maestros a mentir; pero los discípulos no deben mentir. Por lo tanto, quien miente bien, y sin ninguna vergüenza inventa lo que le viene a la boca contra los hermanos, se prueba a sí mismo como el mejor maestro.

19. Defiende la interpretación del Salmo II. La deosculación como veneración entre los hebreos.---También se dice que critica que, interpretando el segundo Salmo, por lo que leemos en latín, aprehended la disciplina; y en el volumen hebreo está escrito NESCU BAR, dije en mis Comentarios, adorad al hijo. Y nuevamente, al traducir todo el Salterio al sonido romano, como si olvidara la antigua exposición, puse, adorad puramente: lo cual evidentemente es contrario a sí mismo. Y realmente se le debe perdonar si ignora la verdad de la lengua hebrea, quien a veces duda incluso en latín. NESCU, para interpretar palabra por palabra, se dice καταφιλήσατε, es decir, deosculad: lo cual, no queriendo traducir de manera burda, seguí más el sentido, para decir, adorad. Porque quienes adoran suelen besar la mano y bajar la cabeza (lo cual el bienaventurado Job niega haber hecho a los elementos e ídolos, diciendo (Cap. XXXI, 26, 27): Si vi al sol cuando brillaba, y a la luna caminando clara: y mi corazón se alegró en secreto, y besé mi mano con mi boca, lo cual es una gran iniquidad, y negación contra el Dios altísimo), y los hebreos, según la propiedad de su lengua, ponen la deosculación por veneración, lo traduje como ellos entienden, cuyo es el verbo. BAR, sin embargo, entre ellos significa diversas cosas. Se dice también hijo, como en aquello: Barjona, hijo de la paloma, y Bartolomé, hijo de Tolomeo, y Bartimeo, y Barjesús, y Barrabás. También trigo, y manojos de espigas, y elegido, y puro. ¿Qué he pecado, pues, si convertí una palabra ambigua con diversa interpretación? y quien en los Comentarios, donde hay libertad de disertar, dije, adorad al hijo; en el mismo cuerpo, para no parecer un intérprete violento, y dar lugar a la calumnia judía, dije, adorad puramente, o elegido: lo cual también tradujeron Aquila y Símaco. ¿Qué, pues, perjudica a la fe eclesiástica, si se enseña al lector cuántas maneras hay de explicar un versículo entre los hebreos?

20. Errores de Orígenes.---A tu Orígenes le está permitido tratar sobre la metempsicosis, introducir mundos innumerables, y vestir a las criaturas racionales con cuerpos diferentes, y decir que Cristo ha sufrido muchas veces, y sufrirá más veces, para que lo que una vez fue útil, siempre sea útil asumido: tú también te atribuyes tanta autoridad, que de un hereje haces un mártir, de los libros de Orígenes mientes adulterios de herejes: ¿no me será permitido a mí discutir sobre palabras, y en la obra de los Comentarios enseñar a los latinos lo que aprendí de los hebreos? A menos que también sea prolijo, y huela a vanagloria, ya te mostraría ahora cuánta utilidad tiene frecuentar las puertas de los maestros, y aprender el arte de los artesanos: y verías cuán grande es el bosque de nombres y palabras ambiguas entre los hebreos. Lo cual ha proporcionado materia para diversa interpretación: mientras cada uno entre las dudas, lo que le parece más consecuente [Al. conveniente], eso traduce. ¿Por qué te envió a lo extranjero? Revisa a Aristóteles, y a Alejandro discutiendo los volúmenes de Aristóteles; y conocerás por su lectura cuánta es la abundancia de ambiguos: para que finalmente dejes de reprochar a tu amigo en lo que ni siquiera en sueños alguna vez aprendiste.

21. Comentarios a los Efesios. Pero como mi hermano Pauliniano me narró que algunas cosas de los Comentarios a los Efesios fueron criticadas por él, y me transmitió de memoria algunas de ellas, y me mostró los mismos lugares, no debo evadirlo: y ruego al lector que, si soy un poco más extenso en proponer y refutar las acusaciones, me conceda indulgencia por la

necesidad. 477 No acuso a otro; sino que me esfuerzo por defenderme, y refutar la calumnia de herejía que se me imputa. En la Epístola de Pablo a los Efesios, Orígenes escribió tres volúmenes. También Dídimo y Apolinaris compusieron sus propios opúsculos. A quienes, ya sea traduciendo o imitando, lo que escribí en el Prólogo de la misma obra, lo expondré: «También advierto en el Prefacio, para que sepáis que Orígenes escribió tres volúmenes sobre esta Epístola, a quien también seguimos en parte: Apolinaris también, y Dídimo publicaron algunos Comentarios. De los cuales, aunque tomamos poco, y añadimos algunas cosas que nos parecían, o sustraemos: para que el lector estudioso reconozca de inmediato al principio, que esta obra es ajena o nuestra (Prólogo Coment. en Epíst. a los Efesios).» Por lo tanto, cualquier defecto que pueda demostrarse en la explicación de esta Epístola, si no puedo mostrarlo en los volúmenes griegos, de donde dije que lo traduje al latín, reconoceré el crimen, y será mío lo que no sea ajeno. Sin embargo, para no parecer que me burlo, y con esta estratagema de excusa, no me atrevo a avanzar, pondré los mismos testimonios que se llaman en juicio.

22. Oficio del comentarista. Tiempo de escritura de los Comentarios en la Epístola a los Efesios.---En el primer volumen, el testimonio de Pablo, en el que dice: Como nos eligió en él antes de la fundación del mundo: para que fuéramos santos e inmaculados ante él (Efes. 1, 4), lo interpretamos de tal manera que no dijéramos la elección según Orígenes, de aquellos que fueron antes; sino que lo referimos a la presciencia de Dios. Finalmente dijimos: «Pero que nos haya elegido, para que fuéramos santos e inmaculados ante él, es decir, ante Dios, antes de la creación del mundo, se refiere a la presciencia de Dios, para quien todas las cosas futuras ya están hechas, y antes de que sucedan, todas son conocidas. Así como el mismo Pablo es predestinado en el vientre de su madre; y Jeremías es santificado en el útero, elegido, fortalecido, y enviado como profeta a las naciones en tipo de Cristo.» Ciertamente en esta exposición no hay crimen: y diciendo Orígenes lo contrario, nosotros seguimos el sentido eclesiástico. Y porque es oficio del comentarista poner las opiniones de muchos, y prometí hacer esto en el Prefacio, también puse la explicación de Orígenes, sin envidia de su nombre, diciendo: 478 «Otro, que intenta mostrar a Dios como justo, que no elige a cada uno por el prejuicio de su ciencia, sino por el mérito de los elegidos, dice que antes de las criaturas visibles, el cielo, la tierra, los mares, y todo lo que hay en ellos, había otras criaturas invisibles, en las que también las almas, que por ciertas causas conocidas solo por Dios fueron arrojadas hacia abajo, a este valle de lágrimas, al lugar de nuestra aflicción y peregrinación, en el que el santo constituido oraba, para volver a su sede original, diciendo: ¡Ay de mí, porque mi peregrinación se ha prolongado: habité con los habitantes de Cedar, mucho ha peregrinado mi alma (Sal. CXIX, 5). Y el Apóstol: Miserable de mí, ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte (Rom. VII, 24)? Y, Mejor es volver, y estar con Cristo (Fil. I, 23). Y en otro lugar: Antes de ser humillado, yo pequé (Sal. CXVIII, 67),» y otras cosas similares, que es largo escribir. Observa lo que dije: Otro, que intenta mostrar a Dios como justo: intenta mostrar, digo, no muestra. Pero si te escandalizas porque resumí en pocas palabras la extensa disertación de Orígenes, y te parezco un oculto seguidor suyo porque no omití nada de lo que él dijo, ve si no hice esto para evitar vuestra calumnia, para que no dijerais que callé lo que él dijo con fuerza, y que él en griego discute más robustamente. Puse, pues, todo, aunque más brevemente, lo que encontré en griego, para que sus discípulos no tuvieran nada nuevo que introducir en los oídos de los latinos. Porque más fácilmente despreciamos lo conocido que lo repentino. Expuesta su interpretación, escucha lo que dijimos al final del capítulo: «Porque no dijo el Apóstol, nos eligió antes de la fundación del mundo, cuando éramos santos e inmaculados: sino nos eligió para que fuéramos santos e inmaculados: es decir, quienes no éramos santos e inmaculados antes, para que lo fuéramos después. Lo cual también puede decirse de los pecadores convertidos a mejores cosas; y se

mantendrá aquella sentencia: No se justificará en tu presencia ningún viviente (Sal. XLII, 2); es decir, en toda su vida, en todo el tiempo que en este mundo ha vivido. Lo cual, entendido así, también es contrario a quien dice que las almas fueron elegidas antes de que el mundo fuera hecho por su santidad, y ningún defecto de pecados.» Porque no (como ya dijimos antes) son elegidos Pablo, y quienes son como él, porque eran santos e inmaculados: sino que son elegidos y predestinados, para que en la vida consecuente, por obras y virtudes, sean santos e inmaculados. ¿Y se atreve alguien después de tal sentencia, a acusarnos de la herejía de Orígenes? Hace casi dieciocho años que dicté estos libros, en el tiempo en que el nombre de Orígenes florecía en el mundo; cuando el libro *περὶ Ἀρχῶν*, su obra, las orejas latinas ignoraban: y sin embargo, profesé mi fe; y mostré lo que me desagradaba. Por lo cual, incluso si en otras cosas el enemigo pudiera mostrar algo herético, no estaría sujeto tanto a dogmas perversos, que aquí y en otros libros a menudo he condenado, como a un error imprudente.

23. La fe de la Iglesia.---El segundo lugar que mi hermano me mostró que fue criticado por él, porque es muy frívolo, y muestra abiertamente su calumnia, lo expondré brevemente. En ese testimonio donde Pablo dice: Haciéndolo sentar a su derecha en los cielos, sobre todo principado y potestad y virtud y dominación, y todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el futuro (Efes. I, 20, 21); después de una exposición múltiple, cuando llegué a los oficios de los ministros de Dios, y hablaba de principados y potestades y virtudes y dominaciones, también añadí esto: «Es necesario que tengan sujetos, y que les teman, y les sirvan, y que sean fortalecidos por su fortaleza. Estas distribuciones de oficios, no solo en el presente, sino también en el siglo futuro existirán: para que por cada progreso y honor, ascensiones y descensos, o alguien crezca, o disminuya, y bajo otra y otra potestad, virtud, principado, y dominación se haga.» Y después del ejemplo de un rey terrenal, y toda la descripción del Palacio, por la cual demostraba los diversos oficios de los ministros de Dios, añadí: «¿Y pensamos que Dios, Señor de señores, y rey de reyes, está contento con un ministerio simple?» Así como no se llama Arcángel sino quien es superior a los Ángeles: así los Principados y Potestades y Dominaciones no se llaman sino quienes tienen sujetos y de grado inferior. 480 Pero si piensa que por eso sigo a Orígenes, porque puse progresos y honores, ascensiones y descensos, incrementos y disminuciones, en mi exposición; sepa que hay mucha diferencia entre decir que los Ángeles y Serafines y Querubines se convierten en demonios y hombres, lo que afirma Orígenes; y que los mismos Ángeles entre sí tienen diversos géneros de oficios, lo cual no repugna a la Iglesia. Así como entre los hombres el orden de dignidades es diverso por la variedad del trabajo, cuando el obispo y el presbítero, y todo grado eclesiástico tiene su orden; y sin embargo, todos son hombres: así también entre los Ángeles hay diversos méritos, y sin embargo, todos permanecen en la dignidad angélica: ni de Ángeles se hacen hombres, ni nuevamente los hombres se transforman en Ángeles.

24. No puso los nombres de los Expositores por modestia.---El tercer punto de crítica es que, según el Apóstol: "Para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en bondad sobre nosotros en Cristo Jesús", hemos presentado una triple exposición. En la primera, lo que nos parecía; en la segunda, lo que Orígenes opondría; en la tercera, lo que Apolinar explicaría sencillamente. Si no puse sus nombres, perdona mi modestia: no debía criticar a aquellos a quienes en parte imitaba y cuyas sentencias traducía al latín. "Pero, dije, quien es un lector diligente, inmediatamente buscará y dirá. Y nuevamente al final, otro transfiere esto que dice, 'para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia', a esa inteligencia." He aquí, dirás, bajo la persona de un lector diligente, explicaste las sentencias de Orígenes. Confieso el error, no debí decir diligente, sino blasfemo: si lo hubiera hecho, y hubiera sabido por alguna profecía que seguirías tales tonterías, también habría evitado las palabras de calumnia. Gran crimen si dije que Orígenes era un lector

diligente, de quien interpreté setenta libros, a quien llevé al cielo con alabanzas; por lo cual me vi obligado hace dos años a responder a tus elogios contra mí con un breve libelo (Carta a Pammachio escrita hace dos años). Objeciones que dije que Orígenes era maestro de las iglesias en tus alabanzas: y piensas que debería temer si un enemigo me acusa de haberlo llamado lector diligente. Solemos llamar diligentes también a los comerciantes más ahorrativos, a los siervos frugales, a los pedagogos molestos y a los ladrones más astutos. Y en el Evangelio se dice que el mayordomo de la iniquidad hizo ciertas cosas prudentemente (Lucas XVI): y, "Los hijos de este siglo son más prudentes en su generación que los hijos de la luz" (Ibid. XVI, 8). Y, "La serpiente era más sabia que todas las bestias que el Señor hizo sobre la tierra" (Gén. III, 1).

25. Qué es el cuerpo de muerte.---El cuarto punto de crítica ocupa el inicio del segundo libro, en el cual expusimos este testimonio de Pablo: "Por esta causa yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles" (Efesios III, 2); y como el lugar en sí es manifiesto, solo pondré la parte de la explicación que está abierta a la calumnia: "Que Pablo sea prisionero de Cristo Jesús por los gentiles, puede entenderse también del martirio, que, encarcelado en Roma, envió esta Epístola, en el tiempo en que mostramos que fue escrita en otro lugar a Filemón, a los Colosenses y a los Filipenses. O ciertamente, porque en muchos lugares se ha leído que el vínculo del alma se llama este cuerpo, en el cual está como encerrada en una cárcel, decimos por eso que Pablo está restringido por los lazos del cuerpo, sin poder regresar y estar con Cristo, para que la predicación perfecta a los gentiles se complete por él: aunque algunos introducen otro sentido en este lugar, que Pablo, predestinado y santificado desde el vientre de su madre para la predicación a los gentiles antes de nacer, después recibió los lazos de la carne." Y en esto puse una triple exposición, como antes. En la primera, lo que me parecía; en la segunda, lo que Orígenes afirmaba; en la tercera, lo que Apolinar, yendo contra los dogmas de aquel, sentía. Lee los Comentarios griegos; y si no lo encuentras así, confesaré el crimen. ¿Cuál es mi pecado en este lugar? Aquel mismo, por el cual respondí antes: ¿por qué no nombré a aquellos de quienes eran dichas las cosas? Era superfluo poner los nombres de ellos en cada testimonio del Apóstol, de quienes había señalado en el Prefacio que iba a traducir sus Opúsculos. Y sin embargo, decir que el alma está encadenada al cuerpo, hasta que regrese a Cristo, y en la gloria de la resurrección, el cuerpo corruptible y mortal se cambie por incorruptibilidad e inmortalidad, no es de una inteligencia absurda. De donde también el Apóstol: "¡Miserable de mí!", dice, "¿quién me librá de este cuerpo de muerte?" Llamando cuerpo de muerte a lo que está sujeto a vicios, enfermedades, perturbaciones y muerte: hasta que resucite con Cristo en gloria, y el frágil barro primero, se cueza en el fervor del Espíritu Santo en una vasija muy sólida: cambiando la gloria, no la naturaleza.

26. El quinto punto es muy fuerte, en el cual exponiendo aquel testimonio del Apóstol, "De quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor" (Lib. II, cap. 4), comprimimos en breve discurso la amplísima exposición de Orígenes, y los mismos sentidos girando en diferentes palabras, sin quitar nada de sus ejemplos y afirmaciones. Y cuando llegamos al final, añadimos esto: "Por tanto, también en la restauración de todo, cuando el cuerpo de toda la Iglesia, ahora disperso y lacerado, venga a sanar el verdadero médico Cristo Jesús, cada uno según la medida de la fe y el conocimiento del Hijo de Dios (que por eso se dice que lo reconoce, porque antes lo conocía y después dejó de conocerlo) recibirá su lugar, y comenzará a ser lo que era: pero no según otra herejía, todos estarán en una misma edad, es decir, todos serán reformados en ángeles; sino que cada miembro será perfecto según su medida y oficio. Por ejemplo, que el

ángel fugitivo comience a ser lo que fue creado: que el hombre que fue expulsado del paraíso, sea restituido nuevamente al cultivo del paraíso," y lo demás.

27. Dos herejías.---Me sorprende que tú, hombre prudentísimo, no hayas entendido el arte de mi exposición. "Pues cuando digo, pero no según otra herejía, todos estarán en una misma edad, es decir, todos serán reformados en ángeles, nuestro tanto que lo que discuto es herético, como que difiere de otra herejía." ¿Cuáles son entonces las dos herejías? Una, que dice que todas las criaturas racionales serán reformadas en ángeles. Otra que afirma que cada uno en la restauración del mundo será lo que fue creado. Por ejemplo: que de ángeles se hicieron demonios, nuevamente los demonios se harán ángeles: y las almas de los hombres, así como fueron creadas, no en ángeles; sino en lo que fueron creadas por Dios, serán reformadas, para que justos y pecadores sean iguales. Finalmente, para que sepas que no he explicado mi propia opinión, sino que he comparado entre sí las herejías, de las cuales había leído ambas en griego, completé mi discusión con este final: "Por eso, como dijimos antes, estas cosas son más oscuras para nosotros, porque se dicen metafóricamente en griego; y toda metáfora, si se traduce literalmente de un idioma a otro, el sentido y los brotes de la oración se ahogan como en ciertos espinos." Si no encuentras estas mismas cosas en griego, considera que todo lo dicho es mío.

28. Sexto, que es el último, se me dice que se me objeta (si es que mi hermano no ha olvidado nada en medio) por qué interpretando aquel lugar del Apóstol donde dice (Efesios V, 28, 29): "El que ama a su esposa, se ama a sí mismo. Porque nadie aborreció jamás su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la Iglesia," después de una exposición simple, puse la cuestión de Orígenes, de cuya persona, con el nombre tácito, dije: "Se nos puede oponer que no es verdadera la sentencia del Apóstol que dice: 'Nadie aborreció jamás su propia carne,' cuando los que sufren de enfermedad real, tisis, cáncer y destilaciones, prefieren la muerte a la vida, y aborrecen sus propios cuerpos; e inmediatamente añadí lo que yo mismo sentía: Por lo tanto, el discurso debe referirse más bien a una inteligencia tropical." Cuando digo, tropical, enseño que no es verdadero lo que se dice, sino figurado en la nube de la alegoría. Pongamos sin embargo las mismas palabras que se contienen en el libro tercero de Orígenes: "Digamos que aquella carne, que verá la salvación de Dios, el alma la ama, la nutre y la cuida, instruyéndola con disciplinas, alimentándola con el pan celestial, y regándola con la sangre de Cristo: para que, restaurada y brillante, pueda seguir al esposo con libre carrera, y no se vea agobiada por ningún peso de debilidad. Hermosamente también, a semejanza de Cristo que nutre y cuida a la Iglesia, y diciendo a Jerusalén: 'Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste' (Mat. XXIII, 37), las almas también cuidan sus cuerpos, para que este corruptible se vista de incorrupción, y suspendido por la ligereza de las alas, se eleve más fácilmente al aire (I Cor. XV). Cuidemos por tanto, tanto los hombres a nuestras esposas, como nuestras almas a nuestros cuerpos: para que tanto las esposas se conviertan en hombres, como los cuerpos se conviertan en almas, y no haya ninguna diversidad de sexos: sino que así como entre los ángeles, no hay varón ni mujer; así también nosotros, que seremos semejantes a los ángeles, comencemos ya ahora a ser lo que se nos ha prometido en los cielos."

29. Sobre la simple exposición que nos parecía estar en este testimonio, expresamos, diciendo: "En cuanto a la simple inteligencia se refiere, la santa caridad entre el hombre y la esposa, ahora se nos ordena, que nutramos y cuidemos a los cónyuges: para que les proporcionemos sustento y vestido, y lo que es necesario." Esta es nuestra sentencia. Por lo tanto, todo lo que sigue en adelante, y se nos puede oponer, mostramos que no debe entenderse de nuestra persona, sino de la de los contradictores. Aunque si es una breve y absoluta respuesta, y según lo que dijimos antes, también en las sombras de la alegoría, de lo

que es, a lo que no era, depravada: sin embargo, me acercaré más, y preguntaré qué te desagrada en esta discusión. Sin duda porque dije, que las almas como hombres cuidan sus cuerpos como esposas, para que este corruptible se vista de incorrupción, y suspendido por la ligereza de las alas, se eleve más fácilmente al aire. Cuando digo que este corruptible se vista de incorrupción, no cambio la naturaleza de los cuerpos, sino que aumento la gloria. Y no lo que sigue, suspendido por la ligereza de las alas, se eleve más fácilmente al aire: quien asume alas, es decir, la inmortalidad, para volar más ligero al cielo, no pierde ser lo que era. Pero dirás, me mueven las cosas que siguen: "Cuidemos por tanto, tanto los hombres a nuestras esposas, como nuestras almas a nuestros cuerpos, para que tanto las esposas se conviertan en hombres, como los cuerpos se conviertan en almas, y no haya ninguna diversidad de sexos; sino que así como entre los ángeles no hay varón ni mujer: así también nosotros, que seremos semejantes a los ángeles, comencemos ya ahora a ser en la tierra, lo que se nos ha prometido en los cielos." Correctamente moverían, si después de lo anterior no hubiera dicho, ya ahora comencemos a ser, lo que se nos ha prometido en los cielos. Cuando digo, aquí comencemos a ser en la tierra, no elimino la naturaleza de los sexos; sino que quito la lujuria, y el coito del hombre y la esposa, diciendo el Apóstol: "El tiempo es corto: resta, que los que tienen esposas, sean como si no las tuvieran" (I Cor. VII, 29). Y el Señor preguntado en el Evangelio, de quién de los siete hermanos debería ser esposa en la resurrección, dijo: "Erráis, no conociendo las Escrituras, ni el poder de Dios: porque en la resurrección ni se casan, ni se dan en casamiento; sino que son como los ángeles de Dios en el cielo" (Mat. XXII, 29, 30). Y en verdad donde entre el hombre y la mujer hay castidad, ni el hombre comienza a ser, ni la mujer: sino que aún estando en el cuerpo, se transforman en ángeles: en los cuales no hay varón ni mujer. Lo que también en otro lugar dice el mismo Apóstol: "Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. No hay judío ni griego, no hay esclavo ni libre, no hay varón ni mujer. Porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús" (Gálatas III, 27, 28).

30. Acusaciones falsas de Rufino. Rufino aprendió letras griegas sin maestro. Había traducido a Gregorio Nacianceno.---Pero ya que el discurso ha navegado por lugares escabrosos y ásperos, y hemos rechazado con toda la libertad de la frente la acusación de herejía [Mss. hemos rechazado], pasemos a otras partes de su acusación, con las cuales intenta mordernos. De las cuales la primera es, que soy un hombre maldiciente, detractor de todos, siempre clavando el aguijón en mis predecesores. Que dé uno, cuyo nombre haya mencionado en mis opúsculos, o a quien según su arte haya rozado con alabanza figurada. Pero si hablo contra los envidiosos, y el estilo de mi pluma ha herido a Luscio Lavinio, o a Asinio Polión del linaje de los Cornelios, si aparto de mí al hombre histriónico y de mente envidiosa, y dirijo todos los dardos a un solo blanco, ¿por qué reparte sus heridas entre muchos? ¿Por qué, por la impaciencia de responder, muestra ser él quien es atacado? Me acusa de perjurio, y mezclado con sacrilegio, que en el libro (Epístola 22, a Eustoquio) en el cual hablo para instruir a la virgen de Cristo, prometí dormido ante el tribunal del juez, que nunca dedicaré mi esfuerzo a las letras seculares, y sin embargo he recordado a veces la erudición condenada. Sin duda este es el Calpurnio de Salustio, que nos había movido una pequeña cuestión a través del Gran Orador, a la cual respondimos con un breve libelo. Ahora lo que urge, por el sacrilegio y el perjurio del sueño debe responderse. Dije que no leería más las letras seculares: es una promesa de futuro, no la abolición de la memoria pasada. Y ¿cómo, dirás, recuerdas lo que no lees desde hace tanto tiempo? Nuevamente si respondo algo de los libros antiguos, y digo, tanto influye acostumbrarse en la juventud (Virgilio. Géorgicas II): mientras lo niego, incurro en crimen, y al presentar testimonio en mi defensa, por eso mismo soy acusado. Sin duda ahora debe tejerse un largo discurso, que prueban las conciencias de cada uno. ¿Quién de nosotros no recuerda su infancia? Yo ciertamente, para

hacerte reír, hombre severísimo, e imites alguna vez a Craso, de quien Lucilio dice que rió una vez en su vida, recuerdo haber corrido de niño por las celdas de los siervos, haber pasado el día festivo en juegos, y haber sido llevado como cautivo del regazo de mi abuela al severo Orbilio. Y para que te asombres más, ahora con cabeza cana y calva, a menudo me parece en sueños que soy un jovencito, y con toga puesta, declamo una pequeña controversia ante el retórico. Y cuando me despierto, me congratulo de haberme librado del peligro de hablar. Créeme, la infancia recuerda muchas cosas con claridad. Si hubieras aprendido letras, olería la vasija de tu pequeño ingenio, con lo que una vez hubiera sido empapada. Ninguna agua diluye las conchas de lana. Incluso los asnos y los animales brutos, aunque en largo camino, conocen los desvíos favorables. ¿Te sorprende si yo no he olvidado las letras latinas, cuando tú aprendiste las griegas sin maestro? Los siete modos de conclusiones me enseñaron los elementos de la dialéctica; qué significa axioma, lo que podemos llamar pronunciamiento: cómo sin verbo y nombre no se hace ninguna sentencia, los grados de los sorites, las sutilezas del mentiroso, los fraudes de los sofismas. Puedo jurar que desde que salí de la escuela, nunca he leído estas cosas en absoluto. Por lo tanto, tendré que beber del río Leteo según las fábulas de los poetas, para no ser acusado de saber lo que aprendí. He aquí tú que me acusas de poca ciencia, y te pareces a ti mismo un pequeño letrado y Rabbi, responde, ¿por qué te atreviste a escribir algo, y a traducir al hombre más elocuente Gregorio con igual esplendor de elocuencia? ¿De dónde tanta abundancia de palabras, luz de sentencias, variedad de traducciones, hombre, que apenas degustaste la oratoria en los primeros labios de la juventud? O me equivoco, o tú lees a Cicerón en secreto. Y por eso eres tan elocuente, y me imputas el crimen de su lectura, para que solo tú entre los tratadistas eclesiásticos te gloríes en el río de la elocuencia. Aunque pareces seguir más a los filósofos, las espigas de Cleantes, y los enredos de Crisipo, no por el arte que desconoces, sino por la magnitud del ingenio. Y puesto que los estoicos se apropian de la lógica, y tú desprecias los delirios de esta ciencia, en esta parte eres epicúreo: ni buscas cómo, sino qué hablas. ¿Qué te importa si otro no entiende lo que quieres decir, porque no hablas para todos, sino para los tuyos? Finalmente, yo también releendo tus escritos, aunque a veces no entiendo lo que dices, y me parece estar leyendo a Heráclito: sin embargo, no me duele, ni me arrepiento de mi lentitud: pues en la lectura sufro lo que tú sufres al escribir.

31. Defiende el sueño. La celebridad de los Lugares Santos y la reunión de personas de todo el mundo.---Por qué Rufino criticó a Jerónimo.---Diría estas cosas si hubiera prometido algo estando despierto. Sin embargo, ahora, en un nuevo tipo de desfachatez, me reprocha mi sueño. ¡Ojalá la celebridad del lugar y la reunión de santos de todo el mundo me permitieran leer las Sagradas Escrituras! No tengo tanto tiempo para meditar en cosas externas. Pero quien acusa el sueño, que escuche las voces de los Profetas, que dicen que no se debe creer en los sueños, porque ni el adulterio del sueño me lleva al infierno, ni la corona del martirio me eleva al cielo. ¡Cuántas veces me he visto muerto y puesto en el sepulcro! ¡Cuántas veces volando sobre tierras, y cruzando montañas y mares nadando en el aire! Que me obligue, entonces, a no vivir, o a tener alas en los costados, porque la mente a menudo es engañada por imágenes errantes. ¿Cuántos en sueños son ricos, y al abrir los ojos de repente son mendigos? Los sedientos beben de los ríos; y al despertar, arden con la garganta seca. Tú me exiges una promesa de sueño: yo te confrontaré más veraz y estrictamente. ¿Has hecho todo lo que prometiste en el bautismo? ¿Ha cumplido cada uno de nosotros lo que exige el nombre de monje? Ten cuidado, te lo ruego, de no ver mi paja a través de tu viga. Hablo a disgusto, y el dolor obliga a mi lengua reticente a pronunciar palabras. No te basta con lo que inventas sobre mí despierto, sino que también acusas mis sueños. Tienes tanta curiosidad por mis acciones que investigas lo que hice o dije mientras dormía. Paso por alto lo que, hablando

contra mí, has desfigurado tu propósito: lo que has hecho en detrimento de todos los cristianos, tanto en palabras como en obras. Solo te advierto esto, y repitiendo una y otra vez te lo recordaré. Atacas a una bestia con cuernos: y si no tuviera cuidado con aquello del Apóstol, "Los maldicientes no heredarán el reino de Dios" (1 Cor. VI, 19); y, "Mordiéndose unos a otros, se consumieron unos a otros" (Gál. V, 15), ya sentirías que de una pequeña y engañosa concordia ha surgido una gran discordia en el mundo. ¿De qué te sirve acumular maldiciones contra nosotros entre conocidos y desconocidos? ¿Es porque no somos origenistas, y no sabemos que hemos pecado en el cielo, que se nos acusa de pecadores en la tierra? ¿Y por eso hemos vuelto a la concordia, para que no se me permita hablar contra los herejes, no sea que, si los describo, pienses que te estoy atacando? Mientras no rechazaba tus alabanzas, me seguías como maestro, me llamabas hermano y colega, y me reconocías como católico en todo. Después de que no reconocí tus alabanzas, y me juzgué indigno de la proclamación de un hombre tan grande, inmediatamente cambiaste de estilo, y todo lo que antes alababas, ahora lo vituperas, sacando de la misma boca lo dulce y lo amargo. ¿Sientes lo que callo, que no doy palabras a mi pecho ardiente? y con el salmista digo: "Pon, Señor, guarda a mi boca, y puerta fortificada a mis labios. No inclines mi corazón a palabras de maldad" (Sal. CXL, 3). Y en otro lugar: "Cuando el pecador se levantó contra mí, enmudecí, y fui humillado, y callé de los bienes" (Sal. XXXVIII, 1, 2). Y de nuevo: "Me hice como un hombre que no oye, ni tiene en su boca reprensiones" (Sal. XXXVII, 12). Pero el Señor, vengador por mí, te responderá, quien dice por el Profeta, "Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor" (Rom. XII, 19). Y en otro lugar: "Sentado hablaste contra tu hermano, y contra el hijo de tu madre pusiste escándalo. Estas cosas hiciste y callé: pensaste, inicua mente, que sería como tú; te reprenderé, y las pondré delante de tu cara" (Sal. XL, 20 y ss.); para que veas en ti condenado lo que falsamente acusas en otros.

32. Crisógono, seguidor de Rufino.---Además, escucho que Crisógono, su seguidor, me reprocha por qué en el bautismo dije que todos los pecados son perdonados, y que el hombre que ha muerto al pecado resurge como un nuevo hombre en Cristo: y que hay algunos sacerdotes de este tipo en las Iglesias. A él le responderé brevemente: tienen el libelo (Epístola a Océano), que llaman a juicio: que él responda, que lo refute con su disputa, y que argumente escritos con escritos. ¿Por qué con la severidad del rostro, y las cejas fruncidas y arrugadas, pesa palabras huecas, y finge santidad ante el vulgo ignaro con rigor simulado? Que nos escuche proclamar de nuevo, que el viejo Adán muere completamente en el lavacro, y el nuevo resucita con Cristo en el bautismo: que el hombre terrenal perece, y nace el celestial. Decimos esto, no porque nosotros mismos, con Cristo propicio, estemos sujetos a esta cuestión, sino que, interrogados por los hermanos, respondimos lo que nos parecía, sin prejuizar a nadie para que siga lo que quiera, ni subvirtiendo el decreto de otro con nuestra opinión. Pues no ambicionamos el sacerdocio, que nos ocultamos en celdas; ni, condenada la humildad, nos apresuramos a redimir el episcopado con oro; ni deseamos, con mente rebelde, asesinar al pontífice elegido por Dios: ni, favoreciendo a los herejes, nos enseñamos a ser herejes. No tenemos dinero, ni queremos tenerlo: "Teniendo sustento y abrigo, con esto estamos contentos" (1 Tim. VI, 3): cantando continuamente aquello del que asciende al monte del Señor: "El que no dio su dinero a usura, ni aceptó soborno contra el inocente. El que hace estas cosas, no será movido para siempre" (Sal. XIV, 5, 6). Por lo tanto, quien no lo hace, ya ha caído para siempre.

## LIBRO SEGUNDO.

1. Quiere defenderse, no acusar a otros.---Hasta aquí he respondido, no como debía, sino como pude, con moderado dolor [o trabajo], a los crímenes, o más bien por mis crímenes, que un astuto adúlador una vez me impuso, y que sus discípulos acusan con más constancia. Mi

propósito, en efecto, es no tanto acusar a otros, como defenderme a mí mismo. Llegaré a la Apología de él, con la que intenta satisfacer al santo Anastasio, obispo de la ciudad de Roma, y en su defensa nuevamente me construye una calumnia; y me ama tanto, que arrebatado por el torbellino, y sumergido en lo profundo, invade principalmente mi pie, para que conmigo sea liberado o perezca.

2. Apología de Rufino. Los parientes se llamaban en lenguaje vulgar cognados y afines.--- Dice que primero responde a los rumores, por los cuales en Roma se critica su fe, de un hombre probadísimo, tanto en la fe como en la caridad de Dios. Y que, a menos que después de treinta años devuelto a sus parientes, no quisiera abandonarlos, a quienes había visto tan tarde, para no ser considerado inhumano, o duro, y más frágil por el trabajo de un viaje tan largo, para repetir los trabajos, él mismo habría querido venir. Que porque no lo hizo, envió contra sus ladrones el bastón de las cartas, que él sostendría en su mano derecha, y ahuyentaría a los perros que se enfurecen contra él. Si ha sido probado por todos, y especialmente por el mismo obispo a quien escribe, en la fe y caridad de Dios: ¿cómo es que en Roma es mordido, criticado, y la fama de su estimación atacada se extiende? Luego, ¿de quién es la humildad, decir que ha sido probado en la fe y caridad de Dios, cuando los Apóstoles piden: "Señor, aumenta nuestra fe" (Luc. XVII, 5); y oyen, "Si tuvierais fe como un grano de mostaza" (Ibid., 6). Y a Pedro mismo se le dice: "Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?" (Mat. XIV, 31). ¿Qué diré de la caridad, que es mayor que la fe y la esperanza: y que Pablo desea más que presume: sin la cual incluso la sangre derramada en el martirio, y el cuerpo entregado a las llamas, no tiene corona de premios? Ambas cosas este se las atribuye a sí mismo, y sin embargo tiene ladrones contra él: que a menos que sean repelidos por el bastón del ilustre pontífice, no cesan de ladrar. Es ridículo que después de treinta años se jacte de haber regresado a sus padres, un hombre que no tiene ni padre ni madre; y a quienes dejó vivos siendo joven, los desea muertos siendo viejo: a menos que tal vez llame padres en lenguaje militar y vulgar a los cognados y afines, a quienes porque no quiere abandonar, para no ser considerado inhumano o duro, por eso, dejando su patria, habita en Aquilea. Su probadísima fe peligra en Roma, y aquí, recostado y cansado, después de treinta años, no puede venir por el suavísimo camino de Flaminia en carroza; y así pretexto la fatiga de un largo viaje, como si durante treinta años siempre hubiera corrido, o sentado dos años en Aquilea, estuviera agotado por el trabajo del viaje pasado.

3. Palabras de Rufino.---"Tomemos lo que queda, y pongamos las mismas palabras de su carta: Aunque nuestra fe, en el tiempo de la persecución de los herejes, cuando estábamos en la santa Iglesia Alejandrina, fue probada en cárceles y exilios, que se infligían por la fe." Me sorprende que no haya añadido: Prisionero de Jesucristo, y fui liberado de la boca del león, y en Alejandría luché contra las bestias, y he terminado la carrera, he guardado la fe, me queda la corona de justicia. ¿Qué exilios, qué cárceles nombra? Me avergüenza la mentira más evidente; como si las cárceles y los exilios se impusieran sin sentencias de los jueces. Sin embargo, quiero saber de esas cárceles, y de qué provincias dice haber soportado exilios. Y ciertamente tiene la oportunidad de nombrar alguna de las muchas cárceles y exilios infinitos. Que nos muestre los actos de su confesión, que hasta ahora desconocíamos; para que entre otros Mártires de Alejandría recitemos también las gestas de este, y contra sus ladrones pueda decir: "De aquí en adelante nadie me cause molestias, porque yo llevo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús" (Gál. VI, 17).

4. Cuestión sobre el alma de Cristo.---"Sin embargo, si hay alguien ahora que desea probar nuestra fe o escuchar, o aprender, sepa que sobre la Trinidad creemos así," y lo demás. Arriba, contra tus perros, ofreces el bastón al obispo, para que armado por ti camine. Ahora, como dudando, dices: Si hay alguien que desea probar nuestra fe; nuevamente dudas, cuando

los ladridos de muchos han llegado hasta ti. No discuto un poco tus elocuciones, que tú mismo desprecias y menosprecias; solo responderé a los sentidos. Se te pregunta una cosa, y respondes por otra. Contra los dogmas de Arrio, ya habías luchado en Alejandría en cárceles y exilios, no con voz, sino con sangre. Ahora se te mueve calumnia sobre la herejía de Orígenes. No quiero que cures las heridas sanas. Dices que la Trinidad es de una sola Deidad. Esto, ya creyéndolo todo el mundo, creo que también los demonios confiesan que el Hijo de Dios nació de María Virgen, y que asumió carne de naturaleza humana, y alma. Si pregunto algo más estrechamente, me llamarás contencioso. Si dices que el Hijo de Dios asumió carne y alma de naturaleza humana, te ruego que respondas sin enojo: ¿esa alma que asumió Jesús, existía antes de nacer de María? ¿O en el origen virginal, que nacía del Espíritu Santo, fue creada junto con el cuerpo, o ya en el útero, con el cuerpo formado, fue hecha y enviada del cielo? De estas tres cosas, deseo saber cuál sientes. Si fue antes de nacer de María, entonces aún no era el alma de Jesús, y hacía algo, y por los méritos de las virtudes después se convirtió en su alma. Si comenzó de la traducción, entonces las almas humanas, que confesamos eternas, y las de los animales brutos, que se disuelven con el cuerpo, tienen una sola condición. Pero si al formarse el cuerpo fue creada y enviada, confiesa simplemente, y libéranos del escrúpulo.

5. No hablas de esto: pero ocupado en otras cosas, abusas de nuestra simplicidad, y con prestidigitaciones y pompa de palabras no nos dejas adherirnos a la cuestión. ¿Qué, dirás, no era la cuestión sobre la resurrección de la carne, y los castigos del diablo? Confieso [o Confiesa]. Entonces responde brevemente y con pureza. No pregunto lo que escribes, que resucitará la misma carne en la que vivimos, sin que se ampute ningún miembro, ni se corte ninguna parte del cuerpo, estas son tus palabras: sino que pregunto, lo que Orígenes niega, si en el mismo sexo en que murieron los cuerpos, resucitarán: y María resucitará María, Juan resucitará Juan: o si con el sexo mezclado y confundido, no será ni hombre ni mujer; sino ambos, o ninguno. Y si esos cuerpos incorruptos, e inmortales, y como adviertes agudamente, según el Apóstol, espirituales, permanecerán para siempre: y no solo los cuerpos, sino la carne y la sangre infundida, regada por venas y huesos, que Tomás tocó: o si ciertamente se disolverán poco a poco en nada, y serán retraídos a los cuatro elementos de los que fueron compuestos. Esto debiste decir, o negar, y no hablar de lo que Orígenes subrepticamente confiesa; para que, como burlándote de tontos y niños, "sin que se ampute ningún miembro, ni se corte ninguna parte del cuerpo." Por supuesto, temíamos esto, que resurgiríamos sin nariz y orejas, y con los genitales amputados y cortados, se fundara la ciudad de los eunucos en la Jerusalén celestial.

6. Además, sobre el diablo así modera su sentencia: "Decimos también el juicio futuro, en el cual cada uno recibirá lo propio del cuerpo, según lo que haya hecho, sea bueno o malo. Que si los hombres recibirán según sus obras, ¡cuánto más el diablo, que es causa de pecado para todos! De quien sentimos lo que está escrito en el Evangelio (Mat. XXV): que también el diablo, y todos sus ángeles, con aquellos que hacen sus obras, es decir, que acusan a los hermanos, con él igualmente poseerán la herencia del fuego eterno. Si alguien, por lo tanto, niega que el diablo sea entregado a los fuegos eternos, que reciba parte con él del fuego eterno, para que sienta lo que negó. Repitamos cada cosa. "Decimos, dice, el juicio futuro; en el cual juicio," y lo demás. Había dicho juicio futuro; pero el hombre cauteloso temió decir solo, en el cual, y puso, en el cual juicio; no sea que si no hubiera repetido juicio, olvidáramos lo anterior, y por juicio pensáramos en un asno. También lo que después añade, "que acusan a los hermanos, con él igualmente poseerán la herencia del fuego eterno," es de la misma belleza. ¿Quién ha oído alguna vez poseer fuegos, y disfrutar de los suplicios? Pero el hombre griego parece haber querido interpretarse a sí mismo, y por lo que entre ellos se

dice κληρονομήσουσιν y entre nosotros se puede decir con una sola palabra, heredarán, lo dijo más compuesto y ornado, poseerán la herencia. De este tipo de tonterías y aciologías está llena toda su oración. Pero volvamos al sentido.

7. Se burla de las palabras de Rufino. Fuego eterno según Orígenes.---El diablo es herido con una gran lanza, que es causa de pecado para todos, si por sus obras, como hombre, ha de rendir cuentas, y con sus ángeles ha de poseer la herencia del fuego eterno. Esto faltaba, que a los hombres sometidos a tormento, él poseyera los fuegos eternos, que tanto tiempo había deseado. Y me parece que haces calumnia en este lugar al diablo, y acusas falsamente al acusador de todos. Dices, "que es causa de pecado para todos;" y mientras refieres los crímenes a él, liberas a los hombres de culpa, y quitas la libertad del albedrío, diciendo el Salvador que de nuestro corazón salen los malos pensamientos, homicidios, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, blasfemias (Mat. XV, 19). Y de Judas leemos en el Evangelio: Después del bocado entró en él Satanás (Juan XIII, 27): quien antes del bocado había pecado voluntariamente, y ni con la humildad ni con la clemencia del Salvador fue movido a penitencia. Por eso el Apóstol: "A quienes entregué a Satanás, para que aprendan a no blasfemar" (1 Tim. I, 20). Y en otro lugar: "Entregué a tal a Satanás para destrucción de la carne, para que el espíritu sea salvo" (1 Cor. V, 5). Los entregó a Satanás, como a un torturador para castigar, quienes antes de ser entregados, habían blasfemado por su propia voluntad. Y David dice: "De mis ocultos líbrame, Señor, y de los ajenos perdona a tu siervo" (Sal. XVIII, 13): brevemente significando tanto el error de su voluntad, como los incentivos de los vicios. También en el Eclesiastés leemos: "Si el espíritu del que tiene poder se eleva sobre ti, no dejes tu lugar" (Ecles. X, 4). De lo cual claramente aparece, si damos lugar al que se eleva, hemos pecado nosotros que dimos, y no hemos derribado al enemigo que sube los muros. Pero lo que imprecaste a los hermanos, esto es, a tus acusadores, fuegos eternos con el diablo, no me parece tanto que oprimas a los hermanos, como que levantes al diablo, cuando ha de ser castigado con los mismos fuegos que los hombres cristianos. Pero los fuegos eternos, que Orígenes suele entender, creo que no te escapan, a saber, la conciencia de los pecados, y el arrepentimiento que quema internamente el corazón. De lo cual también habla Isaías: "Su gusano no morirá, y su fuego no se apagará" (Isa. LXVI, 24). Y está escrito a Babilonia: "Tienes carbones de fuego, te sentarás sobre ellos: estos serán para ti en ayuda" (Sal. XXVII, 14). Y en el Salmo el penitente oye: "¿Qué se te dará, o qué se te añadirá a ti, lengua engañosa? Flechas agudas de poderoso, con carbones desoladores" (Sal. CXIX, 4); para que la lengua engañosa, las flechas de los preceptos de Dios (de las cuales en otro lugar dice el Profeta (Sal. XXXI, 4), "Me volví en miseria, mientras se me clavaba la espina") la hieran y perforen, y hagan en ella soledad de pecados. También aquel testimonio en el que el Señor habla: "Fuego vine a traer sobre la tierra, y cuánto deseo que arda" (Luc. XII, 49), lo interpreta así: "Deseo que todos hagan penitencia, y purguen con el Espíritu Santo los vicios y pecados. Porque yo soy de quien está escrito: 'Dios es fuego consumidor' (Deut. IV, 24). No es, por tanto, grande decir esto del diablo, lo que también está preparado para los hombres." Más bien debiste (para evitar la sospecha de la salvación diabólica) decir: "Eres destrucción: y no serás para siempre" (Ezeq. XXVIII, según LXX); y desde la persona del Señor hablando a Job sobre el diablo: "He aquí que su esperanza lo frustrará, y será precipitado a la vista de todos" (Job XL, 28). No lo despertaré como cruel. ¿Quién puede resistir a mi rostro? ¿Quién me ha dado primero para que yo le devuelva? Todo lo que está bajo el cielo es mío. No le perdonaré, ni con palabras poderosas, ni con las compuestas para suplicar" (Job XLI, 1 y ss). Sin embargo, estas cosas pueden excusarse como de un hombre simple: y aunque no escapen a los eruditos, ante los indoctos presentan la apariencia de inocencia.

8. Lo que sigue sobre el estado de las almas no puede ser excusado de ninguna manera. Dice: «Escucho que se han suscitado cuestiones sobre el alma: sobre este asunto, si debe aceptarse la queja o rechazarse, ustedes lo prueben. Pero si se pregunta qué pienso yo al respecto, confieso que he leído diversas opiniones de muchos tratadistas sobre esta cuestión. He leído a algunos que dicen que, junto con el cuerpo, las almas también se difunden a través de la transmisión del semen humano: y esto lo confirmaban con las afirmaciones que podían. Creo que entre los latinos, Tertuliano o Lactancio, y quizás algunos otros, pensaban así. Otros afirman que, una vez formados los cuerpos en el útero, Dios crea diariamente las almas y las infunde. Otros dicen que, habiéndolas creado ya hace tiempo, es decir, cuando Dios creó todo de la nada, ahora las hace nacer en el cuerpo según su juicio. Esto lo piensa Orígenes y algunos otros griegos. Pero yo, aunque he leído cada una de estas cosas (lo digo con Dios como testigo), hasta el presente no tengo nada cierto y definido sobre esta cuestión; pero dejo a Dios saber qué es la verdad, y si a alguien se dignará revelarlo. Sin embargo, no niego haber leído cada una de estas cosas, y aún confieso ignorarlas: excepto lo que manifiestamente enseña la Iglesia, que Dios es el creador de las almas y de los cuerpos.»

9. Antes de discutir sobre los sentidos, me maravillaré de las palabras de Teofrasto: «Escucho, dice, que se han suscitado cuestiones sobre el alma: sobre este asunto, si debe aceptarse la queja o rechazarse, ustedes lo prueben.» Si las cuestiones sobre el estado del alma se han suscitado en la Ciudad, ¿cuál es esa queja o querrela que debe ser aceptada o rechazada según el juicio de los obispos? a menos que tal vez piense que cuestión y queja significan lo mismo: porque encontró tal figura en los Comentarios de Capri. Luego añade: «He leído a algunos que dicen que, junto con el cuerpo, las almas también se difunden a través de la transmisión del semen humano, y esto lo confirmaban con las afirmaciones que podían.» Pregunto, ¿cuál es esa licencia de figuras? ¿qué perturbación de modos y tiempos? «He leído diciendo, lo confirmaban con las afirmaciones que podían.» Y en lo siguiente: «Otros afirman que, una vez formados los cuerpos en el útero, Dios crea diariamente nuevas almas y las infunde. Otros, habiéndolas creado ya hace tiempo, es decir, cuando Dios creó todo de la nada, ahora las hace nacer en el cuerpo según su juicio.» Y este orden es bellissimo. Otros, dice, afirman esto o aquello: otros, habiéndolas creado ya hace tiempo, es decir, cuando Dios creó todo de la nada, ahora las hace nacer en el cuerpo según su juicio. Habla tan torpemente y confusamente, que yo tengo más trabajo en criticarlo que él en escribirlo. Al final añadió: «Pero yo, aunque he leído cada una de estas cosas,» y aún con la sentencia pendiente, como si hubiera dicho algo nuevo, añadió: «Sin embargo, no niego haber leído cada una de estas cosas, y aún confieso ignorarlas.»

10. El misterio de la Trinidad desconocido por los Antiguos.---¡Oh almas infelices, que son heridas por tantas lanzas de vicios! No creo que hayan sufrido tanto según el error de Orígenes, cuando cayeron del cielo a la tierra y se vistieron de cuerpos densos, como ahora, chocando de un lado a otro con palabras y sentencias; para no mencionar el término ofensivo, por el cual se dice que las almas se difunden a través de la transmisión del semen humano. Sé que entre los cristianos no se suelen criticar los vicios de las palabras; pero quise mostrar con unos pocos ejemplos de qué temeridad es enseñar lo que no se sabe, escribir lo que se ignora: para que busquemos la misma prudencia en los sentidos. Envía una carta, es decir, un bastón robusto, con el cual se arma al obispo de la ciudad de Roma: y en la misma cuestión, por la cual ladran los perros, dice que no sabe lo que se pregunta. Si ignora por qué se le mueve la calumnia, ¿qué necesidad hay de enviar una Apología que no tiene defensa propia, sino confesión de ignorancia? Esto es no calmar las sospechas de los hombres, sino sembrarlas. Presenta tres sentencias sobre el estado de las almas, y al final concluye: «No niego haber leído cada una de estas cosas, y aún confieso ignorarlas.» Podrías pensar que es Arcesilao o

Carnéades, quienes pronuncian todo incierto, aunque los supera en cautela. Pues ellos, no soportando la envidia de todos los filósofos, que eliminaban la verdad de la vida, encontraron lo verosímil, para moderar la ignorancia de las cosas con una afirmación probable: él dice que está incierto, y de las tres no sabe en absoluto cuál es la verdad. Si esto iba a responder, ¿qué razón lo impulsó a hacer testigo de su ignorancia a un Pontífice tan grande? Sin duda, esta es la fatiga, que agotado por un viaje de treinta años, no pudo venir a Roma. ¡Cuántas otras cosas ignoramos, y sin embargo no buscamos testigos de nuestra impericia! Sobre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; sobre el nacimiento del Señor Salvador, sobre el cual Isaías clama: ¿Quién contará su generación? (Isaías LIII, 8) habla audazmente, y reivindica para su conocimiento el misterio desconocido por todos los siglos pasados: y solo ignora esto, que desconocido causa escándalo a todos. Sabe cómo la Virgen engendró a Dios; y no sabe cómo él mismo nació. Confiesa al Señor como creador de las almas y de los cuerpos, ya sea que las almas existieran antes de los cuerpos, o que nazcan con los comienzos de los cuerpos, o que sean infundidas en los cuerpos ya formados en el útero. En todo conocemos al Señor como autor. Y no es cuestión ahora de si Dios, o algún otro, las hizo: sino de las tres que presentó, cuál de ellas es la verdadera, dice que no lo sabe. Mira que no se te objete de inmediato, que confieras ignorancia de las tres para no ser obligado a condenar una: y que perdonas a Tertuliano y Lactancio para no condenar a Orígenes con ellos. Hasta donde la memoria sugiere, a menos que me equivoque, no sé haber leído a Lactancio decir que el alma está enredada. Sin embargo, tú que escribes haber leído, di en qué libro lo leíste, para que no parezca que calumniaste a un muerto como me calumniaste a mí dormido. Pero incluso en esto avanzas vacilante y cauteloso. Dices: «Creo que entre los latinos, Tertuliano o Lactancio, y quizás algunos otros.» No solo dudas sobre el estado de las almas, sino también sobre las opiniones de los autores: y sin embargo hay alguna diferencia. Sobre las almas claramente no sabes, y confieras tu ignorancia: sobre los autores dices que los conoces, pero más bien crees que presumes. Solo en Orígenes no dudas. Dices, «Esto lo piensa Orígenes.» Te preguntaré: ¿piensa bien o mal? No sé, dices. ¿Por qué entonces intentas enseñarme con mensajeros enviados y frecuentes noticias, para que sepa lo que no sabes? Y para que no dude de tu ignorancia, y piense que callas astutamente lo que sabes, juras con Dios como testigo, que hasta el presente no tienes nada cierto y definido sobre esta cuestión; y dejas a Dios saber qué es la verdad, y si a alguien se dignará revelarlo. ¿Te parece que durante tantos siglos nadie ha sido digno de que el Señor le revelara esta cuestión? ¿Ni patriarca, ni profeta, ni apóstol, ni mártir? ¿Ni siquiera a ti, cuando estabas en cárceles y exilios, se te revelaron tales misterios? El Señor en el Evangelio dice: Padre, he revelado tu nombre a los hombres (Juan XVII, 6). Quien reveló al Padre, calló sobre el estado de las almas: ¿y te sorprende si se levantan escándalos contra ti entre los hermanos, cuando juras no saber lo que la Iglesia de Cristo confiesa saber?

11. Expuesta su fe, o más bien confesión de ignorancia, pasa a otro tema; y se esfuerza por excusarse de por qué tradujo al latín algunos libros de Orígenes. Y escribe esto palabra por palabra: «Ciertamente, porque escucho que también se ha discutido sobre esto, que algunos libros de Orígenes, a petición de los hermanos, traduje del griego al latín, creo que todos entienden que esto se critica por pura envidia. Si hay algo que desagrada en el autor, ¿por qué se culpa al traductor? Como está en griego, fui solicitado para mostrarlo a los latinos. A los sentidos griegos les di solo palabras latinas. Por lo tanto, si en esos sentidos hay alguna alabanza, no es mía: si hay culpa, tampoco es mía.» «Escucho, dice, que también se ha discutido sobre esto.» ¡Qué prudentemente llama discusión a su acusación! «Que algunos libros de Orígenes, a petición de los hermanos, traduje del griego al latín.» ¿Cuáles son esos algunos? ¿No tienen nombre? ¿Callas? Los libelos de los acusados hablan. «Creo, dice, que todos entienden que esto se critica por pura envidia.» ¿Por qué envidia? ¿Acaso envidian tu

elocuencia? ¿O hiciste lo que ningún hombre pudo hacer jamás? He aquí que yo también he traducido muchas cosas de Orígenes: y además de ti, nadie envidia ni calumnia. «Si hay algo que desagrada en el Autor, ¿por qué se culpa al traductor? Como está en griego, fui solicitado para mostrarlo a los latinos. A los sentidos griegos les di solo palabras latinas. Por lo tanto, si en esos sentidos hay alguna alabanza, no es mía: si hay culpa, tampoco es mía.» Y te sorprendes si los hombres piensan mal de ti, cuando sobre blasfemias evidentes dices: «Si hay algo que desagrada en el autor.» A todos les desagradan las cosas dichas en esos libros: y tú solo dudas, y te quejas de por qué se culpa al traductor, cuando en el prefacio de tu traducción lo alabaste. Fuiste solicitado para traducir del griego al latín tal como estaba. ¡Ojalá hubieras hecho lo que simulas que te pidieron! Ahora no estarías sujeto a ninguna envidia. Si hubieras mantenido la fidelidad de la traducción, no habría sido necesario que yo subvirtiera la falsa interpretación con una verdadera interpretación. Tu conciencia sabe lo que añadiste, lo que sustrajiste, lo que cambiaste en ambos sentidos, como te pareció: y después de esto te atreves a decir que tanto lo bueno como lo malo no deben imputarse a ti, sino al autor. Y oprimido por la envidia aún moderas tus palabras; y como si caminaras con paso vacilante sobre espinas, hablas. «Si en esos sentidos hay alabanza, o culpa.» No te atreves a defender, y sin embargo no quieres condenar. Elige entre dos lo que quieras, se te da la opción: si tu interpretación es buena, alábala: si es mala, condénala. Pero se excusa, y añade otra estratagema. Dice: «Además, también añadí algo, como indiqué en mi pequeño prefacio; para que en la medida de lo posible, eliminara algunas cosas: sin embargo, aquellas que me venían a la sospecha de que no fueron dichas así por el mismo Orígenes, sino que parecían haber sido insertadas por otros, porque había leído que sobre los mismos asuntos en otros lugares del mismo autor se decía de manera católica.» Maravillosa elocuencia, adornada con flor ática: Además también; y Lo que me venía a la sospecha. Me asombra que se haya atrevido a enviar a Roma estos portentos de palabras. Podrías pensar que su lengua está encadenada, y atada con nudos inextricables, apenas puede emitir un sonido humano. Pero volvamos al asunto.

11. Blasfemia de Orígenes.---¿Quién te dio esta licencia para eliminar muchas cosas de la traducción? Fuiste solicitado para traducir del griego al latín, no para corregir: para presentar las palabras de otro, no para componer las tuyas. Confiesas que no hiciste lo que se te pidió, al eliminar muchas cosas. Y ojalá hubieras eliminado lo malo, y no hubieras añadido muchas cosas tuyas en defensa de lo malo. De las cuales presentaré una, para que por esta se conozcan las demás. En el primer libro de Sobre los Principios, donde Orígenes blasfemó con lengua sacrílega, diciendo que el Hijo no ve al Padre, tú incluso das razones, como si fuera de la persona que escribió, e interpretas el comentario de Dídimos, en el cual él con trabajo inútil intenta defender el error ajeno, diciendo que Orígenes habló bien: pero nosotros, hombres simples, y mansos como los de Ennio, no podemos entender ni su sabiduría ni la tuya, que lo interpretaste. Tu prefacio, que llamas, y en el cual me adornas con maravillosas alabanzas, te hace culpable de una pésima traducción. Dices que eliminaste muchas cosas del griego, aunque callas lo que añadiste. Lo que eliminaste, ¿era malo o bueno? Sin duda malo. Lo que reservaste, ¿es bueno o malo? sin duda bueno. Pues no podías traducir lo malo. Entonces, ¿eliminaste lo malo y dejaste lo bueno? no hay duda. Pero se prueban malas casi todas las cosas traducidas. Por lo tanto, todo lo malo que muestre en la traducción, se te imputará a ti, que lo tradujiste como bueno. Es otra cosa si, siendo un censor injusto, culpable del mismo crimen, expulsas a unos del senado y retienes a otros en la curia. Pero dices, «No podía cambiar todo; sino solo aquello que consideraba añadido por los herejes, creí que debía eliminarlo.» Muy bien. Si eliminaste lo que considerabas añadido por los herejes, entonces lo que dejaste, es de quien interpretaste; responde, ¿si es bueno o malo? No podías traducir lo malo. Pues una vez eliminaste lo que había sido añadido por los herejes. A menos que

debieras eliminar los males de los herejes, y traducir íntegros los errores de Orígenes al latín. Di entonces, ¿por qué tradujiste los males de Orígenes al latín: para delatar al autor del mal, o para alabarlo? Si lo delatas, ¿por qué lo alabas en el prefacio? Si lo alabas, te apruebas como hereje. Queda, pues, que lo presentaste como bueno. Si todo esto se prueba malo, entonces tanto el Autor como el Intérprete serán culpables del crimen, y se cumplirá aquella sentencia: Veías al ladrón, y corrías con él: y con los adúlteros ponías tu parte (Salmo XLIX, 18). No es necesario hacer dudosa con argumentación una cosa clara. Lo que sigue, responde, ¿de dónde te surgió la sospecha de que esto fue añadido por los herejes? «Porque, dice, sobre los mismos asuntos en otros lugares del mismo autor había leído que se decía de manera católica.»

12. Herejías de Orígenes.---Veamos, lo que primero es, para que en orden venga al segundo. Yo pruebo entre muchas cosas malas de Orígenes, estas especialmente heréticas: que el Hijo de Dios es una criatura; el Espíritu Santo un ministro; mundos innumerables, sucediéndose en siglos eternos. Ángeles convertidos en almas de hombres: el alma del Salvador existía antes de nacer de María: y esta es la que, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse (Filipenses II); sino que se despojó a sí misma, tomando forma de siervo: la resurrección de nuestros cuerpos será tal que no tendrán los mismos miembros; porque cesando las funciones de los miembros, se devolverán los miembros superfluos: y esos mismos cuerpos, delgados y espirituales, se desvanecerán gradualmente, y se disiparán en aire tenue, y en nada: en la restauración de todo, cuando venga la indulgencia principal, los Querubines y Serafines, Tronos, Principados, Dominaciones, Virtudes, Potestades, Arcángeles, Ángeles, el Diablo, los demonios, las almas de todos los hombres, tanto cristianos, como judíos, y gentiles, serán de una misma condición y medida. Y cuando hayan llegado a la forma y medida de la equidad, y las criaturas racionales hayan depositado toda la escoria de los cuerpos, un nuevo ejército del pueblo que regresa del exilio del mundo se mostrará, entonces nuevamente desde otro principio se hará otro mundo, y otros cuerpos, con los cuales se vestirán las almas que caen del cielo, para que temamos que quienes ahora somos hombres, después nazcamos como mujeres; y la que hoy es virgen, entonces tal vez sea prostituta. Estas cosas en los libros de Orígenes yo enseñé como heréticas: tú muestra, en qué obra suya leíste lo contrario.

13. Seis mil libros de Orígenes.---No quiero que digas, Lo que sobre los mismos asuntos en otros lugares del mismo autor había leído que se decía de manera católica; para que no me envíes a los seis mil libros suyos, que acusas al bienaventurado papa Epifanio de haber leído; sino nombra esos lugares: y esto no me será suficiente, a menos que presentes las mismas palabras dichas. Orígenes no es tonto, y yo lo sé: no puede hablar en contra de sí mismo. Por lo tanto, de este cálculo surge aquella conclusión, que no son de los herejes lo que eliminaste, sino de Orígenes, cuyos males tradujiste porque pensaste que eran buenos; y tanto los buenos como los malos de él te serán imputados, cuyos escritos aprobaste en el Prólogo.

14. Hilario y Ambrosio intérpretes de Orígenes. Carta de Anastasio a Juan de Jerusalén.--- Sigue en la misma Apología: «Yo no soy defensor de Orígenes, ni su afirmador, ni su primer intérprete. Otros antes que yo hicieron lo mismo: lo hice yo también al final, solicitado por los hermanos. Si se ordena que no se haga, la orden suele observarse en el futuro. Si se culpa a quienes lo hicieron antes de la orden, la culpa debe comenzar por los primeros.» Finalmente vomitó lo que quería, y toda la hinchazón de su ánimo estalló en la envidia de nuestra acusación. Donde interpreta los libros Sobre los Principios, dice que me sigue: donde se le acusa de por qué lo hizo, pone mi ejemplo; y seguro, y en peligro, no puede vivir sin mí. Que escuche, pues, lo que finge no saber. Nadie te objeta por qué interpretaste a Orígenes, de lo contrario Hilario y Ambrosio serían culpables de este crimen; sino porque interpretaste

herejías, las afirmaste con la alabanza de tu Prefacio. Yo mismo, a quien llamas a juicio, traduje setenta Homilias tuyas, y algunas de los Tomos, de tal manera que eliminé lo malo en la interpretación de lo bueno, y abiertamente en los libros Sobre los Principios para refutar tu traducción, mostré lo que el lector debía evitar. ¿Quieres traducir a Orígenes al latín? Tienes muchas homilias tuyas y tomos, en los cuales se trata el lugar moral, y se desvelan las oscuridades de las Escrituras. Traduce esto: concede esto a quienes lo piden. ¿Por qué tu primer trabajo comienza con la infamia? ¿Por qué al traducir herejías, en defensa de ellas presentas un libro como de mártir, e introduces esto a los oídos romanos, lo que traducido todo el mundo se espantó? O ciertamente si lo traduces para acusarlo de hereje, no cambies nada del griego, y testifica esto mismo en el prefacio, lo que prudentemente el Papa Anastasio en la carta que escribe contra ti al obispo Juan, ha expresado en su discurso, liberándome a mí, que lo hice, y acusándote a ti, que no quisiste hacerlo. Y para que tal vez no niegues esto también, he adjuntado su ejemplo: para que si no quieres escuchar a un hermano que te advierte, escuches a un obispo que te condena.

15. Rufino se le considera defensor de Orígenes. Eusebio, líder de los arrianos. Prefacio de Rufino en la Apología de Pánfilo a favor de Orígenes.---Dices que no eres defensor ni partidario de Orígenes: ahora te presentaré tu libro del cual, en ese famoso prefacio de tu ilustre obra, hablas con estas palabras: «La causa de esta diversidad la expusimos más plenamente en el Apologético que Pánfilo escribió en sus libros, al que añadimos un breve librito, en el que, con pruebas evidentes, según creo, mostramos que sus libros han sido corrompidos en muchos aspectos por herejes y malintencionados, y especialmente aquellos que ahora exiges que interprete, es decir, *περὶ Ἀρχῶν*.» ¿No te bastaba la defensa de Eusebio, o al menos, como tú prefieres, de Pánfilo a favor de Orígenes, a menos que lo que considerabas que ellos habían dicho de menos, tú, como más sabio y docto, añadirías? Sería largo si quisiera insertar todo tu libro en esta obra y responder capítulo por capítulo a cada uno, sobre qué vicios tiene el discurso, qué afirmaciones de mentiras, qué inconsecuencias el propio texto de las palabras. Por lo tanto, evitando las fastidiosas disputas prolijas y comprimiendo las palabras en lo esencial, responderé solo a los conceptos. Apenas saliendo del puerto, encalló la nave. Al referirse a la Apología del mártir Pánfilo (que nosotros probamos ser de Eusebio, líder de los arrianos), de la cual había dicho: «En la medida de nuestras posibilidades, o como lo exigía la situación, la dispusimos en lengua latina», añadió: «Esto es lo que, hombre de deseos, Macario, quiero que sepas, que esta regla de fe, que expusimos anteriormente de sus libros, es tal que debe ser abrazada y mantenida. En todos estos aspectos se prueba evidentemente que contiene un sentido católico.» Aunque ha omitido muchas cosas del libro de Eusebio, y ha intentado cambiar en buen sentido sobre el Hijo y el Espíritu Santo, sin embargo, se encuentran en él muchos escándalos y blasfemias clarísimas, que este no podrá negar, proclamando que son católicas. Eusebio, o más bien (como tú prefieres) Pánfilo, dice en este volumen que el Hijo es ministro del Padre, que el Espíritu Santo no es de la misma sustancia del Padre y del Hijo, que las almas de los hombres han caído del cielo, y que en lo que somos transformados de ángeles, en la restauración de todo, ángeles, demonios y hombres serán iguales; y muchas otras cosas tan impías y nefastas, que incluso replicarlas sería un crimen. ¿Qué hará el defensor de Orígenes y el intérprete de Pánfilo? Si en lo que ha corregido hay tanta blasfemia, en lo que afirma que ha sido falsificado por herejes, ¿cuántos sacrilegios se contienen? Se sospecha que la causa de su opinión es que un hombre ni tonto ni loco no podría decir cosas contradictorias. Y para que no pensemos que escribió cosas diversas en tiempos diferentes y publicó cosas contrarias según las edades, añadió: «¿Qué hacemos con el hecho de que a veces en los mismos lugares, y, por así decirlo, en el siguiente capítulo casi consecutivo, se encuentra insertada una

sentencia de sentido contrario? ¿Acaso en la misma obra del mismo libro, y a veces, como dijimos, inmediatamente en el capítulo siguiente, pudo haberse olvidado de sí mismo? Por ejemplo, el que anteriormente había dicho que en ninguna parte de toda la Escritura se encontraba que el Espíritu Santo fuera hecho o creado, inmediatamente añadía que entre las demás criaturas el Espíritu Santo había sido hecho. O nuevamente, el que había designado al Padre y al Hijo de una misma sustancia, lo que en griego se dice ὁμοούσιον, en los capítulos siguientes podía decir que era de otra sustancia y creado, a quien poco antes había proclamado nacido de la misma naturaleza de Dios Padre.»

16. Eusebio y Dídimo conceden en las doctrinas de Orígenes.---Estas son sus propias palabras, no puede negarlo. No quiero que digas: Por ejemplo, el que anteriormente había dicho; sino que nombres el libro donde primero dijo bien y luego mal: donde escribiendo sobre el Espíritu Santo y el Hijo de la sustancia de Dios Padre, inmediatamente en los siguientes capítulos afirmó que eran criaturas. ¿No sabes que tengo todos los escritos de Orígenes? ¿Que he leído muchos? Al pueblo adornos, yo te conozco por dentro y por fuera. (Persio, Sát. 3.) El doctísimo Eusebio (dije doctísimo, no católico, para que no me acuses de calumnia en esto también) en seis volúmenes no hace otra cosa que mostrar a Orígenes como de su fe, es decir, de la perfidia arriana. Y pone muchos ejemplos, y lo prueba constantemente. Entonces, ¿en qué sueño del calabozo de Alejandría se te reveló que lo que él profesa como verdadero, tú lo finges falsificado? Pero quizás aquí, como arriano, lo añadido por los herejes lo llevó a su error, para que no se pensara que solo él había sentido mal contra la Iglesia. ¿Qué responderás por Dídimo, que ciertamente es católico en la Trinidad? De cuyo libro sobre el Espíritu Santo también nosotros hemos traducido al latín (Vid. supra). Ciertamente, él no pudo consentir en lo que fue añadido por los herejes en las obras de Orígenes; y en los mismos περὶ Ἀρχῶν, que tú interpretaste en libros, dictó breves comentarios, en los que no negó que lo escrito por Orígenes fue escrito: pero intenta persuadirnos de que los hombres simples no pueden entender lo que se dice, y en qué sentido deben ser tomados en buen sentido. Esto al menos sobre el Hijo y el Espíritu Santo. Sin embargo, en otros dogmas, tanto Eusebio como Dídimo conceden abiertamente en las doctrinas de Orígenes, y lo que todas las Iglesias reprueban, defienden que fue dicho católica y piadosamente.

17. Rufino sobre la adulteración de los libros de Orígenes.---Veamos, sin embargo, con qué argumentos intenta probar que los escritos de Orígenes fueron corrompidos por los herejes. «Clemente, dice, discípulo de los Apóstoles, que fue obispo y mártir de la Iglesia Romana después de los Apóstoles, publicó libros que se llaman ἀναγνωρισμὸς, es decir, reconocimiento, en los que, aunque se expone la doctrina desde la persona del Apóstol Pedro, como verdaderamente apostólica en muchos aspectos, en algunos se inserta el dogma de Eunomio de tal manera que no se cree que dispute otro que el propio Eunomio, afirmando que el Hijo de Dios fue creado de cosas que no existían.» Y después de otras cosas, que sería prolijo escribir: «¿Qué, pregunto, dice, se debe pensar de esto, que un hombre apostólico haya escrito heréticamente? ¿O más bien se debe creer que hombres perversos, para afirmar sus dogmas, bajo el nombre de hombres santos, como si fueran más creíbles, intercalaron cosas que no se debe creer que ellos ni sintieron ni escribieron?» También escribe que Clemente, presbítero de la Iglesia de Alejandría, hombre católico, en sus libros a veces dice que el Hijo de Dios fue creado: y Dionisio, obispo de la ciudad de Alejandría, hombre muy erudito, disputando contra Sabelio en cuatro volúmenes, cae en el dogma arriano. Y bajo estos ejemplos, busca demostrar que no los hombres eclesiásticos y católicos sintieron mal, sino que sus escritos fueron corrompidos por los herejes, y concluye al final, diciendo: «Sobre Orígenes también, en quien de manera similar, como en aquellos que mencionamos

antes, se encuentra alguna diversidad, no basta con sentir esto, que se siente o entiende sobre hombres ya católicos y prejuizados, para que una excusa similar no sea suficiente para una causa similar.» Si se concede que todo lo que se encuentra nocivo en los libros fue corrompido por otros [Al. si es así, nada, etc.], nada de ello será de aquellos cuyos nombres llevan; sino que se atribuirá a aquellos por quienes se dice que fue corrompido. Aunque tampoco será de aquellos cuyos nombres son inciertos: y así sucederá que, mientras todo es de todos, nada será de alguien. Con esta confusión de defensa, ni Marción, ni Maniqueo, ni Arrio, ni Eunomio podrán ser acusados: porque cualquier cosa que les objetemos como impiamente dicha, sus discípulos responderán que no fue así editada [Al. dicha] por sus maestros, sino que fue violada por sus enemigos. Con este método, incluso este mismo libro tuyo no será tuyo, sino quizás mío. Y mi libro, con el que te respondo acusado, si encuentras algo censurable en él, no será mío, sino tuyo, de quien se censura. Y mientras todo lo refieres a los herejes, ¿qué dejarás a los eclesiásticos, a quienes no les dejas nada propio? Y ¿cómo, dirás, hay algunas cosas viciosas en sus libros? Si respondo que no conozco las causas de los vicios, no los juzgaré inmediatamente herejes. Porque puede suceder que o erraron simplemente, o escribieron con otro sentido, o sus escritos fueron gradualmente corrompidos por copistas inexpertos. O ciertamente, antes de que en Alejandría naciera como un demonio del mediodía Arrio, hablaron algunas cosas inocentemente y menos cautelosamente, y que no pueden evitar la calumnia de hombres perversos. Se le imputan crímenes a Orígenes, y tú no lo defiendes a él, sino que acusas a otros; ni rechazas el crimen, sino que buscas la multitud de criminales. Si se te preguntara quiénes son los socios de Orígenes en la herejía, correctamente presentarías esto. Ahora se te pregunta si lo que se encuentra escrito en los libros de Orígenes es bueno o malo. Callas, y hablas de otras cosas. Clemente dijo esto: Dionisio es descubierto en este error: Atanasio [Al. Anastasio] obispo defendió así el error de Dionisio: los escritos de los Apóstoles también fueron depravados de manera similar; así como ahora otros te imputan el crimen de herejía, y tú callas por ti mismo, y confiesas por mí. Yo no acuso a nadie, contento de haber respondido solo por mí. No soy lo que acusas: si tú eres lo que se te acusa, tú mismo lo verás. Ni mi absolución me probará inocente, ni tu culpa te probará culpable o inocente del crimen.

18. Carta de Orígenes a sus amigos en Alejandría. Primera parte de la carta de Orígenes.--- Después de haber mencionado la falsificación por parte de los herejes, de los apóstoles, y de ambos Clementes, y de Dionisio, llega a Orígenes, y habla con estas palabras: «Lo hemos probado con los escritos y voces del propio quejoso y lamentador. Porque lo que él mismo, aún viviendo en la carne, sintió y vio que sufrió por las corrupciones de sus libros o sermones, o por las ediciones adulteradas, se evidencia claramente en su carta que escribe a algunos de sus queridos en Alejandría.» E inmediatamente añade el ejemplo de la carta; y quien imputa la falsedad de los escritos de Orígenes a los herejes, él mismo comienza con falsedad: no interpretando así como se tiene en griego, ni insinuando a los latinos lo que él mismo profesa en sus cartas. Y aunque esa carta entera desgarró a Demetrio, obispo de la ciudad de Alejandría, y arremete contra los obispos y clérigos de todo el mundo, y dice que fue excomulgado en vano por las Iglesias, y que no quiere devolver maldiciones, para que no parezca ser un hombre maldiciente, que es tan cauteloso al maldecir que ni siquiera se atreve a maldecir al diablo; de donde también dio ocasión a Cándido, seguidor de la doctrina valentiniana, de calumniarlo, diciendo que afirmó que la naturaleza del diablo es salvable: aquí, disimulando el argumento de la carta, finge por Orígenes lo que él no dice. Por lo tanto, he trasladado una parte de la carta del propio Orígenes de las partes superiores y la he unido a estas, que han sido traducidas de manera engañosa y dolosa, para que el lector reconozca con qué intención ocultó las partes superiores. Disputando contra los sacerdotes de la Iglesia en general, por quienes fue juzgado indigno de su comunión, añadió esto: «¿Qué necesidad hay

de hablar de los discursos de los profetas, que muy a menudo amenazan y reprenden a los pastores, a los ancianos, a los sacerdotes y a los príncipes del pueblo? Que sin nosotros pueden extraer de las santas Escrituras y ver claramente que quizás este sea el tiempo del que se dice: No creáis en los amigos, ni esperéis en los príncipes (Mic. VII, 5). Y ahora se cumple la profecía: Los líderes de mi pueblo no me conocieron, los hijos son necios y no son sabios. Son sabios para hacer el mal, pero no saben hacer el bien (Jer. IV, 21, 22); a quienes debemos compadecer más que odiar, y orar por ellos más que maldecirlos. Porque fuimos creados para bendecir, no para maldecir. Por eso, incluso Miguel, cuando disputaba contra el diablo sobre el cuerpo de Moisés, no se atrevió a pronunciar un juicio de blasfemia, sino que dijo: Que el Señor te reprenda (Jud. 9). Algo similar leemos también en Zacarías: Que el Señor te reprenda, diablo; y que el Señor te reprenda a ti, que eligió a Jerusalén (Zac. III, 2). Por lo tanto, también deseamos que el Señor reprenda a aquellos que no quieren ser reprendidos con humildad por sus prójimos. Pero si Miguel dice: Que el Señor te reprenda, diablo; y Zacarías de manera similar: si Dios reprende o no al diablo, él mismo lo verá. Y si lo reprende, cómo lo reprende, él mismo lo reconocerá.» Y después de muchas cosas que sería prolijo escribir, añade: «Nosotros creemos que serán expulsados del reino de los cielos, no solo los que han cometido grandes pecados, por ejemplo, fornicadores y adúlteros, y los que se acuestan con hombres, y los ladrones, sino también los que han cometido pecados menores, por lo que está escrito: Ni los borrachos, ni los maldicientes poseerán el reino de Dios (I Cor. VI, 16); y que tanto en la bondad como en la severidad de Dios hay medida. Por eso nos esforzamos por hacer todo con consejo: también en el consumo de vino, y en la moderación del discurso, para no atrevernos a maldecir a nadie. Por lo tanto, cuando por temor a Dios evitamos lanzar maldiciones a alguien, recordando aquella palabra, No se atrevió a pronunciar un juicio de blasfemia, que se dice de Miguel contra el diablo; y en otro lugar: Reprueban las dominaciones, pero blasfeman de las glorias: algunos de aquellos que encuentran placer en las contiendas, nos atribuyen a nosotros y a nuestra doctrina la blasfemia, sobre la cual ellos mismos verán cómo escuchan aquello: Ni los borrachos, ni los maldicientes poseerán el reino de Dios: aunque dicen que el padre de la malicia y de la perdición de aquellos que serán expulsados del reino de Dios, es decir, el diablo, puede ser salvado, lo que ni siquiera alguien capturado de mente puede decir.» Las demás cosas de la misma carta las trasladó por esto, que al final de las palabras de Orígenes interpretamos. «Por lo tanto, cuando por temor a Dios evitamos lanzar maldiciones a alguien,» y lo demás: este fraudulentamente, habiendo amputado las partes superiores, de las cuales dependen las inferiores, comenzó a traducir la carta de tal manera que parecía que este era el sentido del comienzo superior, y dijo: «Algunos de aquellos que tienen placer en acusar a sus prójimos, nos atribuyen a nosotros y a nuestra doctrina el crimen de blasfemia, que no han escuchado de nosotros en ninguna parte: sobre lo cual ellos mismos verán, no queriendo observar aquel mandamiento que dice: Porque los maldicientes no poseerán el reino de Dios; diciendo que afirmo que el padre de la malicia y de la perdición de aquellos que serán expulsados del reino de Dios, es decir, el diablo, será salvado: lo que ni siquiera alguien demente y manifiestamente insano puede decir.»

19. Diálogo de Cándido y Orígenes. Libro de Novaciano sobre la Trinidad.---Comparad las palabras de Orígenes, que trasladé arriba palabra por palabra, con las que no fueron traducidas, sino tergiversadas, y veréis cuánta disonancia tienen entre sí no solo de palabras, sino también de sentidos. 512 Os ruego que no os sea molesta la interpretación más extensa. Por eso hemos traducido todo, para probar con qué intención ocultó las partes superiores. Se tiene un diálogo entre los griegos de Orígenes y Cándido, defensor de la herejía valentiniana, en el que confieso haber visto a dos Audabatas luchando entre sí. Dice Cándido que el Hijo es de la sustancia del Padre, errando en que afirma que es *προβολήν*, es decir, prolación. En oposición, Orígenes, según Arrio y Eunomio, se opone, diciendo que fue prolación o

nacimiento, para que Dios Padre no se divida en partes; sino que dice que una criatura sublime y excelentísima existió por la voluntad del Padre, como también las demás criaturas. Nuevamente llegan a la segunda cuestión. Afirma Cándido que el diablo es de naturaleza pésima, y que nunca puede ser salvado. Contra esto, Orígenes respondió correctamente, que no es de sustancia perecedera, sino que cayó por su propia voluntad, y que puede ser salvado. Esto Cándido lo convirtió en calumnia, como si Orígenes hubiera dicho que la naturaleza del diablo es salvable: lo que él falsamente había objetado, aquí lo refuta. Y entendemos en este único diálogo que Orígenes refuta la falsedad herética, y no en los demás libros, sobre los cuales nunca hubo cuestión. De lo contrario, si todo lo que es herético no será de Orígenes, sino de los herejes: y casi todos los tomos de él están llenos de estos errores; nada será de Orígenes, sino de aquellos cuyos nombres desconocemos. No le basta calumniar a los griegos y antiguos, sobre los cuales por la antigüedad de los tiempos y la lejanía de las regiones tiene licencia para mentir lo que quiera; viene a los latinos, y primero menciona a Hilario el confesor, que después del sínodo de Rímmini su libro fue falsificado por los herejes. Y por esta razón, cuando en el concilio de obispos se le planteó la cuestión, ordenó que se trajera el libro de su casa: que, sin que él lo supiera, se tenía herético en sus archivos. Y cuando fue presentado, y juzgado herético por todos, el autor del libro fue excomulgado, y se retiró de la reunión del concilio. Y se cree de tanta autoridad que cuando narra este sueño a sus familiares, nadie se atreve a contradecirle en esto que simula contra el confesor. Responde, te ruego; ¿en qué ciudad fue el sínodo del que fue excomulgado? Nombra los nombres de los obispos: presenta las sentencias de las suscripciones, o la diversidad, o la consonancia. Enseña quiénes fueron los cónsules ese año, qué emperador ordenó que se reuniera este sínodo: si fueron solo obispos de la Galia, o también de Italia y España: ciertamente por qué causa se reunió el sínodo. No nombras nada de esto, sino que acusas al elocuente hombre, y trompeta del latín contra los arrianos, de haber sido excomulgado por un sínodo para defender a Orígenes. Pero la calumnia contra el confesor es de alguna manera tolerable. Pasa al ilustre mártir Cipriano, y dice que el libro de Tertuliano, cuyo título es de la Trinidad, bajo el nombre de él es leído en Constantinopla por los herejes de la parte macedoniana. En este crimen miente dos cosas. Porque ni es libro de Tertuliano, ni se dice de Cipriano; sino de Novaciano, cuyo título lleva: y elocuencia del autor, la propiedad del estilo lo demuestra.

20. La fábula de Jerónimo.---Y considero superfluo refutar necesidades evidentes, cuando se me presenta mi propia fábula, es decir, de un sínodo, y bajo el nombre de un supuesto amigo de Dámaso, obispo de la ciudad de Roma, se me acusa, a quien él confió las cartas eclesiásticas para ser dictadas, y se describen las artimañas de los apolinaristas, que al recibir el libro de Atanasio donde está escrito "hombre del Señor" para ser leído, lo corrompieron de tal manera que en la corrección escribieron de nuevo lo que habían borrado, para que no se pensara que fue falsificado por ellos, sino añadido por mí. Te ruego, amigo carísimo, que en los tratados eclesiásticos, donde se busca la verdad de los dogmas y la salvación de nuestras almas, se exija la autoridad de los mayores, dejes de lado tales delirios, y no tomes las fábulas de comidas y cenas como argumento de la verdad. Pues puede suceder que, incluso si escuchaste la verdad de mí, otro que ignora este asunto diga que fue compuesto por ti: y como si fuera una farsa de Filistión, o una estratagema de Léntulo y Marulo, elegantemente confeccionada.

21. Queja sobre San Epifanio.---¿A dónde no llega una temeridad desenfrenada? Después de la excomunión de Hilario, después del libro herético pseudográfico de Cipriano, después de la corrección de Atanasio mientras yo dormía, junto con la inscripción, estalló alguna vez contra el Papa Epifanio, y el dolor de su pecho, porque en la carta que escribió al obispo Juan lo acusó de hereje, lo expone en la Apología por Orígenes, y se consuela con estas palabras:

«Más bien, debe revelarse aquí la verdad oculta. No es posible que alguien use un juicio tan injusto, que no sienta igual sobre una causa igual. Pero los autores de sus detractores son aquellos que suelen discutir más ampliamente en la Iglesia, o incluso escribir libros, que hablan o escriben todo sobre Orígenes. Para que no se conozcan más sus robos, que ciertamente si no fueran ingratos con su maestro, no parecerían criminales, disuaden a los más simples de su lectura. Finalmente, uno de ellos, que cree tener la necesidad de evangelizar por todas las naciones y lenguas, confesó haber leído seis mil libros de Orígenes, ante una gran multitud de hermanos que escuchaban. Si realmente (como suele decir) leía para conocer sus males, diez libros habrían sido suficientes para conocerlos, o ciertamente veinte, o como máximo treinta. Pero leer seis mil libros ya no es querer conocer errores y males, sino dedicar casi toda la vida a sus disciplinas y estudios. ¿Cómo, entonces, se le debe escuchar con razón, cuando culpa a aquellos que, por causa de su instrucción, han leído muy pocos de sus libros (con la regla de la fe y la piedad íntegra)?»

22. Epifanio conocía cinco lenguas.---¿Quiénes son estos que suelen discutir más ampliamente en la Iglesia? ¿Quiénes escriben libros? ¿Quiénes hablan y escriben todo sobre Orígenes? ¿Quiénes, al no querer que se conozcan sus robos y ser ingratos con su maestro, por eso disuaden a los simples de su lectura? Debes nombrarlos específicamente y señalar a esas personas. Entonces, ¿el beato obispo Anastasio, Teófilo, Venerio (de Milán), y Cromacio (de Aquilea), y todo el sínodo de católicos tanto de Oriente como de Occidente, que con igual sentencia, porque con igual espíritu, lo denuncian como hereje al pueblo, deben ser juzgados como ladrones de sus libros? ¿Y cuando predicán en las iglesias, no mencionan los misterios de las Escrituras, sino los robos de Orígenes? ¿No te basta con denigrar a todos en general, sino que diriges especialmente la lanza de tu estilo contra el beato y distinguido sacerdote de la Iglesia? ¿Quién es aquel que cree tener la necesidad de evangelizar por todas las naciones y lenguas, hablando mal de Orígenes? ¿Quién confesó haber leído seis mil de sus libros ante una gran multitud de hermanos que escuchaban? ¿En qué multitud y grupo de hermanos estabas tú también presente, cuando él se queja en su carta de que por la nefaria herejía de Orígenes se han proclamado dogmas por ti? ¿Se le debe culpar por conocer las lenguas griega, siria, hebrea, egipcia y, en parte, latina? Entonces, ¿también los apóstoles y los hombres apostólicos, que hablaban en lenguas, están en crimen; y tú, que eres bilingüe, te burlarás de mí, que soy trilingüe? Sobre los seis mil libros que dices que él leyó, ¿quién creerá que dices la verdad o que él pudo haber mentado? Si Orígenes hubiera escrito seis mil libros, podría haber sucedido que un hombre muy erudito, y desde la infancia instruido en las Sagradas Escrituras, por curiosidad y conocimiento, hubiera leído obras ajenas. Pero lo que él no escribió, ¿cómo pudo este leerlo? Cuenta los índices de sus libros que se contienen en el tercer volumen de Eusebio, en el que escribió la vida de Pánfilo: y no digo seis mil, sino que no encontrarás ni la tercera parte. Tenemos la carta del mencionado Pontífice, en la que responde a esta calumnia tuya, mientras aún estabas en Oriente, y refuta con la frente libre de la verdad una mentira clarísima.

23. Tenía en mente escribir contra la Apología de Pánfilo. Libro de los Hombres Ilustres a Dextro. Tradujo las homilias de Orígenes en su juventud.---Después de esto, te atreves a decir en tu Apología que no eres defensor de Orígenes, ni su defensor, para cuya defensa Pánfilo y Eusebio te parecieron haber dicho poco. Contra esos volúmenes (si el Señor me da tiempo de vida) intentaré responder en otra ocasión. Ahora basta con haber enfrentado tus afirmaciones y haber instruido brevemente al lector prudente, que vi por primera vez ese libro que se atribuía a Pánfilo, escrito en tu códice; y como no me importaba lo que se dijera por un hereje, siempre lo tuve como si fuera una obra diferente de Pánfilo y Eusebio: pero después, al surgir la cuestión, quise responder a sus escritos, y por esta razón leí lo que cada uno

pensaba sobre Orígenes, y descubrí claramente que el primer libro de los seis volúmenes de Eusebio era el mismo que tú publicaste bajo el nombre de Pánfilo, tanto en griego como en latín, cambiando solo los sentidos sobre el Hijo y el Espíritu Santo, que llevaban una blasfemia abierta. Por lo cual, hace casi diez años, cuando mi amigo Dextro, que administró la prefectura del pretorio, me pidió que le hiciera un índice de los autores de nuestra religión, entre otros tratadistas también incluí este libro publicado por Pánfilo, creyendo que era como tú y tus discípulos lo habían divulgado. Pero como Eusebio mismo dice que Pánfilo no escribió nada, excepto breves cartas a amigos: y el primer libro de sus seis volúmenes contiene lo mismo y con las mismas palabras que tú has falsificado bajo el nombre de Pánfilo, es evidente que quisiste difundir este libro para introducir la herejía bajo la persona de un mártir. Y aunque en este mismo libro que simulas de Pánfilo, has pervertido muchas cosas, y es diferente en griego y en latín, no debes imputar tu fraude a mi error. Pues creí que era su libro, como el título lo indicaba, así como "Sobre los Principios", y muchas otras obras de Orígenes, y de muchos tratadistas de Grecia, que o no leí antes, o ahora me veo obligado a leer, suscitada la cuestión de la herejía, para saber qué debo evitar y qué aprobar. Por lo cual, en mi juventud, solo traduje sus homilías que hablaba al pueblo, en las que no se contenían tantos escándalos, simplemente a petición de quienes lo solicitaban, sin prejuizar que de lo que se aprueba, se deba aceptar lo que es manifiestamente herético. Ciertamente (para hacer un resumen de un largo discurso) así como yo muestro que recibí el libro de aquellos que lo transcribieron de tu códice: así tú enseña de quién recibiste el ejemplar, para que quien no pueda dar otro autor del libro, sea considerado culpable de falsedad. El hombre bueno saca de su buen tesoro del corazón lo que es bueno (Mat. 12, 35): y por la dulzura de los frutos, se reconoce el árbol de semilla generosa.

24. Carta atribuida a Jerónimo.---El hermano Eusebio escribe que encontró entre los obispos africanos, que vinieron al Comitatum por causas eclesiásticas, una carta supuestamente escrita en mi nombre, en la que hacía penitencia, y testificaba que fui inducido por los hebreos en mi juventud, para traducir los volúmenes hebreos al latín, en los que no hay verdad. Al escuchar esto, me quedé estupefacto. Y porque en la boca de dos o tres testigos se establece toda palabra (Deut. 17, 6; Mat. 18, 16; 2 Cor. 13, 1), y ni siquiera a Catón se le creyó a un solo testigo, muchos escritos de hermanos de la ciudad me enseñaron lo mismo, preguntando si era así, y lamentablemente indicando quién había difundido esa carta entre el pueblo. ¿Quién se atrevió a hacer esto, qué otra cosa no se atreverá a hacer? Bien, que la malicia no tiene tantas fuerzas como intentos. La inocencia habría perecido, si siempre la maldad estuviera unida al poder, y todo lo que desea la calumnia prevaleciera. Mi estilo, sea cual sea, y la forma de elocución, el hombre más elocuente no pudo imitar: pero entre los mismos engaños, y la persona de otro, que se había puesto fraudulentamente, mostró quién era. Entonces, aquel que fingió la carta de penitencia bajo mi nombre, que había traducido mal los volúmenes hebreos, se dice que objetó que interpreté las Escrituras sagradas en condenación de los Setenta, para que, ya sea que lo que traduje sea falso o verdadero, permanezca en crimen; mientras que en la nueva obra confieso haber errado, o la reciente edición sea condenación de la antigua. Me sorprende cómo en la misma carta no dijo que soy homicida, adúltero, sacrílego, parricida, y cualquier cosa que la mente pueda concebir de turpitud en silencio. Le debo agradecer que, habiendo tanta selva de crímenes, solo me haya imputado un crimen de error o falsedad. ¿Acaso he hablado algo contra los Setenta intérpretes, a quienes hace muchos años entregué diligentemente corregidos a los estudiosos de mi lengua, a quienes diariamente expongo en la reunión de hermanos, cuyos Salmos canto con meditación continua? ¿Era tan tonto que lo que aprendí en mi juventud, quisiera olvidarlo de viejo? Todos mis tratados están tejidos con sus testimonios. Los comentarios sobre los doce profetas exponen tanto mi edición como la de los Setenta. ¡Oh trabajos de los hombres,

siempre inciertos! ¡Oh estudios de los mortales, a veces con fines contrarios! De donde pensaba haberme ganado el favor de mis latinos, y animar a nuestros espíritus al aprendizaje, que incluso los griegos no desprecian lo traducido del latín después de tantos intérpretes; de ahí soy llamado a culpa, y alimento a un estómago nauseabundo. ¿Y qué hay seguro en el hombre, si la inocencia es criminal? Mientras el padre de familia dormía, el enemigo sembró cizaña (Mat. 13, 25). El jabalí del bosque devastó la viña, y la bestia solitaria la devoró (Sal. 79, 14). Yo callo, y cartas que no son mías hablan contra mí. Ignoro el crimen, y confieso el crimen en todo el mundo. ¡Ay de mí, madre mía, por qué me engendraste, hombre que soy juzgado y discernido en toda la tierra (Jer. 15, 10, según los Setenta)?

25. Del Prólogo al Génesis.---Todas las pequeñas prefases del Antiguo Testamento, de las cuales he subido algunos ejemplos, son testigos de esto. Y es superfluo escribir lo que se ha dicho en ellas de manera diferente a como se ha dicho allí. Comenzaré, pues, con el Génesis, cuyo prólogo es el siguiente: «He recibido las cartas deseadas de mi deseo, quien, con un cierto presagio de lo futuro, ha compartido el nombre con Daniel, suplicando que el Pentateuco, traducido del hebreo al latín, lo entregara a los oídos de los nuestros. Ciertamente, una obra peligrosa, y abierta a los ladridos de los detractores, que afirman que en detrimento de los Setenta intérpretes, forjo cosas nuevas por las antiguas: así prueban mi ingenio, como el vino, cuando yo he testificado muchas veces que ofrezco en el tabernáculo de Dios lo que puedo; y que las riquezas de otro no se vean empañadas por la pobreza de otros. Lo que me animó a atreverme fue el estudio de Orígenes, quien mezcló la traducción de Teodoción con la edición antigua, distinguiendo toda la obra con asterisco + y obelisco ÷, es decir, estrella y lanza: mientras hace brillar lo que antes faltaba, o elimina y perfora lo superfluo, especialmente lo que la autoridad de los evangelistas y apóstoles ha promulgado. En los cuales leemos muchas cosas del Antiguo Testamento que no se encuentran en nuestros códices, como aquello: De Egipto llamé a mi hijo (Os. 11, 1); Y: Porque será llamado Nazareno (Mat. 2, 23); y: Verán a quien traspasaron (Zac. 12, 10); y: De su interior correrán ríos de agua viva (Jn. 7, 38); y: Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre, lo que Dios preparó para los que le aman (1 Cor. 2, 9); y muchas otras, que requieren su propio σύνταγμα. Preguntemos, pues, a ellos, dónde están escritas estas cosas; y cuando no puedan decirlo, las sacaremos de los libros hebreos. El primer testimonio está en Oseas. El segundo en Isaías. El tercero en Zacarías. El cuarto en Proverbios. El quinto igualmente en Isaías. Lo que muchos ignorantes, siguen los delirios de los apócrifos, y prefieren las fábulas ibéricas a los libros auténticos. No es mi tarea exponer las causas del error. Los judíos dicen que fue hecho con prudente consejo, para que Ptolomeo, adorador de un solo Dios, no descubriera entre los hebreos una doble divinidad: lo que hacían principalmente porque parecía caer en el dogma de Platón. Por lo tanto, dondequiera que la Escritura testifica algo sagrado sobre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, o lo interpretaron de otra manera, o lo omitieron por completo, para satisfacer al rey y no divulgar el misterio de la fe. Y no sé quién fue el primer autor que construyó setenta celdas en Alejandría con su mentira, en las que divididos escribieron lo mismo, cuando Aristeo, defensor de ese mismo Ptolomeo, y mucho después José, no relataron nada de eso; sino que escriben que reunidos en una basílica, compararon, no profetizaron. Pues es diferente ser profeta que intérprete. Allí el espíritu predice lo futuro, aquí la erudición y la abundancia de palabras traducen lo que entiende. A menos que se deba pensar que Cicerón tradujo el Oeconomicus de Jenofonte, el Protagoras de Platón, y el discurso de Demóstenes por Ctesifonte, inspirado por el espíritu retórico; para que de los mismos libros, por los Setenta intérpretes, de una manera, y por los Apóstoles, el Espíritu Santo haya tejido testimonios; para que lo que aquellos callaron, estos hayan mentido que estaba escrito. ¿Qué, entonces? ¿Condenamos a los antiguos? De ninguna manera. Pero después de los estudios de los anteriores, trabajamos en la casa del Señor lo que podemos.

Ellos interpretaron antes de la venida de Cristo; y lo que no sabían, lo expusieron con sentencias dudosas. Nosotros, después de su pasión y resurrección, no escribimos tanto profecía como historia. Pues lo oído y lo visto se narran de manera diferente. Lo que mejor entendemos, mejor lo expresamos. Escucha, pues, envidioso, y escucha detractor: No condeno, no repruebo a los Setenta; pero con fiadamente prefiero a los Apóstoles a todos ellos. Por la boca de estos me habla Cristo, a quienes leo colocados entre los carismas espirituales antes que los profetas: en los cuales los intérpretes ocupan casi el último lugar. ¿Por qué te retuerces de envidia? ¿Por qué incitas los ánimos de los ignorantes contra mí? Si en algún lugar te parece que erro en la traducción, pregunta a los hebreos, consulta a los maestros de diversas ciudades: lo que ellos tienen sobre Cristo, tus códices no lo tienen. Es otra cosa si después probaron que los testimonios usurpados por los Apóstoles eran contra ellos, y los ejemplares latinos son más corregidos que los griegos: los griegos, que los hebreos.»

26. Del Prólogo a los libros de los Reyes.---En los libros también de Samuel y de los Reyes, que nosotros llamamos de los Reinos, después del catálogo de la Escritura divina, añadí esto: «Siendo así las cosas, te ruego, lector, que no consideres mi trabajo como una crítica a los antiguos. En el tabernáculo de Dios, cada uno ofrece lo que puede. Unos ofrecen oro, plata y piedras preciosas, otros ofrecen lino fino, púrpura, escarlata y jacinto. Nos va bien si ofrecemos pieles y pelos de cabra. Y sin embargo, el Apóstol juzga que nuestras partes más despreciables son más necesarias (1 Cor. 12, 21). Por lo cual, toda aquella belleza del tabernáculo y la distinción de la Iglesia presente y futura por cada especie, está cubierta con pieles y cilicios; y lo que es más vil, protege del ardor del sol y de la injuria de las lluvias.» Mira cuánto me ensalzo contra los Setenta intérpretes, que profeso haber ofrecido en el tabernáculo de Dios pieles y pelos de cabra, mientras ellos ofrecieron oro, piedras preciosas y púrpura.

27. Del Prólogo en Paralipómenos. Versión corrupta de los Setenta.---Ofreceré otro testimonio, para que no digas ahora que la necesidad de las circunstancias me ha obligado a cambiar de opinión. En el libro de los Tiempos, es decir, Paralipómenos, que en hebreo se llama DABRE JAMIM, utilicé este pequeño prefacio dirigido al santo papa Cromacio: «Si la edición de los Setenta intérpretes se hubiera mantenido pura, tal como fue traducida por ellos al griego, sería innecesario, mi querido Cromacio, santísimo y sapientísimo de los obispos, que me impulsaras a traducir para ti los volúmenes hebreos al latín. Pues lo que una vez había captado los oídos de los hombres y había fortalecido la fe de la naciente Iglesia, era justo que también con nuestro silencio se aprobara. Pero ahora, cuando por la diversidad de regiones se presentan diferentes ejemplares, y aquella traducción genuina y antigua está corrompida y violada, piensas que es de nuestro arbitrio juzgar entre muchos qué es lo verdadero, o forjar una nueva obra sobre la antigua, y, burlándose los judíos, como se dice, clavar los ojos de los cuervos. Alejandría y Egipto alaban a Hesiquio como autor de sus Setenta. Constantinopla hasta Antioquía aprueba los ejemplares de Luciano mártir. Las provincias intermedias leen los códices palestinos, que fueron elaborados por Orígenes y publicados por Eusebio y Pánfilo; y todo el mundo está en conflicto con esta triple variedad. Y ciertamente Orígenes no solo compuso ejemplares de cuatro ediciones, describiendo palabra por palabra, para que uno que disienta sea inmediatamente refutado por los demás que concuerdan entre sí; sino que, lo que es de mayor audacia, en la edición de los Setenta mezcló la edición de Teodoción, señalando con asteriscos lo que faltaba, y con virgulillas lo que parecía añadido en exceso. Si, por tanto, a otros les fue permitido no mantener lo que una vez habían recibido, y después de las setenta celdas, que comúnmente se mencionan sin autor, abrieron celdas individuales: y esto se lee en las Iglesias, lo que los Setenta no conocieron; ¿por qué no me acogen mis

latinos, quienes, con la edición antigua inviolada, he compuesto una nueva, de modo que mi trabajo sea aprobado por los hebreos, y (lo que es más que esto) por los apóstoles como autores? Recientemente escribí un libro sobre el mejor género de interpretación, mostrando aquello del Evangelio: De Egipto llamé a mi hijo (Ose. XI, 1); y: Porque será llamado Nazareno (Mat. II, 15, 23); y: Verán a quien traspasaron (Zac. XII, 10); y aquello del Apóstol: lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre, lo que Dios ha preparado para los que le aman (Cor. I, 19); y otras cosas similares a estas, se encuentran en los libros hebreos. Ciertamente el Apóstol y los Evangelistas conocían a los Setenta intérpretes. ¿Y de dónde les viene decir esto, que no se encuentra en los Setenta? Y Cristo nuestro Señor, autor de ambos Testamentos, en el Evangelio según Juan: El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva (Juan VII, 38). Sin duda está escrito, lo que el Salvador testimonia que está escrito. ¿Dónde está escrito? Los Setenta no lo tienen, la Iglesia no conoce los apócrifos. Por tanto, hay que volver a los hebreos: de donde también el Señor habla, y los discípulos presumen ejemplos. Digo esto con el permiso de los antiguos, y solo respondo a mis detractores, que me muerden con dientes de perro, criticándome en público, leyendo en rincones, siendo ellos mismos acusadores y defensores, cuando en otros aprueban lo que en mí reprueban, como si la virtud y el vicio no estuvieran en las cosas, sino que cambian con el autor. Sin embargo, recuerdo haber dado a nuestros la edición de los Setenta traductores corregida desde el griego, y no se debe considerar enemigo de aquellos a quienes siempre expongo en la asamblea de los hermanos. Y lo que ahora he interpretado DABRE JAMIM, es decir, Palabras de los Días, lo hice para que las demoras inextricables, y la selva de nombres, que están confusas por el error de los escritores, y la barbarie de los sentidos [Al. laberintos] se dispusieran más claramente, y por los versos en cola, cantando para mí mismo y para los míos junto a Hismenia, si los oídos de los demás son sordos.»

28. Del Prólogo en Esdras.---En el volumen de Esdras, he prefaciado cosas similares y después de muchas cosas añadí: «Lo que voy a decir es muy justo. He publicado algo que no se encuentra en griego, o se encuentra de manera diferente a como lo he traducido. ¿Por qué laceran al intérprete? Pregunten a los hebreos, y a los mismos autores de mi traducción, que le otorguen o le quiten credibilidad. Por otra parte, es otra cosa si, con los ojos cerrados, como se dice, quieren maldecirme, y no imitan el estudio y la benevolencia de los griegos, que después de los Setenta traductores, ya resplandeciendo el Evangelio de Cristo, leen con curiosidad a los judíos, y a los ebionitas intérpretes de la Ley antigua, a saber, Aquila, Símaco y Teodoción, y por el trabajo de Orígenes en las hexaplas las dedicaron a las Iglesias: ¡cuánto más deberían mis latinos estar agradecidos, al ver que la Grecia exultante toma algo de ellos! Pues primero es de grandes gastos, y de infinita dificultad, tener todos los ejemplares. Finalmente, incluso quienes los tienen, y son ignorantes del idioma hebreo, errarán más, ignorando quién de muchos dijo la verdad. Lo que también le sucedió recientemente a un hombre muy sabio entre los griegos, que a veces, dejando el sentido de la Escritura, seguía el error de cualquier intérprete. Pero nosotros, que al menos tenemos un pequeño conocimiento de la lengua hebrea, y no nos falta el idioma latino, podemos juzgar mejor sobre los demás, y expresar en nuestra lengua lo que entendemos.»

29. Del Prólogo en Job.---Pasaré al libro de Job, que después de la edición de los Setenta intérpretes, que Orígenes distinguió con obelos y asteriscos, dado al idioma latino hace muchos años, cuando nuevamente lo traduje según el hebreo, hablé así: «Me veo obligado a responder a las maldiciones de los adversarios en cada uno de los libros de la Escritura divina, quienes acusan mi traducción de ser una crítica a los Setenta intérpretes: como si no también entre los griegos Aquila, Símaco y Teodoción expresaran ya sea palabra por palabra,

ya sea sentido por sentido, o un género de traducción mezclado y moderadamente templado de ambos, y Orígenes distinguiera todos los volúmenes del Antiguo Testamento con obelos y asteriscos: los cuales, ya añadidos, ya tomados de Teodoción, los insertó en la traducción antigua, probando que lo que se añadió faltaba. Aprendan, pues, mis detractores a aceptar en su totalidad lo que en partes han recibido, o a borrar mi traducción con sus asteriscos. Pues no puede ser que aquellos a quienes han visto omitir muchas cosas, no confiesen que también en algunas han errado: especialmente en Job, al cual si le quitas lo que está añadido bajo los asteriscos, se truncará la mayor parte. Y esto al menos entre los griegos. Pero entre los latinos, antes de esa traducción, que recientemente publicamos con asteriscos y obelos, faltan casi setecientos u ochocientos versos, de modo que el libro mutilado y desgarrado, y corroído, ofrece su fealdad públicamente a los lectores.» Y después de muchas cosas que paso por alto por el afán de brevedad, añadí al final: «Escuchen, por tanto, mis perros, que por eso trabajé en este volumen, no para criticar la traducción antigua, sino para que lo que en ella está oscuro, o omitido, o ciertamente corrompido por el error de los escritores, se hiciera más claro con nuestra interpretación, que hemos aprendido en parte el idioma hebreo, y en latín casi desde la cuna hemos sido pulidos entre gramáticos, retóricos y filósofos. Si entre los griegos después de la edición de los Setenta, ya resplandeciendo el Evangelio de Cristo, el judío Aquila, y Símaco y Teodoción, judaizantes heréticos, son recibidos, quienes ocultaron muchos misterios del Salvador con interpretación engañosa, y sin embargo se encuentran en las Hexaplas en las Iglesias, y son explicados por hombres eclesiásticos: ¡cuánto más yo, cristiano, nacido de padres cristianos, y llevando el estandarte de la cruz en mi frente, cuyo estudio fue repetir lo omitido, corregir lo depravado, y abrir los sacramentos de la Iglesia con un lenguaje puro y fiel, no debo ser reprobado por lectores fastidiosos o maliciosos!»

30. Del Prólogo en el Salterio.---El Salterio, que ciertamente Roma recibió hace tiempo corregido según los Setenta intérpretes por nuestro trabajo, al traducirlo nuevamente según el hebreo, lo protegí con un prefacio, y así en parte del prólogo hablé: «Porque recientemente, discutiendo con un hebreo, presentaste algunos testimonios de los salmos sobre el Señor Salvador; y queriendo él burlarse de ti, afirmaba en casi cada palabra que no se tenía así en hebreo, como tú lo oponías de los Setenta intérpretes, pediste con gran diligencia que después de Aquila, Símaco y Teodoción, tradujera una nueva edición al idioma latino. Decías que te turbaba más la variedad de los intérpretes, y que por el amor en el que te encuentras, estarías contento con mi traducción o juicio. Por lo cual, impulsado por ti, a quien no puedo negar incluso lo que no puedo, nuevamente me entregué a los ladridos de los detractores, y preferí que buscaras más bien mis fuerzas que mi voluntad en la amistad. Ciertamente diré con confianza, y citaré muchos testigos de esta obra, que no he cambiado nada, al menos a sabiendas, de la verdad hebrea. Por tanto, si en algún lugar mi edición difiere de las antiguas, pregunta a cualquier hebreo, y verás claramente que soy lacerado en vano por mis rivales, que prefieren parecer despreciar lo excelente, que aprender. Hombres muy perversos: pues cuando siempre buscan nuevos placeres, y los mares cercanos no satisfacen su gula, ¿por qué en el solo estudio de las Escrituras están contentos con el sabor antiguo? Y no digo esto para morder a mis predecesores, ni creo que deba quitarles nada, cuya traducción diligentemente corregida di hace tiempo a los hombres de mi lengua: sino que es una cosa leer los Salmos en las iglesias de los creyentes en Cristo, y otra responder a los judíos que calumnian cada palabra.»

31. Del Prólogo en los libros de Salomón.---También los libros de Salomón, que hace tiempo traduje al latín según los Setenta, añadiendo obelos y asteriscos, al traducirlos del hebreo, y dedicándolos a los santos obispos Cromacio y Heliodoro, añadí esto al final de mi pequeño prefacio: «Si a alguien le agrada más la edición de los Setenta intérpretes, la tiene corregida

por nosotros hace tiempo. Pues no forjamos lo nuevo de tal manera que destruyamos lo antiguo.»

32. Del Prólogo en Isaías.---Llegaré también a Isaías, y añadiré parte de su Prólogo sobre la interpretación de los Setenta. A quien, cuando lo llamaba más evangelista que profeta, porque había seguido todos los misterios de la Iglesia de Cristo tan claramente, que se creía que no profetizaba sobre el futuro, sino que tejía una historia de lo pasado, también añadí esto: «Por lo cual supongo que los Setenta intérpretes en aquel tiempo no quisieron revelar claramente los sacramentos de su fe a los gentiles: para no dar lo santo a los perros, y las perlas a los cerdos. Lo cual, cuando lean esta edición, notarán que fue ocultado por ellos. Y no ignoro cuán laborioso es entender a los Profetas, ni que fácilmente alguien pueda juzgar sobre la interpretación, a menos que primero entienda lo que ha leído. Nosotros también estamos expuestos a los mordiscos de muchos, que estimulados por la envidia, desprecian lo que no pueden alcanzar. Sabiendo, pues, y siendo prudente, meto la mano en la llama. Y no obstante, ruego a los lectores fastidiosos esto: que así como los griegos después de los Setenta traductores, leen a Aquila y Símaco y Teodoción, ya sea por el estudio de su doctrina, o para entender mejor a los Setenta por comparación con ellos: así también estos al menos se dignen tener un intérprete después de los anteriores. Lean primero, y después desprecien; para que no parezcan condenar lo ignorado, no por juicio, sino por presunción de odio.»

33. Sobre Daniel.---Sobre Daniel responderé brevemente, que no he negado que sea profeta, a quien inmediatamente en el frente del Prólogo confesé ser profeta, sino que quise mostrar lo que los hebreos decían, y con qué argumentos intentaban probar su opinión, y enseñé al lector que las iglesias de Cristo leen a este profeta según Teodoción, y no según los Setenta traductores. De quienes si en este libro dije que su edición se aparta mucho de la verdad, y que con el justo juicio de las iglesias de Cristo fue reprobada, no es culpa mía que lo dije, sino de quienes lo leen. Están disponibles cuatro ediciones, de Aquila, Símaco, los Setenta, y Teodoción: las iglesias leen a Daniel según Teodoción. ¿Qué he pecado yo, si seguí el juicio de las iglesias? Pero lo que refiero, lo que los hebreos suelen decir contra la historia de Susana, y el himno de los tres jóvenes, y las fábulas de Bel y el Dragón, que no se encuentran en el volumen hebreo, quien me acusa, se prueba a sí mismo como un tonto calumniador. Pues no expliqué lo que yo mismo sentía, sino lo que ellos suelen decir contra nosotros. A cuya opinión, si no respondí en el Prólogo, buscando la brevedad, para no parecer que escribía un libro en lugar de un prefacio, creo que inmediatamente lo añadí; pues dije, «De lo cual no es el momento de discutir.» De lo contrario, también por haber afirmado que Porfirio dijo muchas cosas contra este profeta, y llamé como testigos de esto a Metodios, Eusebio y Apolinar, quienes respondieron con muchos miles de versos a la locura de aquel, podría acusarme de por qué no escribí contra los libros de Porfirio en el pequeño prefacio. Quien persigue este tipo de tonterías, y no quiere recibir la verdad de la Escritura hebrea, escuche proclamando libremente: Pues nadie está obligado a leer lo que no quiere. Escribí para los que lo pidieron, no para los fastidiosos; gratis, no para los envidiosos; para los estudiosos, no para los perezosos. Y sin embargo, me sorprende cómo lee a Teodoción, herético y judaizante, y desprecia la traducción de un cristiano, aunque sea pecador.

34. Te ruego, amigo dulcísimo, que eres tan curioso, que incluso conoces mis sueños, y llamas a acusación todo lo que he escrito durante tantos años sin temor a la futura calumnia; que respondas, cómo desconoces los prefacios de los libros que acusas: los cuales, con una especie de vaticinio, respondieron a la futura calumnia; cumpliendo el proverbio: «Primero el antídoto, que el veneno.» ¿Qué daño hace a las iglesias nuestra traducción? Con grandes gastos, como sé, adquiriste los traductores judíos de Aquila, Símaco, Teodoción, y de la quinta y sexta edición. Tu Orígenes, y (no sea que te quejes de ser golpeado con alabanza

figurada) nuestro Orígenes (lo llamo nuestro por la erudición de su ingenio, no por la verdad de sus dogmas) en todos sus libros después de los Setenta intérpretes, explica y expone las traducciones de los judíos. Eusebio también y Dídimo hacen lo mismo. Paso por alto a Apolinar, quien con buen estudio, pero no según el conocimiento, intentó coser en un solo vestido los paños de todas las traducciones, y tejer la coherencia de la Escritura, no según la regla de la verdad, sino según su juicio: los hombres apostólicos usan las Escrituras hebreas: es evidente que los mismos apóstoles y evangelistas hicieron esto. El Señor y Salvador dondequiera que menciona la Escritura antigua, pone ejemplos de los volúmenes hebreos, como es aquello: El que cree en mí, como dice la Escritura: De su interior correrán ríos de agua viva. Y en la misma cruz, ELI, ELI, LEMA AZABATHANI, que se interpreta: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Juan VII, 38) no como está puesto por los Setenta: Dios, Dios mío, mira en mí, ¿por qué me has abandonado? (Sal. XXI, 1) y muchas cosas similares a estas. Y no decimos esto para criticar a los Setenta intérpretes, sino porque la autoridad de los apóstoles y de Cristo es mayor, y dondequiera que los Setenta no difieren del hebreo, allí los apóstoles tomaron ejemplos de su interpretación; pero donde difieren, pusieron en griego lo que aprendieron de los hebreos. Así como yo muestro muchas cosas puestas en el Nuevo Testamento de los libros antiguos, que no se encuentran en los Setenta, y enseño que estas están escritas en hebreo, así el acusador muestre que algo está escrito en el Nuevo Testamento de los Setenta intérpretes, que no se encuentra en hebreo, y la contienda ha terminado.

35. Conclusión de la obra.---De todo lo cual se aprueba, tanto que la edición de los Setenta intérpretes, que está firmada por la antigüedad de los lectores, es útil para las Iglesias, mientras las naciones escuchan que Cristo vendrá antes de que venga; y que los demás intérpretes no deben ser reprobados, porque no tradujeron sus propios volúmenes, sino los divinos, y que mi amigo debe recibir esto de un cristiano y amigo, lo que con gran gasto se apresuró a transcribir de los judíos. He excedido el límite de la carta, y quien ya había fijado el estilo contra la nefaria herejía, me vi obligado a responder por mí mismo, esperando tres volúmenes de un amigo, y con toda la mente suspendido ante la acumulación de sus crímenes: salvo que es más fácil precaverse de un enemigo declarado, que soportar a un enemigo oculto bajo el nombre de amigo.

### LIBRO TERCERO, O ÚLTIMA RESPUESTA DE SAN JERÓNIMO CONTRA LOS ESCRITOS DE RUFINO.

531 1. Al recibir los libros de Invectivas de Rufino, responde.---Al leer las cartas de tu prudencia, en las que te lanzas contra mí, y provocas a responder al que una vez llamaste tu colega verdadero y hermano, ahora con libros, y me amenazas con acusaciones, entendí que se ha cumplido en ti aquello de Salomón: En la boca del necio hay una vara de soberbia (Prov. XIV, 3). Y, el necio no recibe palabras de prudencia, a menos que digas lo que está en su corazón (Prov. XVIII, 2). E Isaías dice: El necio hablará necedades, y su corazón entenderá vanidades: para completar iniquidades, y hablar contra Dios mentiras (Isai. XXXII, 6). ¿Qué necesidad había de enviar volúmenes de acusaciones y lanzar maldiciones al aire; si al final de tu carta, me amenazas con la muerte para que no me atreva a responder a tus acusaciones, o mejor dicho, a tus alabanzas? Pues predicas y acusas lo mismo, y de una misma fuente sale lo dulce y lo amargo. Por lo tanto, te ruego que muestres la vergüenza y el pudor que exiges de mí; y tú, que acusas a otro de mentir, deja de mentir tú mismo. Yo no escandalizo a nadie, ni soy tu acusador por ahora. No considero lo que tú mereces, sino lo que me conviene; y temo el dicho del Salvador: Quien escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le colgaran una piedra de molino al cuello y lo hundieran en

el mar profundo (Marc. IX, 41). Y, ¡Ay del mundo por los escándalos! Es necesario que vengan escándalos; pero ¡ay de aquel hombre por quien viene el escándalo! (Matth. XVIII, 7). Yo también podría inventar falsedades contra ti, y decir que he oído o visto lo que nadie ha notado, para que entre los ignorantes la impudencia se considere verdad y la furia constancia. Pero lejos de mí imitarte; y hacer lo que repruebo en ti. Que hable obscenidades quien puede cometerlas: El hombre malo saca cosas malas del mal tesoro de su corazón. De la abundancia del corazón habla la boca (Matth. XII, 35, y Luc. VI, 45). Por ahora, ten la ganancia de que tu antiguo amigo, ahora acusado, no quiere lanzarte reproches vergonzosos. Y digo esto, no porque tema las espadas de tu acusación; sino porque prefiero ser acusado que acusar, y sufrir injuria que hacerla, sabiendo el precepto del Apóstol: No os venguéis vosotros mismos, amados, sino dejad lugar a la ira; porque está escrito (Deut. XXXII, 35): Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor. Pero si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber. Porque haciendo esto, amontonarás carbones de fuego sobre su cabeza (Rom. XII, 19-21). Porque quien se venga a sí mismo, no merece la venganza del Señor.

2. Los apóstoles discreparon sin romper la amistad.---Y sin embargo, antes de responder a tu carta, quiero discutir contigo, antiguo de los monjes, buen presbítero, imitador de Cristo, ¿puedes matar a tu hermano, a quien si odias, eres homicida? ¿Aprendiste esto del Salvador, que al que te golpea en la mejilla, le ofrezcas también la otra? ¿Así respondió él a quien lo golpeó: Si he hablado mal, da testimonio de lo malo; si bien, ¿por qué me golpeas? (Joan. XVIII, 13)? Amenazas con la muerte, que incluso las serpientes pueden infligir. La muerte es de todos, el homicidio de los peores. ¿Qué? ¿Si no me matas, seré inmortal? Más bien, te agradezco que hagas de la necesidad virtud. ¿No discreparon los apóstoles entre sí sin romper la amistad; cuando Pablo y Bernabé se enojaron por Juan, llamado Marcos, y la navegación los separó, a quienes el Evangelio de Cristo unía? ¿No resistió Pablo a Cefas en su cara, porque no andaba rectamente en el Evangelio? Y sin embargo, lo llama su predecesor y columna de la Iglesia, y expone con él la predicación, para no correr en vano, o haber corrido. ¿No disienten en religión incluso los hijos de los padres, y los cónyuges de los maridos, sin romper la piedad? Si vosotros tenéis lo que nosotros tenemos, ¿por qué nos odiáis? Si creéis de otra manera, ¿por qué queréis matar? Invoco a Jesús como testigo de mi conciencia, quien juzgará estas cartas y tu epístola, que por la advertencia del santo papa Cromacio quise callar, y poner fin a las disputas, y vencer el mal con el bien; pero como amenazas con la destrucción si no callo, me veo obligado a responder, para no parecer que reconozco el crimen al callar, y no interpretes mi lenidad como señal de mala conciencia.

3. Palabras de la epístola de Rufino.---Este es tu verdadero dilema; no de la dialéctica que no conoces, sino de la oficina de los verdugos y la meditación. Si callo, seré culpable; si respondo, maldiciente. Así que me prohíbes y me obligas a responder. En esto moderaré ambos, para diluir las acusaciones y moderar la injuria. ¿Quién no temería a quien está dispuesto a matar? Seguiré las huellas de tu proposición, reservando lo demás para esos libros eruditísimos, que refuté antes de leer. Dices que enviaste mi acusación solo a aquellos que fueron heridos por mis palabras, y no a más: porque no se debe hablar a los cristianos para ostentación, sino para edificación. ¿Y cómo, te pregunto, llegó a mí la fama de tus libros? ¿Quién los difundió en Roma? ¿Quién en Italia? ¿Quién por las islas de Dalmacia? Si estaban ocultos en tus archivos y los de tus amigos, ¿cómo llegaron a mí mis crímenes? ¿Y te atreves a decir que no hablas para ostentación, sino para edificación como cristiano, cuando de anciano a anciano inventas tanto como no diría de un ladrón homicida, una prostituta de una cortesana, un bufón de un mimo? ¿Que me cargas montañas de crímenes, y afilas espadas para clavarlas en mi garganta, tanto tiempo antes? ¿Por eso tus cereales y anabasios corrieron

por diversas provincias, para leer mis alabanzas? ¿Para que tu panegírico se recitara en los rincones y plazas, y en los telares de las mujeres? Esta es tu santa modestia, esta es la edificación cristiana; así eres modesto, así eres pudoroso, que en tropel, viniendo del occidente, me narraron tus maldiciones: tan memorables y coherentes, que me vi obligado a responder no a tus escritos, que aún no había leído, sino a las opiniones de los escritos, y a recibir con el escudo de la verdad los dardos de falsedad que volaban por todo el mundo.

4. Un monje, ministro de Rufino, robó la carta de Epifanio.---Sigue en tu epístola: "No redimas con mucho oro a mi notario: como hicieron tus amigos con mis borradores de 'Sobre los Principios', aún no corregidos, aún no completamente ordenados: para que pudieran falsificar más fácilmente lo que nadie tenía, o muy pocos. Recibe de mí gratuitamente el códice enviado, que desearías haber comprado a gran precio." ¿No te avergüenzas del prólogo? ¿Yo redimiría con oro a tu notario? ¿Y quién es tan grande y poderoso, que se atreva a competir en riquezas con Creso y Darío? ¿Que no tema a Demarato y Craso? ¿Has endurecido tanto tu frente que pones tu esperanza en la mentira: y crees que puedes protegerte con la mentira, y que se te debe creer todo lo que inventes? ¿Quién en Belén robó del cuarto del hermano Eusebio tu carta laudatoria? ¿Por arte de quién, y de qué ministros tuyos, en la casa de la santa Fabiola, y del hombre cristiano y prudente Océano, se encontró el códice que nunca habían visto? ¿O piensas que eres inocente si transfieres a otros todo lo que es tuyo? Cualquiera que te ofenda, aunque sea simple, aunque sea inocente, inmediatamente se convertirá en criminal; porque tienes aquello por lo que fue vencida la castidad de Dánae, que Giezi prefirió a la santidad de su maestro, por lo que Judas entregó a su Señor.

5. No aprueba la acusación de un cristiano contra otro. Defiende a Eusebio de Cremona. Errores del libro 'Sobre los Principios'.---"Veamos, sin embargo, qué falsificó mi amigo de tus borradores, aún no corregidos y no completamente ordenados: y por eso le fueron más fácilmente falsificados, porque nadie los tenía, o muy pocos." Ya escribí antes, y ahora protesto lo mismo, escuchando Dios, que no aprobé su acusación, ni la de ningún cristiano contra otro. ¿Qué necesidad hay de exponer para escándalo y ruina de muchos, lo que puedes corregir o enmendar en secreto? Pero como cada uno vive según su propio estómago: y un amigo no es inmediatamente dueño de la voluntad de otro: así como repruebo incluso una acusación verdadera, no acepto la falsificación de los borradores en un hombre santo. ¿Qué pudo cambiar un hombre latino de una interpretación griega? ¿O qué pudo sustraer o añadir en los libros 'Sobre los Principios', donde todo está tan interconectado, y una cosa depende de otra, que cualquier cosa que quieras quitar o añadir, como un parche en una vestimenta, inmediatamente se notará? Por lo tanto, lo que me aconsejas, hazlo tú mismo: asume al menos un poco de pudor humano, si no cristiano, para que, despreciada y pisoteada tu conciencia, no pienses que te purgas con palabras, cuando te urgen los hechos. Si Eusebio redimió con oro los borradores no corregidos para falsificarlos, presenta los tuyos, que no están falsificados: y si pruebas que no hay nada herético en ellos, entonces él será culpable de falsificación. Aunque cambies, aunque corrijas, no probarás que son católicos. Porque si el error estuviera en las palabras, o en pocos sentidos, podrían eliminarse las malas y reemplazarse por buenas. Pero cuando toda la discusión es uniforme: para que todas las criaturas racionales, que cayeron por su propia voluntad, vuelvan después al mismo estado: para que nuevamente haya caídas desde el mismo principio; ¿qué tienes que corregir, si no cambias todo? Si quieres hacer eso, ya no interpretarás libros ajenos, sino que escribirás los tuyos. Pero no entiendo qué tipo de argumento es este. Porque, dices, los borradores no estaban corregidos, y no completamente ordenados, por eso Eusebio los falsificó más fácilmente. O soy más lento; o me parece bastante tonto y obtuso. Si los borradores no estaban corregidos, ni completamente ordenados, su error no se imputará a Eusebio, sino a tu

demora y tardanza, que dejaste de corregir. Y en eso solo será culpable, porque difundió rápidamente tus escritos entre el pueblo, que tú habías decidido corregir poco a poco. Pero si, como tú dices, Eusebio los falsificó: ¿por qué te quejas y alegas que los borradores no corregidos y no completamente ordenados salieron al público? Porque tanto los corregidos como los no corregidos reciben la misma falsificación. Nadie, dices, tenía esos libros, o muy pocos. ¡Cuánta diversidad en una sola frase! Si nadie los tenía, ¿cómo estaban entre pocos? Si pocos los tenían, ¿por qué mientes diciendo que nadie los tenía? Y cuando dices que estaban entre pocos; y confesando tú mismo que se subvirtió, que nadie los tenía, ¿dónde está eso de que te quejas, que tu notario fue redimido con oro? Di el nombre del notario, cuánto oro se dio, dónde, por quién, o a quién se dio. Seguramente expulsaste de ti al traidor; y separaste de tu compañía al culpable de tan gran crimen. No sea que más bien sea cierto que esos pocos amigos tuyos dieron ejemplares a Eusebio y a otros; que concuerdan y coinciden entre sí, de modo que ni siquiera un punto difiere de otro. Luego, ¿de qué prudencia es dar un ejemplar a otros, que aún no habías corregido? Los borradores no estaban completamente ordenados; y ya otros poseían tus errores por corregir. ¿Te das cuenta de que la mentira no se sostiene por sí misma? ¿Y qué te ha servido en el momento crítico para eludir las sentencias de los obispos, ser expuesto y ser refutado por tus propias palabras? De lo cual se muestra, según el elogio del célebre orador (Cicerón), que tienes la voluntad de mentir, pero no el arte de fingir.

6. ¿Qué diferencia hay entre comparar y comprar?---Seguiré el orden de la epístola, y añadiré las mismas palabras que dijiste. "Confieso que, como dices, he alabado tu elocuencia en mi Prefacio; y aún ahora la alabaría, si no la hicieras odiosa con mucha jactancia, contra la sentencia de tu Tulio." ¿Dónde he jactado de mi elocuencia, que incluso no acepté de buen grado cuando tú la alabaste? ¿Dices esto porque no quieres ser halagado con alabanzas engañosas? Serás acusado abiertamente, para que, rechazando al que te alaba, sientas al que te acusa. No era tan tonto como para reprochar tu impericia; que nadie puede acusar más fuertemente que tú mismo al escribir. Pero quise mostrar a tus compañeros de estudio, que no aprendieron letras contigo, cuánto has progresado en Oriente durante treinta años: que, escritor iletrado, consideras la procacidad, la elocuencia, y maldecir a todos, como signo de buena conciencia. Ni te aplico, como dices, varas, ni intento enseñar letras a mi anciano discípulo con látigo y golpes; pero como no podemos soportar el torrente de tu elocuencia y doctrina, y con la agudeza de tu ingenio nos deslumbras los ojos, tanto que consideras a todos tus envidiosos, nos esforzamos por oprimirte: no sea que si una vez obtienes el primer lugar en la escritura, y te mantienes en la cima de la elocuencia, a todos nosotros que queremos saber algo, no se nos permita murmurar. Yo, filósofo, retórico, gramático, dialéctico, hebreo, griego, latino, trilingüe. De este modo, tú también serás bilingüe, que tienes tal conocimiento del griego y del latín, que los griegos te consideran latino, y los latinos te consideran griego: y el papa Epifanio, pentaglotto porque habla contra ti y tu Amásio (Orígenes) en cinco lenguas. Y al mismo tiempo me maravillo de con qué temeridad te atreves a decir contra un hombre de tantas artes: "Tú que vigilas con los ojos de tantas disciplinas, ¿cómo serás perdonado si erras, y no cubierto con el perpetuo silencio del pudor?" Cuando leí esto, y pensé que había cometido algún error en mi discurso (porque quien no peca en palabra, ese es perfecto), y sospeché que iba a mencionar alguno de mis vicios, de repente añadió: "Hace dos días, antes de que partiera el portador de estas, llegaron a mis manos las que declamaste contra mí." ¿Dónde está entonces lo que amenazas y dices, "¿Cómo serás perdonado si erras, y no cubierto con el perpetuo silencio del pudor?" A menos que por la prisa del tiempo pudieras ordenarlas: o ibas a contratar a alguno de los eruditos para que buscara en mis obras las joyas de tu elocuencia. Arriba escribiste: "Recibe de mí gratuitamente el código enviado, que desearías haber comprado a gran precio, y ahora hablas con las artimañas de la humildad. Quise imitarte; pero apresurándome el que regresaba a ti, preferí escribirte brevemente, que

escribir más extensamente a otros por tus maldiciones. Y mientras tanto, disfrutas audazmente de tu impericia. Porque una vez confesaste, diciendo: "La reprensión fue superflua para ti en pocas cosas, que se profesa en todas para nosotros." Ni reprenderé que hayas puesto 'comparado' por 'comprado': cuando la comparación es de iguales; la compra es la enumeración del precio: y 'apresurándome el que regresaba a ti', con la verborrea de la elocución más sórdida. Solo responderé a los sentidos; y te convenceré no de ser solecista y bárbaro, sino mentiroso, engañoso, impúdico.

7. En el Prefacio del libro 'Sobre los Principios'.---Si escribes una epístola solo para mí, para advertirme y querer corregirme, para no escandalizar a los demás, y mientras otros se enfurecen, otros sean degollados: ¿por qué escribes libros contra mí para otros, y los dispersas por todo el mundo para que sean leídos por tus secuaces? ¿Dónde está tu silogismo, con el que intentas atraparme, y dices? "¿A quién, maestro excelente, querías corregir? Si aquellos a quienes escribes no habían pecado; si a mí, a quien acusas, no me habías escrito." Y yo te responderé con tus propias palabras: ¿A quién querías corregir, maestro ignorante? ¿A aquellos que no habían pecado? ¿O a mí, a quien no habías escrito? ¿Crees que los lectores son brutos, y que todos no entienden tu prudencia, o más bien tu malicia, con la que la serpiente fue más prudente que todas las bestias en el paraíso: para que me pidas una advertencia secreta, a quien persigues con una acusación pública; y no te avergüenzas de llamar a tu acusación Apología? ¿Te quejas de por qué opongo el escudo a tu puñal, y te pones la máscara de humildad como un pequeño religioso y santo, y dices: "Si erré, ¿por qué escribes a otros, y no me reprendes a mí mismo?" Esto mismo te lo devolveré: Porque, ¿por qué no hiciste tú lo que me acusas de no haber hecho? Como si alguien golpeando a otro con puños y patadas, si intenta resistir, le dijera: ¿No se te ha mandado: Al que te golpee en la mejilla, ofrécele también la otra (Matth. V, 39)? ¿Qué, buen hombre, se te ha mandado que me golpees; que me saques un ojo; y si me muevo un poco, me cantarás los preceptos del Evangelio. ¿Quieres conocer todas las artimañas de tus argucias, y las insidias de las pequeñas zorras que habitan en las ruinas, de las que Ezequiel habla: Como zorras en el desierto son tus profetas, Israel (Ezech. XIII, 4)? Escucha lo que has hecho. Me alabaste en tu Prefacio de tal manera que tus alabanzas me fueran reprochadas, y si no me hubiera declarado ajeno a tan gran laudador, habría sido juzgado hereje. Después de rechazar las acusaciones, es decir, tus alabanzas, y sin envidia de tu nombre, respondí a las acusaciones, no al acusador: y para probarme católico, difamado por ti, me lancé contra los herejes; te enojas, te enfureces, y forjas libros muy brillantes contra mí: que cuando los diste para ser leídos y cantados por todos, llegaron a mí de Italia, y de la ciudad de Roma, y de Dalmacia, escritos en los que el antiguo laudador me había adornado con alabanzas.

8. Purificó la sospecha de herejía. — Confieso que respondí de inmediato a las objeciones; y me esforcé con todas mis fuerzas para probar que no soy hereje. Envié estos mismos libros de mi Apología a aquellos a quienes tú habías herido; para que a tus venenos les siguiera nuestro antídoto. Por esta culpa me envías tanto los libros anteriores como una carta reciente, llena de injurias y crímenes. ¿Qué quieres que haga, buen amigo? ¿Que guarde silencio? Parecerá que reconozco el crimen. ¿Que hable? Me amenazas con tus espadas y no solo con una acusación eclesiástica, sino con la de los tribunales. ¿Qué he hecho? ¿Qué he merecido? ¿En qué te he ofendido? ¿Porque negué ser hereje? ¿Porque me consideré indigno de tus alabanzas? ¿Porque describí con palabras claras los fraudes y perjurios de los herejes? ¿Qué te importa a ti, que te jactas de ser católico y veraz, que prefieres acusarme a defenderte a ti mismo? ¿Acaso mi defensa es tu acusación? ¿O no podrás ser ortodoxo de otra manera, a menos que me compruebes como hereje? ¿Qué te beneficia mi asociación? ¿O cuál es esa prudencia?

Acusado por otros, acusas a otro. Eres atacado por uno; y volviendo la espalda a él, provocas a quien está en paz contigo.

9. Los ancianos Rufino y Jerónimo. Alabó la erudición de Orígenes en su juventud. — Testifico ante el mediador Jesús, que me veo obligado y resistiendo a descender a estas palabras; y si no me provocaras, siempre habría guardado silencio. En definitiva, no acuses, y yo cesaré de defenderme. ¿Qué edificación hay para los oyentes en que dos ancianos se enfrenten entre sí por causa de los herejes, especialmente cuando ambos quieren ser vistos como católicos? Abandonemos la defensa de los herejes, y no habrá contienda entre nosotros. Con el mismo fervor con el que antes alabamos a Orígenes, ahora condenado por todo el mundo, condenémoslo. Unamos nuestras manos, unamos nuestros espíritus: y sigamos con paso alegre a los dos (Teófilo y Anastasio), los portadores de trofeos de Oriente y Occidente. Erramos de jóvenes, corrijámonos de ancianos. Si eres hermano, alégrate de que me haya corregido. Si soy amigo, debo felicitarme por tu conversión. Mientras haya disputa entre nosotros, parecerá que seguimos la fe correcta por necesidad, no por voluntad. Nuestras enemistades nos privan mutuamente del testimonio de verdadera penitencia. Si creemos lo mismo, si queremos y no queremos lo mismo (de lo cual incluso Catilina testimonia que nacen firmes amistades), si odiamos por igual a los herejes y condenamos por igual el antiguo error, ¿por qué nos enfrentamos cuando atacamos y defendemos lo mismo? Perdóname por haber alabado la erudición de Orígenes y su estudio de las Escrituras en mi juventud, antes de conocer plenamente su herejía; y yo te perdonaré por haber escrito una Apología de sus libros con tu propia cabeza.

10. Dos días antes de que escribieras la carta a nosotros, testificas que mis libritos llegaron a tus manos, y por eso no tuviste tiempo de responder con calma: de lo contrario, si hubieras hablado meditado y preparado contra nosotros, parecerías lanzar rayos, no crímenes. ¿Y quién te creerá, hombre veracísimo, que como comerciante de mercancías orientales, que tenía que vender lo traído de aquí y comprar allí lo que debía traer de nuevo aquí, estuviste solo dos días en Aquilea, de modo que te viste obligado a dictar apresuradamente y de improviso una carta contra nosotros? ¿Acaso tus libros, que puliste durante tres años, son más elocuentes? A menos que no hubiera en ese momento quien corrigiera tus tonterías: y por eso todo el camino de tu discurso, sin el arte de Pallas, cae en baches y abismos de vicios. Es una mentira tan evidente sobre el tiempo, que no diré que responder, sino que leer mis escritos en dos días no pudiste. De lo cual se desprende que escribiste esa carta en varios días, como lo prueba la elegancia de su estilo: o si es una dictación tumultuaria, evidentemente eres negligente, ya que siendo tal de improviso, meditado serías peor.

11. Costumbre y regla de los comentarios. — Pero eso que evades, y dices que tradujiste del griego lo que yo antes había traducido al latín, no entiendo bien qué quieres decir: a menos que todavía acuses los Comentarios a los Efesios, y como si nada se te hubiera respondido sobre esto, endureces la impudencia de tu frente; y con los oídos tapados, no recibes las voces del encantador. En los Comentarios, tanto en esos como en otros, explicamos tanto nuestra opinión como la de otros, confesando abiertamente qué es herético y qué es católico. Pues esta es la costumbre de los Comentarios y la regla de los expositores, que persiguen diversas opiniones en la exposición, y explican lo que les parece a ellos o a otros. Y esto no solo lo hacen los intérpretes de las Sagradas Escrituras, sino también los expositores de las letras seculares, tanto en lengua latina como griega. Tú en los libros sobre los Principios, no puedes alegar lo mismo. Te acusará tu pequeña Prefación, en la que prometes que, eliminados los males y lo que los herejes habían añadido, lo mejor ha permanecido: de modo que cualquier cosa buena o mala que digas allí, ya no se le impute a quien traduces, sino a ti que lo

interpretaste; a menos que debieras corregir los errores de los herejes y sacar a la luz los males de Orígenes. Pero sobre esto, ya te respondimos antes de leer tus escritos.

12. Cosa ridícula y ridícula. La fe romana no acepta engaños. — Sobre el libro de Pánfilo, no es ridícula, como tú escribes, sino ridícula la cosa que me ocurrió, que después de haber afirmado que era de Eusebio, no de Pánfilo, al final dije que incluso durante muchos años pensé que era de Pánfilo, y que había tomado prestado de ti un ejemplar de este volumen. Mira cuánto temo tus risas, que incluso ahora repito lo mismo. De tu códice tomamos un ejemplar como si fuera de Pánfilo. Creí en un cristiano, y creí en un monje: no pensé que pudieras inventar tal crimen. Pero después, por tu interpretación, con la cuestión contra Orígenes levantada en todo el mundo, fui más diligente en buscar ejemplares, y en la Biblioteca de Cesarea encontré seis volúmenes de la Apología en defensa de Orígenes de Eusebio. Cuando los leí, descubrí primero ese libro que tú solo publicaste bajo el nombre del mártir, sobre el Hijo y el Espíritu Santo, con muchas blasfemias cambiadas en buen sentido. Y no sé si esto lo hizo Didimo, tú, o algún otro, lo que tú claramente hiciste en los libros sobre los Principios: especialmente cuando el mismo Eusebio (como ya enseñé en dos libros anteriores) escribe que Pánfilo no publicó ninguna obra propia. Dime entonces, ¿de quién recibiste el ejemplar, y no menciones a algunos muertos para evadir el crimen, para que cuando no puedas mostrar al autor, presentes a alguien que no pueda responder? Pero si ese pequeño arroyo tiene su fuente en tus archivos, lo que sigue, incluso si yo callo, no lo dudas. Pero supongamos que algún otro amante de Orígenes cambió el título de este libro y el nombre del autor, ¿por qué lo traduces al latín? Evidentemente para que, con el testimonio del Mártir, todos creyeran en los escritos de Orígenes: precedido por la defensa de tan gran autor y testigo. Y no te basta con la Apología de un hombre muy docto, sino que escribes también un volumen propio en su defensa: y habiéndolos difundido ampliamente, ya traduces con seguridad los libros sobre los Principios del griego, y los recomiendas con un Prólogo, diciendo que algunas cosas en ellos fueron corrompidas por los herejes, que tú corregiste con la lectura de otros libros de Orígenes. También me alabas, para que ninguno de mis amigos te contradiga. Proclamas a Orígenes como heraldo, llevas mi elocuencia al cielo, para que la fe la hundas en el lodo: me llamas hermano y colega, y confiesas ser imitador de mi obra. Y aunque te jactas de las setenta homilias de Orígenes y algunos tomos sobre el Apóstol que traduje, en los cuales pulí todo de tal manera que el lector latino no encuentre nada que discrepe de la fe católica; ahora acusas esos mismos libros de ser heréticos: y con el estilo cambiado, a quien alababas porque lo considerabas compañero, acusas porque ves que es enemigo de tu perfidia. ¿Quién de los dos es calumniador del mártir? ¿Yo, que digo que no fue hereje, ni escribió el libro que todos reprueban: o tú, que publicaste un volumen de un hombre arriano, con el título cambiado, bajo el nombre del Mártir? No te basta con el escándalo de Grecia, a menos que también lo introduzcas en los oídos de los latinos, y deformes al ilustre Mártir con tu traducción, en la medida en que depende de ti. Tú ciertamente lo hiciste con otra intención, no para acusarme, sino para defender los escritos de Orígenes a través de nosotros. Sin embargo, debes saber que la fe romana, alabada por la voz apostólica, no acepta tales engaños: incluso si un ángel anunciara algo diferente a lo que una vez fue predicado, protegida por la autoridad de Pablo, no puede ser cambiada. Por lo tanto, hermano, ya sea que el libro haya sido falsificado por ti, como muchos piensan: o por otro, como quizás intentarás persuadir, y creíste temerariamente que la obra de un hombre hereje era del mártir, cambia el título, y libera a la simplicidad romana de tan gran peligro. No te conviene que por ti el mártir clarísimo sea juzgado hereje; que quien derramó su sangre por Cristo, sea aprobado contrario a la fe de Cristo. Di más bien, Encontré el libro, pensé que era del mártir: no temas la penitencia. Ya no te presionaré, no preguntaré de quién lo recibiste: o menciona a algún muerto, o di que lo compraste de un desconocido en la plaza. No buscamos

tu condenación, sino tu conversión. Es mejor que tú hayas errado, que el Mártir haya sido hereje. Mientras tanto, de la presente trampa, de alguna manera saca el pie. En el juicio futuro, tú verás cómo responderás a las quejas del mártir contra ti.

13. Sobre la calumnia de los comentarios. Apolinar y Didimo son diferentes. — También te propones a ti mismo lo que nadie objeta, y diluyes lo que nadie acusa. Dices que leíste en mis cartas: "Di quién te permitió, al interpretar, quitar algunas cosas, cambiar otras, añadir otras." Y de inmediato te respondes a ti mismo, y hablas contra mí: "Aquí te digo: Te pregunto quién te permitió, en tus Comentarios, escribir algunas cosas de Orígenes, algunas de Apolinar, algunas de ti mismo, y no todo de Orígenes, o de ti, o de otro." Mientras tanto, en ti, mientras haces otra cosa, has revelado un crimen muy fuerte, y has olvidado el viejo proverbio: Los mentirosos deben ser memoriosos. Dices que en mis Comentarios puse algunas cosas de Orígenes, algunas de Apolinar, algunas de mí mismo. Si, por lo tanto, son de Apolinar y de Orígenes, las que puse bajo el nombre de otros: ¿cómo en tus libros me imputas el crimen de que cuando escribo: "Otro dice esto; Alguien sospecha así;" ese otro y ese alguien, soy yo? Entre Apolinar y Didimo hay una gran diversidad de explicación, estilo y dogmas. Cuando en un capítulo pongo diferentes opiniones, ¿se debe creer que sigo sentidos contrarios? Pero esto en otro momento.

14. Qué condena en la traducción del libro sobre los Principios. Intérpretes de Orígenes. — Ahora te pregunto: ¿quién te ha objetado por qué de Orígenes quitaste algunas cosas, añadiste otras, o cambiaste otras, y te interrogó como colgado en el potro: son buenas o malas las que tradujiste? En vano simulas inocencia, para que con una pregunta tonta, minimices la verdadera investigación. Yo no te acusé de por qué tradujiste a Orígenes a tu voluntad: pues esto también lo hice yo, y antes de mí lo hicieron Victorino, Hilario y Ambrosio; sino por qué reforzaste la traducción herética con el testimonio de tu Prefación. Me obligas a repetir lo mismo, y a caminar por mis propias líneas. Dices en el mismo Prólogo que eliminaste lo que los herejes habían añadido, y en su lugar pusiste cosas buenas. Si quitaste los males de los herejes, entonces lo que dejaste o añadiste, o será de Orígenes, o tuyo, que ciertamente pusiste como bueno. Pero no podrás negar que hay muchos males en ellos. ¿Qué, dirás, me importa a mí? Imputa a Orígenes: pues yo solo cambié lo que los herejes habían añadido. Expón las razones por las que quitaste los males de los herejes, y dejaste intactos los de Orígenes. ¿No es evidente que condenaste parcialmente los males de Orígenes bajo el nombre de los herejes, y parcialmente los aceptaste, porque no los considerabas malos, sino buenos, y de tu fe? Estas son las cosas sobre las que pregunté, si eran buenas o malas, las que alabaste en la Prefación, que confesaste que, eliminados los peores, quedaron como óptimas, y te colgué en el potro de la verdadera argumentación, para que si dices que son buenas, seas comprobado hereje; si malas, inmediatamente escuches: ¿Por qué entonces alabaste en la Prefación lo que es malo? Y no añadí eso que tú simulas astutamente: ¿Por qué tradujiste al conocimiento de los latinos lo que era malo? Pues mostrar lo malo a veces no es de quien enseña, sino de quien evita: para que el lector lo evite, no para que siga los errores; para que desprecie lo conocido, que a veces lo desconocido es motivo de asombro. Y te atreves después de esto a decir que yo soy el autor de tales escritos: tú, sin embargo, como intérprete, en lo que pudiste corregir algo, hiciste más que un intérprete; en lo que no pudiste, solo fuiste intérprete. Dirías esto correctamente, si tus libros sobre los Principios no tuvieran una pequeña Prefación. Lo que también hizo Hilario al traducir sus Homilias, para que tanto lo bueno como lo malo no se imputara al intérprete, sino a su autor. Si no hubieras dicho que eliminaste lo peor, y dejaste lo mejor, de alguna manera escaparías del lodo. Esto es lo que destruye las artimañas de tu pequeño ingenio, y te mantiene atrapado de un lado y del otro, sin permitirte escapar. No abuses tanto de la simplicidad del lector: y no pienses que todos los

que van a leer tu escritura son tan brutos, que cuando dejas que las heridas se pudran, no se rían de que pongas emplastos en un cuerpo sano.

15. Sobre la resurrección. Sobre lo que piensas de la resurrección de la carne, ya lo aprendimos en tu Apología, "Sin que se ampute ningún miembro, ni se corte ninguna parte del cuerpo." Esta es la pura y abierta confesión de tu simplicidad, que afirmas ha sido aceptada por todos los obispos de Italia. Creería en lo que dices, si este libro, no de Pánfilo, no me hiciera dudar de ti. Y sin embargo, me sorprende cómo Italia aprobó lo que Roma desprecia. ¿Los obispos aceptaron lo que la sede Apostólica condenó?

16. Dos cartas de Teófilo traducidas al latín por Jerónimo. También escribes que he indicado en cartas que el papa Teófilo ha publicado recientemente una exposición de fe, que aún no ha llegado a ustedes: y prometes que seguirás cualquier cosa que él escriba. No sé que haya escrito esto, ni que haya enviado cartas de este tipo. Pero tú consientes en lo incierto, y en lo que no sabes cómo será, para evitar lo cierto, y no estar obligado a su consentimiento. Durante casi dos años he traducido dos cartas, la sinódica y la pascual, de él contra Orígenes y sus discípulos, y otras contra Apolinar y el mismo Orígenes, y las he dado a los hombres de nuestra lengua para su edificación en la Iglesia. No sé que haya traducido otra obra suya. Y sin embargo, tú que dices seguir en todo la opinión del papa Teófilo, ten cuidado de que no escuchan tu maestro y compañero de estudios, y ofendas a muchos, que me llaman ladrón y a ti mártir, no sea que se enoje contigo quien, escribiéndote cartas contra el papa Epifanio, te exhortaba a permanecer en la verdad de la fe, y no cambiar tu opinión por ningún terror. Esa carta autógrafa está en manos de aquellos a quienes fue llevada. Y después de esto hablas a tu manera, "Para que de lo que dijiste antes, yo también te satisfaga incluso cuando estás furioso: ahora dices, ¿Qué te parece: tienes algo más con lo que extender los nervios de tu locuacidad?" Y te indignas si te acuso de hablar de manera vulgar, cuando como escritor eclesiástico asumes las obscenidades de las comedias y las diversiones de prostitutas y amantes.

17. Sobre el obispo Pablo. Además, lo que preguntas, cuándo comencé a seguir la opinión del papa Teófilo y me uní a él en la comunión de la fe, y tú mismo te respondes, "Creo que fue cuando defendías con gran esfuerzo y todos los medios a Pablo, a quien él había condenado: cuando instigabas a que, por un decreto imperial, recuperara el sacerdocio que había perdido por juicio episcopal." No responderé por mí antes de hablar de las injurias a otros. ¿De quién es la humanidad, o la clemencia, de insultar las miserias de otros, y mostrar las heridas de todos los ajenos? ¿Así te enseñó aquel samaritano, a llevar al medio muerto al establo? ¿A verter aceite en las heridas? ¿A prometer recompensa al posadero? ¿Así lees que la oveja fue llevada de vuelta, la dracma encontrada, el hijo pródigo recibido? Supongamos que yo te había ofendido, y que con ciertos estímulos, como dices, te había provocado a la locura de los insultos: ¿qué mereció el hombre oculto, para que desnudaras su cicatriz, y con un dolor inesperado rasgaras la piel que había cicatrizado? ¿No deberías haber hecho esto, incluso si él fuera digno de insultos? O me equivoco, o es verdad lo que muchos afirman, que persigues a los enemigos de los origenistas en él, y bajo la apariencia de uno, atacas a ambos. Si te deleitas en las sentencias del papa Teófilo, y consideras un sacrilegio que se violen los decretos de los pontífices, ¿qué dices de los demás a quienes él condenó? ¿Qué del papa Anastasio, de quien a nadie, como dices, le parece verdad que el sacerdote de una ciudad tan grande pudiera haberte hecho una injuria, ya sea inocente o ausente? Y no digo esto para juzgar las sentencias de los obispos, ni deseo que se rescindan sus decretos; sino que cada uno haga lo que le parezca a su propio riesgo, y él mismo sepa cómo será juzgado su juicio. En nuestro monasterio, la hospitalidad es importante; y recibimos con rostro alegre de humanidad a todos los que vienen a nosotros. Tememos que María con José no encuentre

lugar en el mesón, no sea que Jesús nos diga excluido: Fui huésped, y no me recibisteis (Mateo 25, 43). Solo no recibimos a los herejes, a quienes ustedes solo reciben. Nos proponemos lavar los pies de los que vienen, no discutir sus méritos. Recuerda, hermano, su confesión, y el pecho que las flagelaciones cortaron. Recuerda la cárcel, las tinieblas, el exilio, las minas, y no te indignes de que sea recibido como huésped de paso. ¿Acaso te parecemos rebeldes porque ofrecemos un vaso de agua fría en nombre de Cristo a los sedientos?

18. La facción de los herejes ha sido expulsada. Se alaba a Teófilo.---¿Quieres saber por qué deberías amarlo más a él y a nosotros, y odiarlo más a ti mismo? La facción de los herejes, recientemente expulsada de Egipto y Alejandría, se trasladó a Jerusalén y quiso unirse a él, para que, al compartir un mismo dolor, también compartieran una misma acusación. Pero él los rechazó, los despreció, los desechó, diciendo que no era enemigo de la fe ni emprendía guerras contra la Iglesia: lo que intentó antes fue por dolor, no por perfidia; no buscó la inocencia de otro, sino que quiso probar la suya. ¿Piensas que es impío, después de las sentencias de los sacerdotes, un rescripto imperial? Que sepa él qué tipo de rescripto es, quien lo mereció. ¿Qué te parece de aquellos que, condenados, asedian los palacios y, formando un grupo, persiguen la fe de Cristo en un solo hombre? En cuanto a mi comunión y la del Papa Teófilo, no llamaré a ningún otro testigo que no sea aquel a quien simulas que he ofendido, cuyas cartas siempre me has entregado, incluso en el tiempo en que prohibías que me las devolvieran, y diariamente, enviando mensajeros, proclamabas que su enemigo era nuestro amigo y muy cercano, y mentías sobre lo que ahora escribes descaradamente, para incitar su odio contra nosotros, y que el dolor de la injuria se convirtiera en opresión de la fe. Pero el hombre prudente y de sabiduría apostólica, con el tiempo y los hechos, probó tanto nuestro ánimo hacia él como vuestras insidias contra nosotros. Si mis discípulos, como escribes, te incitaron insidias en Roma y robaron tus documentos sin corregir mientras dormías, ¿quién levantó al Papa Teófilo contra los rebeldes en Egipto? ¿Quién los decretos de los reyes? ¿Quién el consenso del mundo en esta parte? Y te glorías de haber sido oyente y discípulo de Teófilo desde su juventud: cuando él, antes de ser obispo, por la humildad que tenía, nunca enseñó, y tú, después de que él fue hecho obispo aquí, no estuviste en Alejandría. Y te atreves a decir, para mi desdoro, que no acuso ni cambio a mis maestros. Si eso es cierto, me haces sospechar de tu comportamiento. Pues no condeno, como acusas, a mis instructores, sino que temo aquello de Isaías: ¡Ay de los que llaman al mal bien, y al bien mal; que ponen las tinieblas por luz, y la luz por tinieblas; que dicen amargo a lo dulce, y dulce a lo amargo (Isaías IX, 20). Pero tú, mientras bebes por igual el vino dulce de los maestros y el veneno, te has apartado del maestro Apóstol, quien enseña que incluso un ángel y él mismo, si erraran en la fe, no deben ser seguidos.

19. Sobre la calumnia de Vigilancio.---No sé qué sueñas con el nombre de Vigilancio. ¿Dónde he escrito que fue manchado por la comunión herética en Alejandría? Da el libro, presenta la carta, no encontrarás en absoluto, y con la misma licencia, o más bien impudencia de mentir, con la que piensas que todos creerán tus palabras, añades: "Cuando pusiste un testimonio de las Escrituras en él tan injuriosamente, que yo no me atrevo a repetirlo con mi boca." No te atreves a repetirlo, quien al callar acusas más. Y como no tienes qué objetar, simulas vergüenza, para que el lector piense que me perdonas, quien mintiendo no has perdonado ni a tu propia alma. ¿Cuál es ese testimonio de las Escrituras que no sale de tu boca tan pudorosa? ¿O qué puede ser indecoroso mencionar en los santos Libros? Si te avergüenzas de hablar, al menos escribe, para que el propio discurso de tu procacidad nos convenza. Para no mencionar otras cosas, con este solo capítulo probaré que posees una frente de hierro en la falsedad. Mira cuánto temo tu acusación. Si sacas a la luz lo que

amenazas, todo lo que es tuyo será mío. Yo respondí a ti en Vigilancia. Pues él acusaba lo mismo que tú después alabas como amigo y acusas como enemigo. Sé quién incitó su rabia contra mí, conozco tus túneles. No ignoro la simplicidad que todos proclaman. A través de su estupidez, tu malicia contra mí se desató; la cual, si la rechacé con mi carta, para que no parezca que solo tú tienes el bastón de las letras, no debes simular la torpeza de las palabras, que en absoluto leíste; sino entender y confesar que a través de su locura, se respondió a tus calumnias.

20. Carta del Papa Anastasio a Juan de Jerusalén sobre Rufino.---En la carta del santo Papa Anastasio te mostraste resbaladizo; y turbado, no encuentras dónde fijar tu paso. Pues ahora dices que fue compuesta por mí, ahora que debió ser enviada a ti por aquel a quien fue enviada. Nuevamente acusas de injusticia al escritor; incluso si fue escrita por él, o no escrita, testificas que no te concierne, quien tienes el testimonio de su predecesor, y despreciaste a Roma que te rogaba que la iluminaras con tu presencia, por amor a tu pequeño pueblo. Si sospechas que la carta fue falsificada por mí, ¿por qué no se busca en el archivo de la Iglesia Romana? para que cuando descubras que no fue dada por el obispo, tengas al reo del crimen manifiestamente: y no me opongas las telarañas de las arañas, sino que me aprietes con la red más fuerte y sólida. Pero si es del obispo romano, haces tontamente al pedirle una copia de la carta a quien no fue enviada, y no esperar el testimonio de quien la envió desde Oriente; cuyo autor y testigo tienes cerca. Ve más bien a Roma, y en persona reclama ante él, por qué te hizo una afrenta a ti, ausente e inocente. Primero, al no recibir la exposición de tu fe, que toda Italia, como escribes, aprobó, y no quiso usar el bastón de tus letras contra tus perros. Luego, al enviar cartas contra ti a Oriente y aplicarte el cauterio de la herejía, mientras no lo sabías, y decir que los libros de Orígenes *περὶ Ἀρχῶν* fueron traducidos por ti y entregados a la simple Iglesia Romana, para que la verdad de la fe que aprendieron del Apóstol, la perdieran por ti, y para hacerte mayor envidia, se atrevió a acusar esos mismos, fortalecidos por el testimonio de tu Prefacio. No es leve lo que te imputa el pontífice de una ciudad tan grande, o lo que ha recibido temerariamente de otro. Grita y clama por las calles, por las plazas: No es mi libro; y si es mío, Eusebio robó las hojas sin corregir. Yo lo publiqué de otra manera, o más bien no lo publiqué. No se lo di a nadie, o ciertamente a pocos; y tan malvado enemigo, tan negligentes amigos fueron, que todos los códices fueron falsificados por él por igual. Esto, hermano carísimo, debiste hacer, y no volviendo la espalda a él, dirigir hacia mí las flechas de tus maldiciones transmarinas. Pues ¿de qué te sirve a tus heridas, si yo resulto herido? ¿O es consuelo del golpeado ver a un amigo morir con él?

21. Presentas la carta de Siricio, ya dormido en el Señor, y desprecias las palabras del viviente Anastasio. Pues ¿qué puede perjudicarte, como dices, lo que, sin que tú lo supieras, o escribió, o tal vez no escribió? Y si escribió, te basta el testimonio de todo el mundo, que a nadie le parece verdadero, que el sacerdote de una ciudad tan grande, pudo haber hecho injuria a un inocente, o a un ausente. Te llamas inocente, a cuya interpretación Roma tembló. Ausente, quien acusado no te atreves a responder. Y tanto huyes del juicio de la ciudad romana, que prefieres soportar el asedio bárbaro, que la sentencia de una ciudad pacífica. Supongamos que yo falsifiqué la carta del año pasado. ¿Quién envió los escritos recientes a Oriente? En los cuales el Papa Anastasio te adorna con tantas flores, que cuando los leas, comenzarás más a querer defenderte, que a acusarnos. Considera al mismo tiempo esa inimitable prudencia tuya, y los salerosos chistes áticos, y la belleza del santo discurso. Eres atacado por unos, perforado por la acusación de otros, y furioso contra mí te jactas, y dices: "¿Acaso no puedo también narrar cómo saliste de la Ciudad? ¿Qué se juzgó de ti en el presente? ¿Qué se escribió después, qué juraste? ¿Dónde abordaste el barco? ¿Qué tan santamente evitaste el perjurio? Podría revelar, pero he decidido guardar más cosas que

relatar." Estos son los adornos de tus palabras. Y después de esto, si digo algo áspero contra ti, inmediatamente me amenazas con proscripción y espadas. Y mientras tanto, hombre elocuentísimo, juegas con el arte retórica, y simulas pasar por alto lo que dices, para que, al no poder probar lo que se te imputa, lo hagas parecer criminal al omitirlo. Esta es toda tu simplicidad, así perdonas al amigo, y te reservas para los tribunales de los jueces, para que, mientras perdonas, me hayas arrojado un montón de crímenes.

22. Orden de la partida de Jerónimo de la Ciudad.---¿Quieres conocer el orden de mi partida de la Ciudad? Lo narraré brevemente. En el mes de agosto, con los vientos etesios soplando, con el santo presbítero Vicente, y el joven hermano, y otros monjes, que ahora residen en Jerusalén, subí al barco en el puerto romano con seguridad, acompañado por una gran multitud de Santos. Llegué a Regio, me detuve un poco en la costa de Escila, donde aprendí las antiguas fábulas, y el precipitado curso del astuto Ulises, y los cantos de las sirenas, y el insaciable abismo de Caribdis. Y mientras los habitantes de ese lugar me contaban muchas cosas, y me daban el consejo de no navegar hacia las columnas de Proteo, sino hacia el puerto de Jonás: pues aquel es el curso de los fugitivos y perturbados, este del hombre seguro, preferí ir a Chipre a través de Maleas y las Cícladas. Allí, recibido por el venerable obispo Epifanio, de cuyo testimonio te glorías, llegué a Antioquía, donde disfruté de la comunión del pontífice y confesor Paulino, y llevado por él en medio del invierno y un frío gravísimo, entré en Jerusalén. Vi muchos milagros; y lo que antes me había llegado por fama, lo comprobé con el juicio de mis ojos. De allí me dirigí a Egipto, recorrí los monasterios de Nitria, y entre los coros de los Santos vi a las serpientes escondidas. Inmediatamente, con paso rápido, regresé a mi Belén, donde olí el pesebre y las cunas del Salvador. También vi el famosísimo lago, y no me entregué a la ociosidad inerte; sino que aprendí muchas cosas que antes no sabía. Pero lo que se juzgó de mí en Roma, y lo que se escribió después, no quiero que lo calles, especialmente cuando tienes el testimonio de las Escrituras, y yo no debo ser acusado por tus palabras que puedes simular, y lanzar impunemente con mentiras, sino por escritos eclesiásticos. Mira cuánto te temo: Si sacas a la luz siquiera una pequeña hoja contra mí del obispo romano, o de otra Iglesia, confesaré que todos los escritos contra ti son mis crímenes. ¿Acaso no podría yo también examinar tu partida? ¿De qué edad eras, de dónde, en qué tiempo navegaste? ¿Dónde viviste? ¿En qué participaste? Pero lejos de mí esté hacer lo que repruebo en ti: y en una disputa eclesiástica, no mezclaré los delirios de las riñas de ancianas. Basta con haber dicho esto a tu prudencia, para que evites decir sobre otro, lo que puede ser inmediatamente devuelto contra ti.

23. Maldiciones de Rufino contra Epifanio. Carta de Epifanio a Juan.---En el nombre del santo Epifanio, tu tergiversación es admirable, para que después del beso, después de la oración, niegues que pudo haber escrito contra ti: como si argumentaras que no pudo haber muerto quien poco antes vivía, o que tu reprensión es más cierta que la excomunión después de la paz. De nosotros, dice, salieron: pero no eran de nosotros, de lo contrario habrían permanecido con nosotros (1 Juan II, 19). El Apóstol ordena evitar al hereje después de una o dos amonestaciones, quien ciertamente antes de ser evitado y condenado, fue parte del rebaño eclesiástico (Tito III, 10). Y no puedo contener la risa, porque advertido por un prudente, alabas a Epifanio: "Este es el anciano delirante, este es el antropomorfito; este que cantó seis mil libros de Orígenes, en tu presencia; que cree que la predicación contra Orígenes le ha sido encomendada en todas las lenguas de las naciones; que por eso prohíbe leerlo, para que otros no conozcan sus robos." Lee tus escritos, y su carta, o más bien cartas, de las cuales presentaré una como testimonio de tu fe, para que no parezca que ahora ha sido alabado por ti sin razón. "Que Dios te libre a ti, hermano, y al santo pueblo de Cristo que te ha sido confiado, y a todos los hermanos que están contigo, y especialmente al presbítero Rufino, de

la herejía de Orígenes, y de otras herejías, y de su perdición. Pues si por una o dos palabras contrarias a la fe, muchas herejías han sido rechazadas por la Iglesia, cuánto más será considerado entre los herejes, quien inventó tantas perversidades, y tan malas doctrinas contra la fe, y se mostró enemigo de la Iglesia de Dios." Este es el testimonio del hombre santo sobre ti: así adornado por él, así alabado caminas. Así es la carta, que sacaste del dormitorio del hermano Eusebio con monedas de oro, para calumniar al intérprete, y me tuvieras como reo de un crimen manifiesto, por haber traducido como honorabilísimo lo que era carísimo. Pero ¿qué te importa a ti, que moderas todo con prudente consejo, y caminas tan en medio, que si encuentras quien te crea; ni Anastasio ni Epifanio escribieron contra ti; a menos que las mismas cartas reclamen, y rompan la audacia de tu frente, inmediatamente desprecias el juicio de ambos, y no te concierne, ya sea que escribieron o no escribieron, porque no pudieron escribir sobre un inocente y ausente. Ni se deben atribuir estas malas cosas al santo hombre, "para que se muestre que dio paz con la boca y el beso, pero guardó el mal y el engaño en su corazón." Pues así argumentas, y estas son las palabras de tu defensa. Que la carta contra ti es de él, lo reconoce el mundo, y te convencemos de que llegó a tus manos auténtica: y me maravillo con qué pudor, o más bien con qué impudencia niegas lo que no dudas que es verdad. ¿Entonces estará manchado Epifanio, quien te dio la paz, y guardó el engaño en su corazón? ¿Por qué no es más cierto que primero te amonestó? Que quiso corregirte, y llevarte al camino recto, para no rechazar el beso de Judas, para quebrar al traidor de la fe con paciencia; y después de que entendió que sudaba en vano, y que no podía cambiar las manchas del leopardo, ni la piel del etíope, lo que había concebido en su mente, lo indicó con letras.

24. Calumnia de la paz fingida. Amigos de Jerónimo enviados a Occidente.---Algo similar argumentas contra el Papa Anastasio, para que, porque tienes la carta del Obispo Siricio, este no pudo haber escrito contra ti. Temo que sospeches que se te ha hecho una injuria. No sé cómo, siendo agudo y prudente, te deslizas hacia estas necedades, para que, mientras piensas que los lectores son tontos, demuestres que tú eres tonto. Después de una excelente argumentación, pones en la cláusula: "Lejos de los hombres santos esté esto. De vuestra escuela suelen proceder estas cosas. Vosotros nos disteis la paz al partir, y lanzasteis dardos armados con veneno por la espalda." Y en esta misma prudencia, o más bien en esta declamación, quisiste ser elocuente. Dimos la paz, no recibimos la herejía. Unimos las manos: acompañamos a los que partían, para que vosotros fuerais católicos, no para que nosotros fuéramos herejes. Sin embargo, quiero saber cuáles son esos dardos venenosos que te quejas de que lanzamos por vuestra espalda. Vicente, Pauliniano, Eusebio, Rufino, presbíteros: de los cuales Vicente vino a Roma mucho tiempo antes que vosotros: Pauliniano y Eusebio partieron un año después de vuestra navegación: Rufino fue enviado en la causa de Claudio dos años después: todos, ya sea por asuntos familiares, o por el peligro de la vida de otro. ¿Acaso pudimos saber que al entrar tú en Roma, un noble soñaría con un barco lleno de mercancías, entrando con las velas infladas? Que todas las cuestiones contra el destino, no las resolvería una interpretación tonta? Que traducirías el libro de Eusebio como de Pamfilo? Que pondrías tu nombre como tapa de una olla venenosa? Que traducirías la famosísima obra *περὶ Ἀρχῶν* con la majestad de tu elocuencia? Un nuevo tipo de calumnia, enviamos a los acusadores antes de que tú cometieras lo que debía ser acusado. No fue, no fue, digo, nuestro consejo, sino la providencia de Dios, que enviados por otra cosa, lucharan contra la herejía naciente; y a la manera de José, aliviaran con el ardor de la fe el hambre futura.

25. Sobre la falsa carta a los africanos. Rufino había corregido del griego al latín.---¿A dónde no se desborda una audacia desenfadada una vez desatada? Se atribuye un crimen ajeno, para que parezca que lo hemos inventado. Lo que se dijo sin nombre, lo refiere a sí mismo, y

purgando pecados externos, está tan seguro de su propia inocencia. Pues jura que no escribió una carta a los africanos bajo mi nombre, en la que confiese que fui inducido por los judíos a traducir mentiras; y envía libros que contienen todo lo mismo, que jura no saber. Y me maravillo de cómo su prudencia coincidió con la maldad de otro, para que lo que otro mintió en África, él lo dijera verdaderamente de manera concordante, y que la elegancia de su estilo, no sé qué inexperto pudiera imitar. A ti solo te es lícito traducir los venenos de los herejes; y del cáliz de Babilonia, ofrecer a todas las naciones. Tú corregirás las Escrituras latinas del griego; y entregarás a las Iglesias algo diferente para leer, de lo que una vez recibieron de los Apóstoles; a mí no me será lícito, después de la edición de los Setenta, que entregué a los hombres de mi lengua hace muchos años, corregida con la mayor diligencia, para refutar a los judíos, también traducir los mismos ejemplares que ellos confiesan ser los más verdaderos, para que si alguna vez hay una disputa contra ellos con los cristianos, no tengan subterfugios para escapar, sino que sean heridos con su propia espada. Recuerdo haber escrito más extensamente sobre esto y en muchos otros lugares, y al final del segundo libro, donde respondí a tu acusación; y refrené tu popularidad, con la que intentas suscitar envidia contra mí entre los simples e ignorantes, con una razón clara, y creo que el lector debe ser remitido allí.

26. Mártir y Apóstol llamado Rufino por los suyos.---No permitiré que esto pase desapercibido, para que no te duela que un falsificador de tus escritos posea la gloria de confesor ante mí, cuando tú, culpable del mismo crimen, después del exilio alejandrino y de oscuros calabozos, seas llamado mártir y apóstol por todos los seguidores de Orígenes. Ya te he respondido sobre la excusa de tu ignorancia. Pero como repites lo mismo, y como si hubieras olvidado tu defensa anterior, vuelves a advertirnos que sepamos que, tras devorar durante treinta años volúmenes griegos, no sabes latín: atiende un poco, no reprendo en ti muchas palabras, de lo contrario toda la Escritura debería ser destruida para ti; sino que quise mostrar a tus discípulos, a quienes con gran empeño enseñaste a no saber nada, para que entendieran de qué vergüenza es enseñar lo que no sabes, escribir lo que ignoras, y buscar la misma sabiduría del maestro incluso en los sentidos. Y lo que añades, «los pecados apestan, no las palabras, la mentira, la calumnia, la difamación, el falso testimonio, y todos los insultos, y la boca que miente mata el alma (Sab. I, 11),» y adviertes «que ese hedor no penetre en mis narices,» te creería si no descubriera hechos contrarios, como si un batanero y un curtidor advirtieran a un perfumista que, con las narices tapadas, pase por sus tiendas. Haré, pues, lo que ordenas, cerraré mis narices, para que no sean torturadas por el suavísimo olor de tus verdades y bendiciones.

27. En un hombre alabamos y acusamos cosas diversas.---En mi alabanza y difamación, como has sido variable, has argumentado con agudeza admirable, que te es lícito hablar bien y mal de mí, así como a mí me fue lícito reprender a Orígenes y a Dídimo, a quienes antes había alabado. Escucha, pues, hombre sapientísimo, y cabeza de la dialéctica romana, que no es un vicio alabar a un hombre en unas cosas y acusarlo en otras; sino aprobar e improbar la misma cosa. Pondré un ejemplo; para que lo que no entiendes, lo entienda el lector prudente conmigo. En Tertuliano alabamos el ingenio, pero condenamos la herejía. En Orígenes admiramos el conocimiento de las Escrituras, y sin embargo no aceptamos la falsedad de sus doctrinas. En Dídimo, en verdad, alabamos la memoria y la pureza de la fe sobre la Trinidad; pero en las demás cosas en las que creyó mal a Orígenes, nos apartamos de él. No deben imitarse los vicios de los maestros, sino las virtudes. Un cierto gramático africano tuvo en Roma un hombre muy erudito; y se creía rival de su maestro si solo imitaba su ceceo y los vicios de su boca. En el prefacio de *περὶ Ἀρχῶν* me llamas hermano, y dices que soy un colega elocuentísimo, proclamas la verdad de mi fe. No podrás detractar estas tres cosas;

critica lo demás como quieras, para que no parezcas contradecir tu propio testimonio sobre mí. Cuando dices hermano y colega, confiesas que soy digno de tu amistad. Cuando me proclamas elocuente, no me acusas más de ignorancia. Cuando profesas que soy católico en todo, no podrás imputarme el crimen de herejía. Fuera de estas tres cosas, si criticas algo en mí, no parecerás ser contrario a ti mismo. De esta cuenta nace la conclusión, y que te equivocas al criticar en mí lo que antes habías alabado; y que no estoy en falta si en las mismas personas alabo lo que es digno de alabanza y reprendo lo que es digno de censura.

28. Sobre la cuestión de las almas. El libro de Dídimo a Rufino, y la Explicación de Oseas a Jerónimo.---Pasas al estado de las almas, y reprendes más extensamente mis humos; y para que te sea lícito ignorar lo que finges no saber, me preguntas primero sobre las cosas celestiales, cómo son los Ángeles, cómo los Arcángeles; cuál es su morada, cuál es la diferencia entre ellos, o si no hay ninguna en absoluto; cuál es la razón del sol; de dónde provienen los aumentos de la luna, de dónde sus defectos; cuál es el curso de las estrellas y cómo es. Me sorprende cómo olvidaste poner esos versos: ¿De dónde el temblor de la tierra, con qué fuerza se hinchan los mares altos, cuando se rompen las barreras, y vuelven a calmarse en sí mismos: los diversos eclipses del Sol, los trabajos de la Luna; de dónde la raza de los hombres y de los animales: de dónde la lluvia y el fuego, Arcturo, las lluvias de las Híades, y los gemelos Triones. ¿Por qué los soles invernales se apresuran tanto a sumergirse en el Océano, o qué demora obstaculiza las noches largas? (Virgilio, Geórgicas II, 473; Eneida I, 746.) Luego, dejando las cosas celestiales y descendiendo a las terrenales, filosofas sobre cosas menores. Me preguntas: «Dinos cuál es la razón de las fuentes, de los vientos, qué es el granizo, qué la lluvia, qué el mar salado, qué los ríos dulces, qué las nubes, o las lluvias, los relámpagos, o los truenos, o los rayos?» Para que después de que responda que no sé estas cosas, te sea seguro ignorar sobre las almas; y compensar el conocimiento de una cosa con la ignorancia de tantas. Tú, que en cada página ventilas mis humos, no entiendes que vemos tus nieblas y torbellinos. Pues para parecer sabio ante ti, y mantener la gloria de la doctrina entre los discípulos de Calpurnio, me opones toda la Física, como si Sócrates en vano hubiera dicho al pasar a la ética: Lo que está por encima de nosotros, no nos concierne. Entonces, a menos que te dé razón de por qué la hormiga, un pequeño animal, y un punto, por así decirlo, del cuerpo, tiene seis patas, mientras que el elefante, con tanta masa, camina sobre cuatro patas; por qué las serpientes y culebras se deslizan con el vientre y el pecho; por qué el gusanillo que el vulgo llama milpiés, está lleno de tal multitud de patas, no podré saber sobre el estado de las almas. Me preguntas qué pienso sobre las almas, para que cuando haya profesado, inmediatamente ataques. Y si digo aquello del Eclesiástico, Dios crea almas cada día, y las envía al cuerpo de los nacidos, inmediatamente sacas las trampas del maestro: ¿y dónde está la justicia de Dios, para que otorgue almas a los nacidos de adulterio e incesto? ¿Entonces es colaborador de los hombres malvados, y cuando los adúlteros siembran cuerpos, él fabrica las almas? como si el vicio de la semilla en el trigo fuera lo que se dice que ha sido robado, y no en el que ha robado los granos; y por eso la tierra no debería acoger las semillas en su seno, porque el sembrador las arrojó con mano impura. De aquí proviene también tu pregunta secreta, por qué mueren los niños; cuando recibieron cuerpos por sus pecados. Existe un libro de Dídimo para ti, en el que te respondió, que no pecaron mucho, y por eso les bastó tocar las cárceles de los cuerpos. Mi maestro y el tuyo, en el tiempo en que le preguntabas estas cosas, dictó tres libros de explicaciones sobre el profeta Oseas para mí, a mi petición. De lo cual se muestra qué me enseñó a mí y qué a ti.

29. Cuestiones naturales.---Insistes en que responda sobre la naturaleza de las cosas. Si hubiera lugar, podría decirte las opiniones de Lucrecio según Epicuro, o de Aristóteles según los Peripatéticos, o de Platón y Zenón según los Académicos y los Estoicos. Y para pasar a la

Iglesia, donde está la norma de la verdad, muchos libros de Génesis y de los Profetas y el Eclesiastés nos sugieren sobre este tipo de cuestiones. O si ignoramos estas cosas, ¿cómo sobre el estado de las almas, debiste confesar en tu Apología la ignorancia de todas las cosas, y preguntar a los calumniadores por qué te exigían a ti una cosa con descaro, cuando ellos ignoraban tantas? Oh trirreme riquísima, que con mercancías orientales y egipcias vino a enriquecer la pobreza de la ciudad romana!. . . . . Tú eres aquel Máximo, Único, que nos restituyes la cosa escribiendo. Entonces, a menos que hubieras venido de oriente, el hombre eruditísimo aún estaría entre los matemáticos, y todos los cristianos ignorarían qué decir contra el destino. Con razón me preguntas sobre astrología, y el curso del cielo y las estrellas, tú que trajiste un barco lleno de tantas mercancías. Confieso mi pobreza, no estoy tan enriquecido en oriente como tú. El Faro te enseñó durante mucho tiempo lo que Roma no sabía; Egipto te instruyó en lo que Italia hasta ahora no ha tenido.

30. Varias opiniones sobre el alma.---Escribes que entre los tratadistas eclesiásticos, hay tres opiniones sobre las almas. Una, que sigue Orígenes. Otra, que Tertuliano y Lactancio (aunque mientes abiertamente sobre Lactancio); la tercera, que nosotros, hombres simples y tontos, que no entendemos, que si es así, Dios sería injusto según nosotros. Y después de esto juras que no sabes qué es verdad. Dime, te lo ruego: ¿crees que fuera de estas tres hay algo en lo que esté la verdad? ¿y en estas tres está la mentira? ¿O de estas tres hay una que sea verdadera? Si hay algo, ¿por qué limitas la libertad de los que discuten a un estrecho margen; y cuando has presentado mentiras, callas sobre la verdad? Pero si de las tres una es verdadera, y las otras dos son falsas: ¿por qué ignoras con igual ignorancia las falsas con las verdaderas? ¿O disimulas la verdad para que te sea seguro, cuando quieras, defender las falsas? Estos son los humos, estas las nieblas, con las que intentas quitar la luz de los ojos de los hombres. Aristipo de nuestro tiempo, que traes un barco lleno de todas las mercancías al puerto romano, y con la silla puesta públicamente, nos presentas a Hermágoras y a Gorgias de Leontino; mientras te apresuras a navegar, olvidaste la mercancía de una pequeña cuestión en oriente. Y de nuevo clamás, y te jactas de haber aprendido en Aquilea y Alejandría, que Dios es el creador de las almas y los cuerpos. Sobre esto, precisamente, se ventila la cuestión, si Dios, o el diablo, hizo las almas; y no si las almas existieron antes de los cuerpos, como quiere Orígenes, y si hicieron algo por lo que están atadas a cuerpos densos: o si, a la manera de los lirones, dormitaron y estuvieron adormecidas. Callas estas cosas, que todos exigen: y respondes a aquellas que nadie pregunta.

31. También te burlas frecuentemente de mis humos, porque finjo saber lo que no sé, y con la enumeración de doctos, engaño al vulgo rudo. Tú, por supuesto, flamígero, más bien fulminante, que fulminas al hablar, y no puedes contener las llamas concebidas en tu boca, y como aquel Bar-Cochabás, autor de la sedición judía, soplabá paja encendida en su boca para que pareciera que vomitaba llamas: así tú, otro Salmoneo para nosotros, iluminas todo por donde pasas, y nos acusas de ser humeantes, de quienes tal vez se diga, Tocas los montes, y humean: y no entiendes qué significa el humo en el Profeta de las langostas; y que la belleza de tus ojos no puede soportar la amargura de nuestro humo.

32. Sobre el sacramento en un sueño.---Sobre el crimen de perjurio, ya que me remites a tu códice, y en gran parte en otros libros, he respondido a ti y a Calpurnio, ahora basta con decir brevemente que exiges de un durmiente lo que nunca has cumplido despierto. Soy culpable de un gran crimen, si dije a las jóvenes y vírgenes de Cristo que no leyeran libros seculares, y que prometí en sueños que no los leería. Tu barco, con la revelación prometida a la ciudad romana, promete una cosa y hace otra. Vino a resolver las cuestiones de los matemáticos, y resolvió la fe de los cristianos. Lo que había navegado por el Jónico y el Egeo, el Adriático y el Tirreno con velas llenas, naufragó en el puerto romano. ¿No te avergüenza buscar delirios

de este tipo, e imponerme la necesidad de objetar cosas similares? Supongamos que otro había tenido un sueño glorioso sobre ti; era de tu vergüenza y prudencia disimular lo que habías oído, y no, como si fuera un gran testimonio, gloriarte en el sueño de otro. Mira qué diferencia hay entre tu sueño y el mío. Yo refiero humildemente que fui reprendido, tú repites jactanciosamente que fuiste alabado. Y no puedes decir, No me importa lo que otro haya visto, cuando en tus libros más brillantes dices que te moviste a interpretar por esta razón, para que un hombre ilustre no perdiera el sueño sobre ti. Este es todo tu esfuerzo; si me demuestras perjurio, no serás hereje.

33. Sobre la calumnia de infidelidad.---Llego al crimen más grave, en el que después de reconciliadas las amistades, me acusas de infidelidad. Confieso, entre todos los insultos, que ya sea que me imputes o amenaces, nada debo rechazar tan vehementemente como el fraude, el engaño, la infidelidad. Porque pecar es humano: tender insidias, del diablo. ¿Entonces unimos las manos en el cordero inmolido de Anastasio para robar tus escritos en Roma? ¿Para que, como perros sueltos, royeran tus hojas no corregidas mientras dormías? ¿Y esto es creíble, que preparamos acusadores antes de que cometieras el crimen? ¿Acaso conocíamos lo que tramabas en tu mente? ¿Qué otro había soñado sobre ti? Para que se cumpliera en ti el proverbio griego, y la cerda enseñara a Minerva. Si yo envié a Eusebio a ladrar, ¿quién incitó contra ti la rabia de Aterbio y de los demás? ¿No es él quien también me juzgaba hereje por tus amistades? A quien, cuando le satisfaciera con la condena de las doctrinas de Orígenes, tú, encerrado en casa, nunca te atreviste a ver, para no condenar lo que no querías, o resistiendo abiertamente, soportar la envidia de la herejía. ¿O por eso no podrá ser testigo contra ti, porque es tu acusador? Antes de que el santo Epifanio viniera a Jerusalén, y de hecho te diera paz con la boca y el beso, pero guardara el mal y los engaños en su corazón; antes de que le dictáramos cartas de difamación contra ti, para que escribiera que eras hereje, a quien con besos comprobó ortodoxo, Aterbio ladraba contra ti en Jerusalén; y si no se hubiera ido pronto, habría sentido el bastón no de las letras, sino de tu mano derecha, con la que sueles ahuyentar a los perros.

34. Sobre los escritos no corregidos.---«¿Por qué, dice, aceptaste mis escritos falsificados? ¿Por qué después de mi interpretación, te atreviste a poner el estilo en los libros *περὶ Ἀρχῶν*? ¿Acaso si me equivoqué como hombre, debiste convocarme con cartas privadas, y así halagarme, como yo ahora te halago en mis cartas?» Toda esta es mi culpa, por qué acusado con alabanzas engañosas, quise purgarme, y esto sin la envidia de tu nombre: para que lo que solo tú habías acusado, lo refiriera a muchos, no imputándote herejía, sino repeliéndola de mí. ¿Acaso sabía que te enojarías si escribía contra los herejes? Dijiste que habías eliminado las cosas nocivas de los libros de Orígenes: ya no creía que fueras partidario de los herejes, y por eso no me dirigí a ti, sino a los herejes; en lo cual, si fui más vehemente, perdóname. Pensé que también te agradaría. Dices que tus escritos fueron sacados al público por el robo y las insidias de mis servidores, que estaban ocultos en tu habitación, o solo estaban con aquel que había encargado que se hiciera el asunto. ¿Y cómo confiesas arriba que o nadie los tuvo, o muy pocos? Si estaban ocultos en tu habitación, ¿cómo estaban con aquel a quien se había encargado el asunto? Pero si uno a quien fueron escritos los había recibido para ocultarlos, entonces no estaban ocultos solo en tu habitación, ni los tuvieron pocos, como has testificado que los tuvieron. Acusas que fueron robados: y de nuevo acusas que fueron comprados con gran dinero y mercancías infinitas. ¡En una sola cosa, y en una pequeña carta, cuánta variedad y disonancia de mentir! ¿Te es lícito acusar, y a mí no me será lícito defenderme? ¿Cuándo acusas, no piensas en el amigo? ¿Cuándo respondo, entonces te viene a la mente el derecho de la amistad? Dime, te lo ruego, ¿escribiste los escritos para ocultarlos, o para divulgarlos? si para ocultarlos, ¿por qué los escribiste? si para divulgarlos, ¿por qué los ocultabas?

35. Evitó la sospecha de hipocresía.---Pero en esto debo ser reprendido: por qué no contuve a tus acusadores, mis amigos. ¿Quieres que te muestre sus cartas, en las que me acusan de hipocresía, porque sabiendo que eras hereje, callé; porque al ofrecerte paz incautamente, asumiste las guerras internas de la Iglesia? Llamas discípulos a quienes me sospechan de ser tu condiscípulo. Y porque fui más parco en refutar tus alabanzas, piensan que soy tu cómplice. Esto me ha proporcionado tu prólogo, que me dañaras más como amigo que como enemigo. Se persuadieron una vez (si con razón o no, ellos lo verán) de que eras hereje. Si intento defenderte, solo lograré que me acusen junto contigo. Finalmente, me objetan tu alabanza, y no piensan que escribiste insidiosamente, sino verdaderamente: y lo que siempre alababas en mí antes, lo acusan vehementemente. ¿Qué quieres que haga? ¿que tenga a los discípulos como acusadores por ti; que reciba en mi pecho las flechas lanzadas contra un amigo?

36. Sobre los libros περὶ Ἀρχῶν debes darme también las gracias. Pues tú, como dices, eliminando todo lo nocivo, pusiste lo mejor. Yo expresé tal como estaba en griego. De lo cual aparece tanto tu fidelidad; como la herejía de aquel a quien interpretaste. Me escribían desde la Ciudad hombres (Pamaquio y Océano) principales en Cristo: Responde al que acusa; para que si callas, no parezca que consientes. Todos pedían con voz unánime que revelara las astucias de Orígenes, que advirtiera a los oídos romanos sobre los venenos de los herejes. ¿Qué tiene esto que ver con tu injuria? ¿Acaso solo tú interpretaste estos libros, y no tienes otros partícipes de esta obra? ¿Acaso eres de los Setenta intérpretes, para que después de tu edición no sea lícito a otros traducir? He aquí que yo también he traducido muchos, como dices, libritos del griego al latín: tienes el poder de volver a traducirlos como quieras; y tanto lo bueno como lo malo se imputa a su autor. Lo cual también se haría contigo, si no hubieras dicho que eliminaste lo herético y tradujiste lo mejor. Este es tu nudo, que no puede desatarse. Pero si te equivocaste como hombre, condena tu primera opinión.

37. Rufino traduce libros latinos al griego.---¿Pero qué harás con tu Apologético, que escribiste en defensa de las obras de Orígenes? ¿Qué con el volumen de Eusebio? En el cual, aunque hayas cambiado muchas cosas y, bajo el nombre de mártir, hayas traducido los escritos de un hombre hereje, sin embargo, has incluido muchas cosas que no concuerdan con la fe eclesiástica. Tú también traduces libros latinos al griego, ¿nos prohibirás dar a los nuestros lo que es externo? Si hubiera respondido en otra obra, en la que no me hubieras ofendido, podría parecer que transfería a tu injuria lo que tradujiste: para demostrar que eras ignorante o astuto. Pero ahora es un nuevo tipo de queja: te duele que se te haya respondido en aquello en lo que me acusaste. Se decía que Roma había sido subvertida por tu traducción, todos me pedían un remedio para este asunto. No porque yo fuera de alguna importancia, sino porque quienes lo pedían pensaban que yo era algo. Tú eras el amigo que había traducido eso; ¿qué quieres que haga? ¿Obedecer a Dios más que a los hombres (Hechos 5, 29)? ¿Guardar la sustancia del Señor o esconder el robo del siervo? ¿No te complaceré de otra manera, a menos que también cometa contigo lo que debe ser acusado? Si no hubieras mencionado mi nombre: si no me hubieras adornado con elogios extraordinarios, podría haber tenido algún refugio y presentar diversas excusas para no volver a traducir lo interpretado. Tú, amigo, me obligaste a perder algunos días en esta obra, para sacar a la luz lo que Caribdis debió devorar: y sin embargo, herido, guardé los derechos de la amistad contigo, y en cuanto a mí, me defendí de tal manera que no te acusé. Eres demasiado suspicaz y quejumbroso, que refieres a tu injuria lo dicho contra los herejes. Si no puedo ser tu amigo de otra manera, a menos que también sea amigo de los herejes, soportaré más fácilmente tus enemistades que sus amistades.

38. Sobre la carta a Rufino.---También piensas que he inventado una nueva mentira, al componer una carta a ti en mi nombre, como si hubiera sido escrita hace tiempo, para parecer bueno y modesto; la cual tú nunca recibiste. Esto puede probarse fácilmente. Muchos en Roma tienen copias de ella, desde hace aproximadamente tres años, quienes no quisieron enviártela, sabiendo lo que decías de mi nombre, y las cosas indignas y nefandas que inventabas contra el propósito cristiano. Yo escribí sin saber, como a un amigo. Ellos no la entregaron a quien conocían como enemigo: perdonando tanto mi error como tu conciencia. Y al mismo tiempo argumentas que si te hubiera escrito tal carta, no debería haber escrito muchas cosas malas contra ti en otro libelo. Este es todo tu error, y esta es la justa queja: que lo que decimos contra los herejes, tú finges que se dice contra ti: y a menos que perdonemos a ellos, piensas que eres violado. ¿Acaso no te damos pan porque golpeamos con una piedra el cerebro de los herejes? Y para no aprobar nuestra carta, también dices que la del papa Anastasio está apoyada en un fraude similar, sobre la cual ya te respondí: que si sospechas que no es de él, tienes donde acusarnos de falsedad ante él. Pero si es de él, como prueban las cartas de este año contra ti, en vano y falsamente intentas acusarla de falsa, cuando de su verdadera carta probamos que la nuestra es verdadera.

39. Los discípulos de Pitágoras. Preceptos y símbolos pitagóricos. Lo que Pitágoras descubrió primero entre los griegos.---En la excusa de tu mentira, quisiste ser elegante: y para no presentar seis mil libros de Orígenes, me exiges monumentos de Pitágoras. ¿Dónde está aquella confianza, con la que con mejillas infladas proclamabas frecuentemente que lo que habías leído en otros libros de Orígenes, lo habías corregido en los libros sobre los Principios, y no lo ajeno, sino lo propio habías devuelto a los suyos? De tan vasta selva de libros no puedes presentar un arbusto o rama. Estos son los verdaderos humos, estas nubes, que mientras me acusas de ellas, reconoces que en ti están extinguidas y disipadas por mí, y no bajas la cabeza rota, sino que con mayor impudencia que ignorancia, dices que niego lo que está a la vista, para que cuando prometiste montañas de oro, ni siquiera un escudo de cuero saques de tus tesoros. Reconozco los justos odios contra mí, y verdaderamente te desbocas en locura contra nosotros. Pues si yo no exigiera audazmente lo que no es, tú parecías tener lo que no tienes. Me exiges libros de Pitágoras. ¿Quién te dijo que existen volúmenes de él? ¿No están estas palabras en mi carta, que acusas? «Pero supón que erré en mi juventud, y educado en los estudios de los filósofos, es decir, de los gentiles, al principio de la fe ignoré los dogmas cristianos, y pensé que en los Apóstoles estaba lo que había leído en Pitágoras, Platón y Empédocles.» Hablé de sus dogmas, no de libros, que pude aprender en Cicerón, Bruto y Séneca. Lee el pequeño discurso pro Vatino, y otros donde se menciona a las cofradías. Revisa los diálogos de Tulio. Mira toda la costa de Italia, que una vez se llamó Magna Grecia: y conocerás los dogmas pitagóricos grabados en bronce público. ¿De quién son esos preceptos dorados? ¿No son de Pitágoras? En los cuales se contienen brevemente todos sus dogmas, y sobre los cuales el filósofo Jamblico comentó en una obra muy extensa, imitando en parte a Moderato, un hombre elocuentísimo, y a Arquippo y Lísides, oyentes de Pitágoras. De los cuales Arquippo y Lísides tuvieron escuelas en Grecia, es decir, en Tebas, quienes reteniendo de memoria los preceptos del maestro, usaban su ingenio como libros, de los cuales es aquello: «Debe huirse por todos los medios, y cortarse con fuego y hierro y toda clase de máquinas, la enfermedad del cuerpo, la ignorancia del alma, la lujuria del vientre, la sedición de la ciudad, la discordia del hogar, y en común la intemperancia de todas las cosas.» Que podemos traducir al latín así: «Deben evitarse por todos los medios y cortarse, la enfermedad del cuerpo, la ignorancia del alma, la lujuria del vientre, la sedición de la ciudad, la discordia del hogar, y en común la intemperancia de todas las cosas.» También son preceptos pitagóricos: «Todas las cosas de los amigos son comunes.» Y «El amigo es otro yo mismo: y se debe tener especial cuidado de dos tiempos, la mañana y la tarde, es decir, de lo

que vamos a hacer y de lo que hemos hecho. Después de Dios, se debe venerar la verdad, que sola hace a los hombres cercanos a Dios.» Y aquellos enigmas, que Aristóteles prosigue diligentemente en sus libros: «No saltes la balanza,» es decir, «no pases por alto la justicia.» «No pinches el fuego con una espada.» No provoques con palabras maldicientes a un ánimo iracundo y altivo. «No arranques la corona,» es decir, «conserva las leyes de las ciudades.» «No comas el corazón,» es decir, «arroja la tristeza del alma.» «Cuando hayas partido,» dice, «no regreses;» es decir, «después de la muerte no desees esta vida.» «No camines por el camino público;» es decir, «no sigas los errores de muchos.» «No recibas la golondrina en casa;» es decir, «no tengas bajo el mismo techo a personas charlatanas y verbosas.» «A los que llevan cargas, añade carga; a los que las descargan, no compartas;» es decir, «a los que avanzan hacia la virtud, aumenta los preceptos; a los que se entregan al ocio, déjalos.» Y porque dije que había leído los dogmas pitagóricos: escucha lo que Pitágoras descubrió primero entre los griegos. Que las almas son inmortales, y pasan de unos cuerpos a otros. Lo cual también Virgilio en el sexto libro de la Eneida sigue diciendo: «Todas estas, cuando han rodado mil años, Dios las llama en gran multitud al río Leteo; para que, olvidadas, revisiten las bóvedas superiores, y de nuevo comiencen a desear volver a los cuerpos.»

40. Otros dogmas de Pitágoras. Orígenes trasladó a sus libros a Platón.---Que primero fue Euforbo, en segundo lugar Calides, en tercero Hermótimo, en cuarto Pirro, finalmente Pitágoras: y que después de ciertos ciclos de tiempo, lo que fue, vuelve a ser: y nada en el mundo parece nuevo. Que la filosofía es la meditación de la muerte: esforzándose diariamente por sacar la libertad del alma del encarcelamiento del cuerpo: «las enseñanzas son reminiscencias;» es decir, «las enseñanzas son reminiscencias;» y muchas otras cosas, que Platón prosigue en sus libros, y especialmente en el Fedón y el Timeo. Pues después de la Academia y de innumerables discípulos, sintiendo que mucho faltaba a su doctrina, vino a la Magna Grecia, y allí, instruido en la doctrina de Pitágoras por Arquíta de Tarento y Timeo de Locris, mezcló la elegancia y el encanto de Sócrates con las disciplinas de este, todo lo cual, con el nombre cambiado, Orígenes se demuestra haber trasladado a sus libros sobre los Principios. ¿En qué, pues, erré, si joven dije que pensaba que en los Apóstoles estaba lo que había leído en Pitágoras, Platón y Empédocles? No como tú calumnias y finges, en los libros de Pitágoras, Platón y Empédocles, sino lo que había leído en ellos, y otros escritos me enseñaron que ellos lo tenían. Y este tipo de expresión es muy frecuente: como si dijera, los dogmas que leí en Sócrates, pensé que eran verdaderos. No porque Sócrates haya escrito libros; sino lo que leí en Platón y otros socráticos que él tenía. Y de nuevo, quise imitar los hechos que leí en Alejandro y Escipión. No porque ellos mismos hayan descrito sus hechos; sino porque leí en otros lo que admiraba que ellos hubieran hecho. Por lo tanto, incluso si no pudiera demostrar que existen monumentos de Pitágoras, ni convencer de que fueron aprobados por su hijo y su hija, y otros discípulos, no me tendrías por mentiroso, porque no dije que leí libros, sino dogmas: y que tú errabas en vano, quise proteger tu mentira, para que a menos que yo presente un libro de Pitágoras, tú pierdas seis mil libros de Orígenes.

41. Rufino amenazaba con la muerte a Jerónimo.---Llegaré a los epílogos, es decir, a tus insultos, en los cuales me exhortas al arrepentimiento; y a menos que me convierta, es decir, a menos que guarde silencio ante tu acusación, me amenazas con la muerte. Y anuncias que este escándalo recaerá sobre mi cabeza, que te provoqué a la locura de escribir con mi respuesta a tu escritura insana. Pues te jactas de conocer crímenes, que solo a ti, como amigo íntimo, te confesé, y que los sacarás a la luz; y que debo ser pintado con mis propios colores, y recordar que me postré a tus pies, para que con la espada de tu boca no cortaras mi cabeza. Y después de muchas cosas, en las que exultas furioso, te retractas, y dices que desees la paz con la condición de que de ahora en adelante guarde silencio, es decir, que no escriba contra

los herejes, ni me atreva a responder a tu acusación. Si hago esto, seré hermano y colega, y hombre elocuentísimo y amigo y compañero, y lo que es más que esto, juzgarás católico todo lo que traduje de Orígenes. Pero si murmuro, y me conmuevo, inmediatamente seré impuro y hereje, e indigno de tu relación. Estos son mis elogios, así me exhortas a la paz, y ni siquiera permites que el gemido y las lágrimas sean libres para el dolor.

42. Reprende la licencia de calumniar. Fulvia y Herodías.---También podría pintarte con tus colores, y enloquecer contra el enloquecido; y decir cualquier cosa que sepa o no sepa: y con la misma licencia, más bien furia y locura, amontonar cosas falsas o verdaderas, para que me avergonzara de hablar y tú de escuchar: y acusarte de cosas que condenarían al acusador o al acusado; para que con la dureza de la frente, hiciera creer al lector; para que lo que escribiera impudicamente, se juzgara que lo escribía verdaderamente. Pero esté lejos de los modales cristianos, que mientras buscan la sangre de otros, ofrezcan la suya; y sin espada, sean homicidas de voluntad. Esto conviene a tu bondad, mansedumbre y simplicidad, que de un solo estiércol del pecho, produces tanto el olor de las rosas como el hedor de los cadáveres: y contra la sentencia del Profeta (Isaías 5), dices que es amargo lo que habías alabado como dulce. Y no es necesario que en tratados eclesiásticos ventilemos el asunto de los tribunales; y no escucharás más sobre esto, excepto aquello del proverbio: «Cuando digas lo que quieras, escucharás lo que no quieras.» O si te parece vil el proverbio vulgar, y como hombre sapientísimo te deleitas más con las sentencias de los filósofos y poetas, lee aquello de Homero: «Como la palabra que digas, así escucharás.» Esto solo requiero de tu eminente santidad y censura (cuya pureza es tal que a tus pañuelos y cinturones los demonios rugen), ¿de quién sigues el ejemplo al escribir? ¿Quién de los católicos en la disputa de sectas ha objetado la deshonra a aquel contra quien disputa? ¿Así te enseñaron tus maestros? ¿Fuiste instruido en tales disciplinas, que a quien no pudiste responder, le quites la cabeza; y cortes la lengua que no puede callar? No te gloríes mucho si haces lo que pueden hacer los escorpiones y las cantáridas. Esto hicieron Fulvia contra Cicerón y Herodías contra Juan: porque no podían escuchar la verdad, y perforaron con una aguja de horquilla la lengua veraz. Los perros ladran por sus amos, ¿y tú no quieres que ladre por Cristo? Muchos escribieron contra Marción, Valentino, Arrio y Eunomio. ¿A quién se le objetó deshonra? ¿No se dedicaron todos a convencer la herejía? Estas son las maquinaciones de los herejes, es decir, de tus maestros, que convictos de perfidia, se refugian en los insultos. Así Eustacio, obispo de Antioquía, encontró hijos mientras no sabía. Así Atanasio, pontífice de la ciudad de Alejandría, cortó la tercera mano de Arsenio. Pues se demostró que el que antes se fingía muerto, tenía dos manos vivas. Tales cosas también tus condiscípulos y maestros ahora inventan sobre el sacerdote de la misma Iglesia: y con oro, es decir, con tus fuerzas y las de los tuyos, atacan la verdad de la fe. ¿Qué diré de los herejes, que aunque están fuera, sin embargo se llaman cristianos? Contra los impiísimos Celso y Porfirio, ¿cuántos de los nuestros escribieron? ¿Quién, dejando de lado la causa, se dedicó a la superflua objeción de crímenes? Estas no deben estar en cartas eclesiásticas, sino en libelos de jueces. ¿O qué importa si caes en la causa, y superas en el crimen? No es necesario que acuses con peligro de tu cabeza. Con un solo asesino contratado, puedes satisfacer tu deseo. Y finges temer el escándalo, que desde hace tiempo estás listo para matar al hermano, ahora acusado, siempre enemigo. Y sin embargo, me sorprende cómo un hombre prudente, prevenido por la furia, quiere otorgarme el beneficio de sacar mi alma de la cárcel, y no permitir que permanezca contigo en las tinieblas de este siglo.

43. No podía perdonar a los herejes.---¿Quieres entonces que guarde silencio? No acuses. Deja la espada, y yo arrojaré el escudo. En una cosa no podré consentir contigo, que perdone a los herejes, para no probar que soy católico. Si esta es la causa de la discordia, puedo morir,

pero no puedo callar. Debería haber respondido a toda la Escritura de tu locura, y con voces divinas, al modo de David tocando la cítara (I Reg. VI), calmar el furor de tu pecho; pero me contentaré con pocos testimonios de un solo libro, y opondré la sabiduría a la necesidad; para que, si desprecias lo humano, al menos no descuides lo divino. Escucha, pues, lo que el sabio Salomón dice de ti, y de todos los envidiosos, maldicientes y contumeliosos: Los insensatos, mientras desean injurias, se vuelven impíos y odian el sentido. No fabriques males contra tu amigo. Y no te enemistes contra un hombre sin causa. Los impíos exaltan la contumelia. Circuncida de ti la boca perversa, y aleja de ti los labios inicuos: ojos de contumelioso, lengua de iniquo, manos que derraman la sangre del justo, corazón que fabrica pensamientos malos, y pies que se apresuran a hacer el mal. Quien se apoya en la mentira, alimenta vientos, y sigue aves voladoras. Ha abandonado [Al. abandona] los caminos de su viña, y ha hecho errar los ejes de su cultivo. Recorre lo árido y desierto, y recoge con sus manos la esterilidad. La boca del procaz se acerca a la destrucción; y quien profiere maldiciones, es el más necio. Alma bendita todo hombre sencillo: El animoso es deshonesto. Por los delitos de los labios cae en el lazo el pecador. Los caminos de los necios son rectos a sus propios ojos. El necio muestra su ira el mismo día. Abominación es al Señor, labios mentirosos. Quien guarda su boca, guarda su alma. Y quien es temerario con sus labios, se aterroriza a sí mismo. El malvado actúa con contumelia, y el insensato expande su malicia. Buscarás sabiduría entre los malos, y no la encontrarás. En sus caminos se saciará el temerario. El sabio, temiendo, se aparta del mal. El necio, confiado, se mezcla con él. El hombre paciente es muy prudente: el pusilánime es muy imprudente. Quien calumnia al pobre, desafía a su creador. La lengua de los sabios conoce el bien, y la boca de los necios pronuncia el mal. El hombre animoso prepara riñas: y es inmundo ante Dios todo el que exalta su corazón. Quien injustamente pone mano sobre mano, no quedará impune. Quien ama la vida, cuida su boca. Antes de la destrucción precede la contumelia, y antes de la ruina, el mal pensamiento. Quien endurece sus ojos, piensa perversidades, y provoca con sus labios todo mal. Los labios del necio lo llevan al mal, y la boca audaz invoca la muerte. El hombre maligno sufrirá muchas pérdidas. Mejor es el pobre justo, que el rico mentiroso. Gloria es para el hombre, quien se aparta de las maldiciones: pero quien es necio, a tales se obliga. No ames la difamación, para que no seas arrancado. Dulce es al hombre el pan de la mentira; después su boca se llenará de grava. Quien trabaja tesoros con lengua mentirosa [Al. de mentiroso], sigue vanidades, y caerá en los lazos de la muerte. En el oído del necio no digas nada, no sea que se burlen de tus sabias palabras. La maza, la espada y la flecha perniciosas son; así también el hombre que contra su amigo dice falso testimonio. Como las aves vuelan, y los gorriones; así la maldición vana no le sobrevendrá. No respondas al imprudente según su imprudencia, para que no te hagas semejante a él: pero responde al necio según su necesidad, para que no se crea sabio. Quien acecha a sus amigos, cuando es visto, dice: Lo hice jugando. La parrilla para los carbones, y la leña para el fuego, y el hombre maldiciente para el tumulto de la riña. Si tu enemigo te pide, con gran voz, no consientas en ello: porque siete maldades hay en su alma. Pesado es el peso, y apenas soportable la arena; pero la ira del necio es más grave que ambos, cruel es la indignación, y la ira aguda y el celo es impaciente. El impío calumnia a los pobres: y quien confía en la audacia [Al. avaricia] de su corazón, es el más necio. Toda su ira profiere el insensato: el sabio la dispensa en partes. El hijo malo tiene dientes como espadas, y muelas como cuchillos, para consumir a los débiles de la tierra, y a los pobres de entre los hombres (Prov. X, XVIII, y otros, según LXX). Instruido por estos ejemplos, no quise morder al mordedor, ni cumplir la ley del talión: preferí encantar la locura del furibundo, e infundir [Al. insertar] el antídoto de un libro al pecho envenenado. Pero temo que, sin lograr nada, me vea obligado a cantar aquello de David, y consolarme con estas palabras: Se han alejado los pecadores desde el vientre, se han desviado desde el útero. Han hablado falsedades, su furor es según la semejanza de la serpiente: como la áspid sorda, que tapa sus oídos, que no oye la

voz de los encantadores, y del encantador sabio. Dios quebrantará sus dientes en su boca; el Señor [Al. Dios] romperá las muelas de los leones. Se convertirán en nada, como agua que corre. Tensó su arco, hasta que se debiliten. Como cera que se derrite, serán llevados: cayó fuego sobre ellos, y no vieron el sol (Sal. LVII, 4 y ss). Y de nuevo: Se alegrará el justo, cuando vea la venganza de los impíos: lavará sus manos en la sangre del pecador. Y dirá el hombre: si ciertamente hay fruto para el justo, ciertamente hay Dios que los juzga en la tierra (Ibid., 11).

44. En la última carta escribes de tu puño y letra: «Deseo que ames la paz.» A lo cual responderé brevemente: Si deseas la paz, depón las armas. Puedo acceder al que halaga, no temo al que amenaza. Que haya entre nosotros una sola fe, y enseguida la paz seguirá.